

V R E U G D E N H I L

HISTORIA BIBLICA PARA LA JUVENTUD

TOMO IV



J. Vreugdenhil

HISTORIA BÍBLICA
===== **PARA** =====
LA JUVENTUD

ANTIGUO TESTAMENTO

– TOMO IV –



Editorial CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

HISTORIAS BÍBLICAS PARA LA JUVENTUD
Tomo IV

© W.M. Den Hertog

Traductor: Valentín Muñoz Maillo

Depósito Legal: B. 32.670-1994
ISBN 84-7645-761-8 Obra completa
ISBN 84-7645-765-0 Tomo IV

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE –Polígono Industrial Can Trias,
c/Ramón Llull, s/n– 08232 VILADECALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 28 JÓVENES
C.T.C. 04-28-2000-11

Referencia: 22.37.82

Índice

99	<i>Expulsado del país</i>	7
100	<i>Los primeros reyes de Judá</i>	14
101	<i>Josafat</i>	23
102	<i>Un rey no deseado</i>	29
103	<i>Gobierno de Atalía y su caída</i>	33
104	<i>El Señor lo verá y buscará</i>	41
105	<i>Amasías y Uzías</i>	47
106	<i>El rey que luchó contra Dios</i>	56
107	<i>Ezequías, el rey piadoso</i>	63
108	<i>Isaías</i>	77
109	<i>Un rey que fue convertido por Dios</i>	82
110	<i>El último rey piadoso de Judá</i>	88
111	<i>La ciudad y el templo destruidos</i>	95
112	<i>Un profeta enlutado</i>	103
113	<i>El profeta Ezequiel</i>	118
114	<i>Honraré a los que me honren</i>	125
115	<i>Un sueño olvidado</i>	130
116	<i>Olvido para la estatua de oro y honra para el Dios de Israel</i>	137
117	<i>Aunque la garza vuela muy alta el halcón la mata</i>	146
118	<i>Contado y terminado</i>	153
119	<i>Una noche en el foso de los leones</i>	161
120	<i>De vuelta a la patria</i>	171

121	<i>Ester</i>	178
122	<i>Ester (Continuación)</i>	188
123	<i>Esdras, el escriba</i>	201
124	<i>Un copero afligido se llena de alegría</i>	206
125	<i>Los últimos cuatrocientos años antes de Cristo</i>	221

Capítulo 99

EXPULSADO DEL PAÍS

2 Reyes 15:13-15

¿Habéis visto alguna vez una lamparilla de aceite encendida hasta que se consume? Poco antes de extinguirse la llama comienza a centellear, da una luz fuerte y poco después se extingue. Es sólo un ejemplo.

Así sucedía en Israel. Poco antes de que el reino de las diez tribus llegara a perecer, hubo durante un corto período de tiempo bienestar y prosperidad, fue durante los reinados de Joás y Jeroboam II, reyes de la familia de Jehú. Vencieron a los sirios y el reino de Israel fue liberado por completo, como ya hemos visto en capítulos anteriores.

Sin embargo, el pueblo seguía viviendo en sus pecados. El Señor envió a sus profetas para que amonestaran al pueblo, pero los israelitas no quisieron escucharlos.

Tras la muerte de Jeroboam II el reino comenzó a decaer rápidamente. El Señor ha cesado en sus advertencias, ha llegado la hora en que ya es demasiado tarde.

Zacarías fue el último rey de la familia de Jehú, que reinó solamente seis meses, siendo asesinado por Salum, uno de los oficiales de su ejército.

Poco podemos decir de Salum, ya que sólo reinó durante un mes y también fue asesinado por Manahem. Asesinatos y homicidios se sucedían en el reino de las diez tribus, eran las

consecuencias de que los israelitas habían abandonado al Señor, eran las consecuencias del pecado.

2 Reyes 15:16-22

Manahem era un asesino cruel, había matado a Salum.

Cuando marchaba con su ejército sobre Samaria, pasó por una ciudad, donde no le quisieron abrir las puertas. Los habitantes de aquella ciudad no le querían reconocer como rey. Lleno de odio y venganza tomó la ciudad y se vengó atrocemente. Todos los hombres y jóvenes fueron matados, las mujeres y los niños fueron descuartizados. Una crueldad, una salvajada.

Diez años reinó sobre Israel y durante esos diez años el Señor tuvo misericordia de él, pero Manahem no quiso servir al Señor, servía a los becerros de oro de Dan y Bet-el, era un rey muy impío.

Durante su reinado el rey de Asiria vino a Canaán con un poderoso ejército. Ese rey se llamaba Pul. Manahem se llenó de temor, no sabía qué hacer, no podía luchar contra un ejército tan poderoso, perdería la lucha. Ante esta situación trata de granjearse la amistad de Pul. Envía un mensajero al rey asirio el cual le entrega una fuerte suma de dinero. Pul le escucha y se retira con su ejército.

Manahem se alegra, ha tenido éxito. Pero Manahem no dobla sus rodillas ante el Señor. Murió sin convertirse.

Jóvenes, buscad al Señor en vuestra juventud, no esperéis a los días de vuestra vejez, puede que entonces sea demasiado tarde, la muerte viene sin avisar, en el momento más insospechado. No lo dejéis para mañana.

2 Reyes 15:23-31; 16:5-19

2 Crónicas 28

Al morir Manahem le sucedió en el trono Pekaía, quien también sirvió a los becerros de oro. Su reinado fue muy breve, dos años. Un día unos soldados entran corriendo en el palacio real con las espadas empuñadas, al frente de ellos marcha un oficial. Entran en la sala donde el rey está sentado en el trono y le asesinan sin piedad.

Ese oficial, llamado Peka, ocupa el trono durante veinte años, Sin embargo, durante su reinado no conoce la prosperidad. Peka es un rey impío, sigue adorando a los becerros de oro.

Cada año Peka debe pagar un tributo al rey de Asiria, podemos decir, que está sometido al rey asirio. Mientras tanto Asiria día a día se está haciendo más poderosa. Su rey hace frecuentes incursiones en los países circundantes, sin conocer la derrota.

¿Sabéis cómo trata a los pueblos vecinos? Toma a las gentes y se las lleva a su país. Peka teme que más pronto o más tarde también su pueblo será llevado en cautiverio y piensa: «Si pudiese vencer a los asirios mi pueblo podría vivir tranquilo, pero es imposible, Asiria es demasiado poderosa». Él solo no puede hacer nada contra aquel poderoso enemigo.

Si hubiera permanecido sumiso al rey de Asiria, nada habría ocurrido. Pero no lo hace. Se une con Siria.

Durante los reinados de Acab y de la familia de Jehú, Siria siempre había sido el peor enemigo de Israel. Sin embargo, Peka hace una alianza con Siria, se hace amigo de Siria. Junto a él podrán derrotar a Asiria. Reina entonces en Siria, Rezín, que se hace gran amigo del rey de Israel, Peka, y se ayudarán mutuamente. Rezín convoca a los sirios. Pero los dos reyes no se sienten muy satisfechos. «Necesitamos más ayuda», piensan, «¿pero quién está dispuesto a ayudarnos?»

En Judá reina entonces un rey muy impío, se llama Acaz (más tarde hablaremos de él). Peka, rey de Israel, envía un mensajero a Acaz, rey de Judá, para preguntarle si quiere participar en el proyecto que ha hecho con el rey de Siria.

Sin embargo, Acaz responde al mensajero que no está dispuesto a ayudarlos, que no desea hacerlo.

Al saberlo Peka, se enoja y dice: «Acaz nos ayudará, si no lo hace por las buenas, lo hará a la fuerza».

Con su ejército marcha sobre Judá y el ejército de Acaz sufre una gran derrota. Mueren ciento veinte mil soldados y doscientas mil mujeres y niños fueron llevados cautivos. Más tarde serían trasladados a Jericó, ciudad del reino de Judá.

Rezín, rey de Siria, también invade con sus soldados el reino de Judá y entonces Acaz comienza a sentir miedo ante esa situación y envía un mensaje a Tiglat-pileser, rey de Asiria, pidiéndole ayuda. Acaz advierte al rey de Asiria de los intentos de Peka y Rezín.

Sin tardanza, el rey de Asiria reúne un ejército e invade el reino de Siria. Peka no puede ayudar a sus amigos y el ejército sirio es derrotado. Damasco, la capital del reino, es tomada y Rezín, rey de Siria, es matado; el pueblo es hecho prisionero y llevado cautivo a Asiria.

Cuando Peka se entera se atemoriza, ahora está solo, nadie puede ayudarlo. Desde Siria el rey de Asiria marcha sobre Canaán. Conquista la tierra del otro lado del Jordán, la ocupada por las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés, todos fueron llevados en cautiverio a Asiria.

Sí, Tiglat-pileser pasa el Jordán, y las tribus de Neftalí y Zabulón también son llevadas cautivas. Hombres, mujeres y niños, todos son llevados cautivos. Las demás tribus del reino de Israel culpan a Peka de todo lo que ocurre y poco después es asesinado por Oseas.

2 Reyes 17

Miles de hombres surcan los caminos del país de Canaán. Hombres, mujeres, niños y hasta ancianos, se arrastran penosamente. Todos van muy tristes, muchos van llorando... Sí, son los israelitas que van camino de Asiria; no van por su gusto, no

marchan voluntariamente, no, van a la fuerza, van conducidos por los soldados asirios que fuertemente armados caminan a su lado; carros de combate inician y cierran la marcha. Los israelitas van en fila, desarmados, vencidos, son conducidos como prisioneros de guerra. Son conducidos como un rebaño de ovejas, ninguno se niega a caminar, nadie protesta y si se atrevieran serían maltratados por los soldados asirios. Los asirios han destruido sus casas, no les han dejado coger ninguna cosa. Ahora marchan camino de un país lejano y desconocido. Por última vez han vuelto sus ojos llorosos hacia sus casas, sus tierras...

¿Qué ha sucedido...? Peka había sido asesinado por Oseas, que le sucedió en el reino. Pero no era un rey libre, sino sometido al rey asirio, al que tenía que obedecer en todo. Durante seis años Oseas obedeció y todo marchó bien, pero un día pensó:



Los israelitas deportados a Asiria

«No deseo servir más a los asirios, quiero ser libre. Quiero reinar sobre mi país».

Se rebeló contra el rey asirio Salmanasar, que había sucedido a Tiglat-pileser al morir. Oseas no quería acatar al rey Salmanasar e hizo una alianza con el rey de Egipto, el cual le prestaría auxilio, pero Egipto estaba muy lejos.

En lugar de orar al Señor pidiéndole ayuda, Oseas, confiaba más en el rey de Egipto, no necesitaba al Señor.

Salmanasar, rey de Asiria, se enteró de que Oseas no quería servirle más y se enfureció. Con un poderoso ejército invadió el país de Canaán y sitió la capital, Samaria.

Durante tres años Oseas se defendió bravamente, esperando que llegaran los egipcios, pero los egipcios no llegaron. La ciudad de Samaria, por fin, fue tomada y ahora todo el pueblo tenía que seguir a los asirios; de todas las ciudades y pueblos, los israelitas eran tomados, sólo las personas más pobres, aquellas que no tenían ni siquiera casa donde poder vivir, eran las que se quedaban, los demás todos tenían que ir en cautividad.

Ahora van llorando, pero ha sido culpa de ellos, han abandonado al Señor, Dios de Israel, para servir a los ídolos. El Señor ha tenido mucha paciencia con Israel, les ha advertido para que se conviertan, pero Israel no ha escuchado al Señor y ahora son conducidos en cautiverio. Traspasan las fronteras de su país; es desgarrador.

Pueblos paganos se establecen en la ciudad de Samaria y en el reino de las diez tribus y se mezclan con los pobres israelitas que quedaron en el país. Se hacen amigos y jóvenes israelitas se casan con jóvenes paganos. Más tarde, los hijos de estos matrimonios serían llamados «samaritanos».

Éste es un capítulo difícil, hay nombres extraños, pero tratad de retenerlos.

Ha terminado la historia del reino de las diez tribus. Diecinueve reyes han gobernado durante estos años el reino de Israel, pero ni uno solo de ellos sirvió al Señor. Todos sirvieron a los becerros de oro de Dan y Bet-el. Acab y Ocozías sirvieron además a Baal. Es un triste fin el de este pueblo. Pero la culpa fue de ellos. El Señor les había bendecido mucho, y tuvo mucha paciencia con ellos a pesar de sus horribles pecados.

El Señor les advirtió muchas veces por medio de sus profetas. Pero los israelitas no quisieron escuchar.

Ahora son expulsados de su país y llevados prisioneros a Asiria, es el fin del reino de las diez tribus.

¿Cuál será nuestro fin si seguimos en nuestros pecados...?

Capítulo 100

LOS PRIMEROS REYES DE JUDÁ

1 Reyes 14:21-31
2 Crónicas 11 y 12

Como recordaréis el pueblo de Israel, a la muerte de Salomón, se dividió en dos reinos. Diez tribus proclamaron como rey a Jeroboam y solamente dos tribus permanecieron fieles a Roboam, hijo de Salomón. En el capítulo 83 se describe la división del reino, podéis leerlo si no lo recordáis.

Ya hemos descrito la historia del reino formado por las diez tribus, que finalizó en el capítulo anterior.

Ahora trataremos de los reyes que gobernaron sobre el reino formado por las otras dos tribus. Roboam, hijo de Salomón, fue el primer rey que gobernó sobre Judá y Benjamín. El comienzo de su reinado no fue muy brillante.

El pueblo le pidió que redujese los impuestos, pero en lugar de escuchar el consejo que le dieron los sabios ancianos, hizo lo que le dijeron sus jóvenes amigos, contestando al pueblo despóticamente; y como consecuencia estalló la rebelión y no querían aceptarle como rey.

Entonces Roboam envió a Adoram para que hablase al pueblo, pero los israelitas odiaban a Adoram y le apedrearon. Entonces Roboam acudió a Jerusalén y reunió un ejército para castigar a los rebeldes.

El profeta Semeías le advirtió en nombre del Señor para que no luchase contra las tribus rebeldes y Roboam escuchó la palabra del Señor.

Si no hubiera escuchado habría sido derrotado ya que no contaba con la bendición del Señor, pero obedeció y se quedó en Jerusalén. Todo esto ya ha sido relatado, pero lo hemos expuesto brevemente para que lo recordéis.

Con nuestra imaginación situémonos en los límites que dividen los dos reinos, es decir, el reino de las diez tribus, donde gobierna Jeroboam, y el reino de las dos tribus, donde reina Roboam.

Un grupo de personas se acercan, son unos hombres y mujeres que llevan consigo unos niños. Vienen del reino de Jeroboam, atraviesan los límites y se adentran en el reino de Judá. A este grupo sigue otro y la escena se repite día tras día, mucha gente se marcha del reino de Jeroboam y se dirige al sur.

¿Quiénes son? Son los sacerdotes y levitas que vivían en el reino de las diez tribus. Jeroboam no deja que su pueblo suba a Jerusalén para celebrar las grandes solemnidades; para ello ordena construir dos becerros de oro, uno en Dan y otro en Bet-el. Son los nuevos santuarios y en ellos se celebrarán las fiestas.

Los sacerdotes y levitas que viven en el país no quieren ofrecer sacrificios en esos nuevos altares. Pertenecen al servicio del Señor establecido en Jerusalén y desean seguir permaneciendo fieles a este servicio. Para el culto de los becerros de oro han escogido sacerdotes de todas las tribus.

Los sacerdotes del Señor abandonan sus casas y posesiones y se marchan a Judá, donde se establecerán. No es una decisión fácil tener que abandonar todo lo que poseen, pero quieren continuar sirviendo al Señor. El servicio del Señor les es más querido que todas sus posesiones terrenas. Ahora los vemos cómo abandonan el reino de las diez tribus y se adentran en el reino de Judá, dejando de ser súbditos de Jeroboam para hacerse súbditos de Roboam, hijo de Salomón.

Durante los primeros años Roboam sirvió al Señor, es verdad que no lo hacía de corazón, sino sólo por mera formalidad, pero el Señor le bendijo.

No sólo abandonaron el reino de Jeroboam los sacerdotes y los levitas, también lo hicieron muchos israelitas que no querían servir a los becerros de oro; muchos israelitas conversos se trasladaron del reino del norte al reino del sur. Esto hizo que Jeroboam se hiciera más débil y que Roboam se fortaleciera.

Durante tres años Roboam anduvo por los caminos del Señor y observó sus mandamientos. Pero cuando vio que había obtenido fuerza y poder, abandonó al Señor. Se llenó de orgullo y olvidó que el Señor le había bendecido y fortalecido.

También en el reino de Judá se comenzaron a hacer ídolos, también en Judá comenzó a elevarse humo en los altares extranjeros e ídólatras. Roboam debería haberlo prohibido, pero no lo hizo, lo permitió. Fue una pena, porque... el bienestar y la prosperidad terminaron de golpe. Inesperadamente se produjo una guerra. Soldados extranjeros invadieron el país. Sisac, rey de Egipto, con un formidable ejército marchó sobre Jerusalén, la capital, y todo el país fue invadido por los egipcios. Doce mil doscientos carros de combate avanzaban por los caminos; sesenta mil jinetes galopaban en sus caballos y tras ellos marchaban diez mil soldados sobre Jerusalén. Cuando los habitantes de Judá ven pasar al enemigo se llenan de temor. No pueden luchar contra ellos. Es el castigo del Señor para ese pueblo que le es infiel, cuyo rey ha abandonado al Señor. Ésas son las consecuencias... El ejército egipcio está próximo a Jerusalén, Roboam no sabe a quién recurrir, le parece que todo está perdido, se ve ya prisionero de Sisac y conducido atado con cadenas al carro del rey egipcio...

De pronto el profeta Semeías entra en el palacio real, trae un mensaje para el rey de parte del Señor.

—Porque has dejado al Señor, el Señor te ha abandonado a ti —dice el profeta.

Roboam, sentado en su trono, no se atreve a decir palabra. Es verdad lo que dice el profeta, Roboam se humilla ante el Señor, se arrepiente de sus pecados, agacha su cabeza y en voz baja dice:

—El Señor es justo.

Reconoce que merece el castigo. Cuando el rey y los prín-

cipes se humillan el Señor promete que habrá liberación. Dios dará salvación.

Sisac entra en Jerusalén, sus soldados saquean la magnífica ciudad, se llevan todos los tesoros de Salomón: la plata, el oro, el trono de marfil, todas las riquezas heredadas por Roboam de su padre Salomón, se las llevaron los egipcios.

Pero Sisac no se queda en Jerusalén, cargado con el botín se vuelve a su país. A los pocos días todos los soldados egipcios han desaparecido. Roboam siente una gran alegría, no ha sido llevado cautivo a Egipto, puede seguir reinando. El Señor le ha salvado, le ha librado a él y a su pueblo.

Los egipcios se han llevado también los trescientos escudos de oro que hizo construir Salomón para sus soldados. Ahora Roboam los manda hacer de cobre, en el futuro sus soldados llevarán escudos de cobre...

Durante algunos años todas las cosas fueron bien, pero después Roboam abandonó nuevamente al Señor. En la Biblia se dice: «Hizo lo malo a los ojos del Señor».

Durante diecisiete años reinó sobre Judá y Benjamín y murió, siendo sepultado por su pueblo en Jerusalén, en el sepulcro de su padre Salomón. Le sucedió en el trono su hijo Abías.

1 Reyes 15:1-8

2 Crónicas 13

De todas direcciones llegan soldados de las tribus de Judá y Benjamín a la capital del reino. El paso de miles de soldados hace retumbar las calles de Jerusalén. El número aumenta más y más.

Abías, el nuevo rey, ha enviado mensajeros por todo el reino para reunir a sus soldados para la lucha. Ha estallado la guerra entre Abías, rey de Judá y Jeroboam, rey de Israel. Es una guerra entre hermanos, es terrible. Abías con cuatrocientos mil soldados abandona Jerusalén y marcha al encuentro del enemigo.

Jeroboam tiene también un poderoso ejército, más fuerte aún que el de Abías, ya que dispone de ochocientos mil guerreros, es decir, el doble.

Pronto los dos ejércitos están frente a frente. Hay silencio. De repente hay alguien que eleva su voz, es Abías, el rey de Judá, que advierte a Jeroboam:

–El Señor hizo ungir a David como rey sobre Israel –dice– y el Señor hizo un pacto con David y con sus hijos. Ahora tú, Jeroboam, vienes contra mí con un poderoso ejército. Tienes más soldados que yo y piensas vencer. Sin embargo, no te fíes demasiado porque has abandonado al Señor. Sirves a los becerros de oro de Dan y Bet-el, pero nosotros servimos al Señor. Tenemos el templo del Señor en Jerusalén. Con nosotros están los sacerdotes del Señor que tú rechazaste. El Señor nos ayudará a nosotros y no a ti. No conocerás la prosperidad.

Así habla el rey de Judá, pero sus palabras no impresionan a Jeroboam que sonríe burlonamente. No tiene miedo. Sigilosamente hace que su ejército rodee al ejército de Abías sin que ellos se enteren.

Una parte del ejército de Jeroboam ha rodeado al ejército de Abías, sin que se den cuenta. Cuando Abías termina de hablar se inicia la lucha. De repente los soldados de Jeroboam que tienen rodeados a los de Abías se levantan. Abías tiene al enemigo de frente y por la espalda. Es una situación desesperada, los soldados de Abías no tienen ninguna posibilidad de vencer. Pero en su angustia invocan al Señor, los sacerdotes del Señor tocan las trompetas.

El Señor escucha sus ruegos y aunque Jeroboam dispone de un ejército más potente, que tiene rodeado al ejército de Abías, sin embargo, Abías obtiene la victoria. Esa noche quinientos mil soldados de Jeroboam caen muertos, es más de la mitad de su ejército, el resto de los soldados ha huido. Abías ha conseguido una victoria gloriosa. Ha sido el Señor que ha castigado a Jeroboam por haber construido los becerros de oro y no haber escuchado las advertencias del Señor. También Israel ha sido castigado por seguir en todo a su rey.

Abías regresa victorioso a Jerusalén, el peligro ha desaparecido. Dios le ha dado la victoria cuando todo parecía perdido.

Sin embargo Abías no era un rey temeroso de Dios; le servía, pero no con sinceridad de corazón, le servía sólo para ser favorecido y no porque Dios debe ser servido y temido. Abías pensaba: «Si sirvo al Señor, el Señor me bendecirá». Había dicho a Jeroboam que en Jerusalén estaba el templo donde los sacerdotes servían al Señor, pero todo era puro formulismo, faltaba el verdadero temor del Señor. La Biblia nos dice que caminó en los pecados de su padre Roboam.

En las tribus de Judá y Benjamín se adoraba también a los ídolos y Abías lo permitió, hizo lo mismo que su padre.

¿Qué hacéis vosotros jóvenes? Muchos jóvenes viven decentemente. frecuentan la iglesia y siguen las enseñanzas de la religión; un trabajo bueno, es vuestro deber, pero eso no es suficiente para la eternidad. Se necesita servir al Señor de corazón, se necesita que Dios cambie nuestro corazón y eso es lo que le faltaba a Abías.

Tres años reinó Abías y murió, siendo sepultado en Jerusalén.

1 Reyes 15:19-24

2 Crónicas 14, 15 y 16

Por todos los lugares del reino de Judá había ídolos, estatuas muertas de piedra ante las cuales se ofrecían sacrificios. Los israelitas habían edificado estos altares hasta en las colinas para que pudieran verse desde lejos.

Un día un grupo de hombres se acerca ante el altar de un ídolo, llevan martillos y palas. Suben a la colina y destrozan la imagen, arrasan el altar, allanan la tierra. Han destruido el santuario del ídolo. Cuando terminan se dirigen al altar de otro de los ídolos y hacen lo mismo. Por todo el país son destruidos y demolidos los ídolos y sus altares.

Ha sido el rey quien ha dado la orden de que se haga así. ¿Quién es el nuevo rey? Reina en Judá Asa, hijo de Abías, él sirve al Señor. La Palabra de Dios dice que hizo lo que era correcto a los ojos del Señor.

Cuando todas las estatuas de los ídolos y sus altares han sido destruidos, el rey dice al pueblo que deben servir al Señor.

Es una gran privilegio que el Señor conceda tal rey a un pueblo. El reino de Judá vive en paz, tranquilidad y prosperidad. Dios le bendice en todo y la bendición del Señor enriquece al reino.

Asa hace construir ciudades, rodeadas de fuertes murallas y altas torres. En tiempos de Asa gobernaron sobre el reino de las diez tribus reyes impíos: Baasa, Zimri y Omri. Su historia podéis leerla en el capítulo 85.

Durante este tiempo miles de israelitas abandonan el reino de Israel y se establecen en el reino de Judá, lo cual contribuye a que Asa se haga más fuerte y poderoso.

Cierto día un jinete entra al galope en Jerusalén, poco después toda la ciudad está sobresaltada. Por todas partes sus habitantes discuten, sus rostros muestran la angustia y el miedo.

Asa envía mensajeros para reunir a su ejército. ¿Qué ha sucedido?

Aquel jinete ha traído un mal mensaje. El país corre peligro, se acerca un poderoso enemigo. Zera, rey etíope, se acerca a la ciudad con un ejército de un millón de hombres.

Asa convoca a sus soldados rápidamente, pero el enemigo es muy fuerte.

Asa sabe que con sus propias fuerzas no puede luchar contra él, perderá la lucha, es seguro. Lleno de angustia y temor ora al Señor:

–Señor mío –suplica– no podemos luchar contra un ejército tan numeroso, pero Tú puedes ayudarnos; Señor, libranos del enemigo y danos la victoria. Tú eres el Todopoderoso. En Ti confiamos, Señor nuestro.

El Señor atiende su ruego y Zera, el etíope, es derrotado por completo y rechazado hasta su país. Miles de enemigos han muerto, Dios les ha salvado, ha librado al país de la ruina.

Con gran alegría regresa Asa, sus soldados entonan cantos de triunfo en honor del Señor. Cuando se acercan a Jerusalén un profeta sale al encuentro del rey.

–Si sigues sirviendo al Señor, Él te bendicirá –dice– pero si abandonas al Señor, el Señor te abandonará a ti.

El Señor previene a Asa para que no se enorgullezca. El honor sólo corresponde a Dios.

La abuela de Asa vive en Jerusalén, es una mujer impía. No sirve al Señor, sino a un horrible ídolo. Asa ordena que también esa estatua sea demolida. La abuela se enoja, pero Asa no hace caso, prefiere que sea su abuela la que se enoje, antes de que sea el Señor.

Pasan los años, ningún enemigo se atreve a atacar a Asa. Durante muchos años Judá y Benjamín viven en paz. No hay enemigos que les molesten. El Señor lo impide.

Pero Asa no permanece fiel al Señor, comete actos malos y pecaminosos.

Por aquel tiempo en Samaria reina Baasa y le molesta que tantos israelitas abandonen el país y se vayan al reino de Asa. Entonces decide:

—Me opondré a ello. No dejaré que ningún israelita salga del país para irse a Judá.

Para impedirlo proyecta construir una ciudad en la frontera, allí establecerá una guarnición con una sección de soldados que vigilarán la frontera e impedirán la salida de los israelitas.

Comienzan a transportar piedras y maderas al lugar señalado para establecer la ciudad. Pronto están todos los materiales para la construcción.

Asa se entera y en lugar de pedir ayuda al Señor envía una gran cantidad de oro a Ben-adad, rey sirio. Es un error. Asa no debería poner su confianza en Siria, sino en Dios. Ben-adad escucha la petición de Asa y los sirios invaden el reino de Baasa, quien debe dejar su proyecto de construcción para ir con su ejército al encuentro de los sirios.

Mientras tanto Asa ordena a sus soldados que cojan todos los materiales reunidos por Baasa y con ellos ordena construir ciudades en sus límites.

Un profeta se dirige a Asa y le dice:

—Porque no has confiado en el Señor, sino que has hecho pacto con Ben-adad, rey de Siria, habrá guerras contra ti. Has obrado locamente.

Asa se asusta al escucharlo, pero en lugar de humillarse y pedir perdón al Señor, se enoja y hace encerrar en la cárcel al

profeta. Lo único que ha hecho ha sido hablar lo que el Señor le ha ordenado.

Como Asa no quiere escuchar al Señor, el Señor le envía un duro castigo. Padece una enfermedad que afecta a sus pies y no puede andar, sufriendo fuertes dolores. Convoca a diversos médicos para que le curen. Asa confía plenamente en que éstos le curarán.

Pero como el Señor no bendiga los medios, poco podrán esos médicos. Todo es inútil y Asa se da cuenta de ello, su enfermedad no sana, al contrario cada vez se agrava más y termina muriendo. Su reinado ha durado cuarenta años. Su pueblo está afligido y le sepulta como rey. En la Biblia está escrito: «E hicieron un gran fuego en su honor».

El pueblo ha amado mucho a su rey y le honran después de su muerte. Sin embargo, es muy trágico que Asa, después de haber comenzado su reinado sirviendo al Señor, se apartara del Señor.

Es una seria advertencia para nosotros, jóvenes. Muchos comienzan bien, pero luego se apartan de Dios y viven una vida de pecado. Pedid sin cesar que el Señor os guarde de apartaros de Él. Sólo con la ayuda del Señor podemos perseverar. Que nuestra vida sea una vida de oración.

Capítulo 101

JOSAFAT

1 Reyes 22

2 Crónicas 18 y 19

Después de la muerte de Asa un nuevo rey accede al trono de Judá.

¿Cómo será el gobierno del nuevo rey...? ¿Servirá al Señor o a los ídolos? ¿Será un rey bueno o malo...?

Todas estas preguntas están en las mentes y corazones de los habitantes de Judá, sobre todo de aquellos que temen a Dios. Pero no pueden responderlas, han de esperar el desarrollo de los acontecimientos. Sin embargo, no necesitan esperar mucho, porque pronto se dan cuenta de que el nuevo rey es un príncipe que teme al Señor.

Durante el reinado de su padre, Asa, muchas estatuas de los ídolos fueron rotas y abatidos muchos de los altares que estaban en los altos. El nuevo rey prosigue la obra emprendida por su padre. El nuevo rey se llama Josafat y es temeroso de Dios. Los pocos ídolos que quedaban fueron quitados por orden de Josafat y el pueblo se alegra al verlo y comienzan a sentir respeto y estima por su joven rey.

Josafat es bendecido por el Señor y su reino se hace fuerte y poderoso.

Josafat establece destacamentos de soldados en muchas ciudades para que defiendan al país en tiempos de guerra. En

el reino de las diez tribus, sin embargo, reina el impío Omri, al que sucede su hijo Acab; en todos los lugares de su reino se elevan ídolos y altares idólatras, pero en Judá todos han sido destruidos.

El rey de Israel ordena a sus súbditos que doblen sus rodillas ante estas estatuas de piedra y de madera, sin embargo, el rey de Judá pide a su pueblo que solamente sirva al Señor. Israel es un pueblo que se empobrece; Judá, por el contrario, prospera.

No obstante, Josafat no es completamente feliz, a veces se le ve triste. ¿Por qué...? Se ha dado cuenta de que el pueblo sabe muy poco acerca de las leyes y del servicio del Señor. Hace mucho tiempo el Señor dio Sus leyes en el desierto y ordenó que los padres las enseñaran a los hijos. Pero el pueblo no lo hizo y poco a poco han ido cayendo en el olvido y ahora muchos no saben lo que el Señor les había ordenado. Es ésta la razón por la cual Josafat está triste. Esta situación no puede agradar al Señor, su Rey celestial.

Ante esta situación decide que el pueblo debe volver a aprender las leyes del Señor. Para ello convoca a unos sacerdotes y levitas y les dice:

—Tenéis que recorrer el país, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Reuniréis en cada lugar a las gentes y les leeréis las leyes. Enseñad al pueblo lo que está escrito en el libro de las leyes del Señor.

Los sacerdotes inician su trabajo acompañados por algunos israelitas notables y por algunos príncipes.

Ojalá se pudiera hacer lo mismo en cada país. Ojalá que también en nuestro país todas las personas pudieran conocer y estudiar la Biblia. El Señor nos habla por medio de ella y todos deberíamos escudriñarla.

¿Lo hacéis vosotros, jóvenes...?

Josafat ordenó que su pueblo fuese instruido para que de esta forma sirviera al Señor de todo corazón. El Señor bendijo a Judá y los pueblos vecinos trajeron presentes y honraron al joven rey. Nadie se atrevió a atacar al pueblo, ni a declararles la guerra. El pueblo de Judá vivía en paz y prosperidad.



Josafat envía a los sacerdotes y levitas

1 Reyes 22

2 Crónicas 18 y 19

Un día Josafat emprende un viaje, abandona Jerusalén y se dirige a Samaria, donde gobierna Acab, casado con la impía Jezabel. Acab ha abandonado al Señor y sirve a Baal.

Judá e Israel siempre estaban en guerra, había una gran rivalidad entre ambos.

Josafat piensa: «Esta situación no debe proseguir así. Pertenecemos al mismo pueblo, todos somos hijos de Jacob. No deben existir guerras entre nosotros, debemos ayudarnos mutuamente».

Decide visitar a Acab, quien le recibe amablemente; el encuentro es amistoso, hasta el extremo de que Josafat permite que su hijo Joram se case con Atalía, hija de Acab y Jezabel; de esta forma las dos casas reales unen lazos familiares.

Josafat no debió dar su consentimiento porque un ídola y un hijo del Señor no pueden ser buenos amigos. Acab pide a Josafat que le ayude en su lucha contra Ben-adad, rey de Siria, para conquistar la ciudad de Ramot, en Galaad. Josafat accede y juntos parten para la lucha. Ya se ha narrado en capítulos anteriores, como recordaréis. Entonces el profeta Miqueas, que estaba encarcelado, predijo que Acab caería en la lucha. Josafat se expone a un gran peligro, pero el Señor le salvó y permitió que volviera a Jerusalén. Podéis leerlo en el capítulo 89.

Cuando Josafat entra en Jerusalén un profeta le sale al encuentro y le dice:

—¿Ayudarías al impío?

Su padre Asa fue castigado por haber hecho una alianza con Siria contra Baasa, rey de Israel. Asa hizo encarcelar al profeta, pero Josafat no lo hace y baja su cabeza, porque sabe que lo que dice el profeta es cierto.

Josafat reconoce su pecado. Nuevamente invita al pueblo a servir al Señor, recorre todo el reino y nombra jueces en todos los lugares para que impartan justicia.

Sin embargo, Josafat sigue ayudando a la casa del impío Acab, cuando éste muere sigue su amistad con Ocozías, el que cayó por la ventana y consulta al ídolo «Baal-zebul» para saber si sanaría o no.

Más tarde cuando Joram, otro de los hijos de Acab, luchó contra los moabitas, Josafat también le acompañó. Pasaron un gran apuro porque se quedaron sin agua y, sin embargo, el Señor les ayudó de forma milagrosa. Como podéis ver en el capítulo 91.

Josafat permaneció fiel a la amistad con la casa de Acab hasta la muerte.

2 Crónicas 20

Durante el gobierno de Josafat, el reino de Judá estuvo en un gran peligro. Inesperadamente fue atacado por cuatro reyes a la vez, los moabitas, los amonitas, los edomitas y los sirios, que habían hecho una alianza. Estos cuatro ejércitos se reunieron y formaron un solo y gran ejército que marchó sobre Jerusalén.

Cuando ya está ese gran ejército en las proximidades de Jerusalén la noticia llega a Josafat, el cual se asustó y precipitadamente reunió a su ejército, pero sabe que sin la ayuda del Señor nada podrá contra el enemigo. Entonces el rey, acompañado por sus príncipes y oficiales se dirige a la casa del Señor, allí extiende sus manos al cielo y suplica al Señor que le ayude.

–Dios mío –ora– ayúdanos, líbranos de nuestros enemigos. Señor, prometiste a Salomón que atenderías favorablemente los



La oración de Josafat en el templo

ruegos que suban a Ti desde este templo. Lo que has prometido sin ninguna duda que lo cumplirás. Oye nuestras súplicas, Señor, y atiende nuestro ruego. Ven, Señor, en nuestro socorro. Todos oran con el rey.

Después un levita dice al rey y al pueblo:

—No temáis. No tendréis necesidad de luchar. Salid mañana al encuentro del enemigo y el Señor vencerá a esos poderosos enemigos. Dios ha escuchado vuestra oración.

Cuando Josafat escucha estas palabras inclina su cabeza, cree que el Señor les salvará.

Los cantos de victoria resuenan en el templo. Los sacerdotes y los levitas dan gracias al Señor por su bondad.

¿No se han adelantado? El enemigo aún no está vencido...

No, sus cantos no se han adelantado, la victoria es cierta porque el Señor se lo ha prometido, sabe que Dios siempre cumple lo que promete. Esa fe no es defraudada, porque cuando a la mañana siguiente Josafat con su ejército deja Jerusalén para subir a la colina, ve el enorme ejército del enemigo en la llanura, pero ese enorme ejército ya no puede hacer nada, todos están muertos, el suelo está cubierto de cadáveres, no hay ni uno solo con vida. ¿Qué ha sucedido...?

De improviso ha surgido la desconfianza entre ellos y han comenzado a luchar unos contra los otros y se han matado.

Josafat y sus soldados no necesitan luchar, no es necesario. Las armas y el material del enemigo están a su disposición. Los soldados de Josafat tardan tres días en llevarlo todo a Jerusalén. El cuarto día celebran una fiesta en honor del Señor por la victoria. Del ejército de Judá no ha caído un solo soldado, nadie llora ninguna pérdida.

Josafat reinó veinticinco años en Jerusalén sobre Judá, instruyendo al pueblo en el servicio del Señor y él mismo les ha dado ejemplo. Cierto que su amistad con la casa de Acab era algo pecaminoso, pero era un hijo de Dios, que sinceramente temía al Señor.

La muerte no fue una tragedia para él, su alma subió a la gloria eterna. Dios le preservó de ver lo que ocurriría después; fue algo terrible, que veremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 102

UN REY NO DESEADO

2 Reyes 8:16-24

2 Crónicas 21

En el reino de Judá el pueblo está trabajando afanosamente en varios lugares, unos están ocupados en la plantación de árboles en las laderas de algunos montículos, otros están ocupados en el transporte de grandes piedras.

¿Qué es lo que están haciendo? Vayamos con el pensamiento a uno de esos lugares donde están trabajando. Mirad, están edificando un altar. Allá, unos hombres jadeantes transportan una pesada estatua de piedra, que cuidadosamente colocan tras el altar. Es un ídolo, una imagen de Baal. Alrededor del altar han plantado un bosque. Cuando finaliza todo el trabajo, los habitantes de Judá y Benjamín ofrecen sacrificios en honor de Baal y doblan sus rodillas ante la estatua de piedra. Es una idolatría.

Estos altares los han construido no sólo en los alrededores de Jerusalén, sino también por todo el país.

Quizás os estáis preguntando con sorpresa: «¿No ordenaron Asa y Josafat destruir todos los altares y estatuas? ¿Cómo es que ahora las están levantando de nuevo?»

Así es la realidad, Josafat ya ha muerto y ahora en Jerusalén reina otro rey. Se trata de su hijo mayor, Joram, que le ha sucedido en el trono.

No confundáis a este Joram con el rey de igual nombre que gobernó en el reino de Israel, el cual fue asesinado por Jehú; aquel era hijo de Acab. Este Joram que ahora gobierna en Jerusalén es hijo de Josafat, cierto que es pariente de la familia de Acab, ya que Joram, rey de Judá, estaba casado con Atalía, hermana de Joram, rey de Israel, por tanto estos dos reyes eran cuñados.

Josafat tenía otros hijos, pero, dado que Joram era el primogénito, fue el que le sucedió como rey.

Este nuevo rey de Judá es un impío y además es un fratricida. ¿Qué por qué? Cuando ascendió al trono ordenó matar a todos sus hermanos. Era un monstruo de impiedad, a pesar de que su padre había sido un rey piadoso.

De esto podemos aprender que el ser hijos de padres creyentes no es una garantía de que nosotros lo seremos. Cada uno de nosotros ha de recibir personalmente un nuevo corazón del Señor. Jóvenes, pedid al Señor que os dé un corazón nuevo. La gracia no se hereda.

La historia nos muestra a Joram como un cruel fratricida, su esposa Atalía le insta a que introduzca en Judá el culto a Baal; así lo hizo también su madre Jezabel en Israel, ofreciéndose culto a Baal en Israel y Samaria y ahora sucede lo mismo en Judá y en Jerusalén, donde también se adora a Baal. En los dos reinos se olvida al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Joram sigue los consejos de su esposa. Por mandato de él son levantados los altares idólatras, renovadas las estatuas, plantados los altos, es por ello que vemos a los habitantes de Judá afanosamente ocupados en este trabajo. La idolatría se implanta de nuevo en el reino de Judá. Joram ordena al pueblo que debe servir a Baal y obliga a todos a doblar las rodillas ante ese horrible ídolo. Es una gran diferencia con lo sucedido en el reinado de su piadoso padre, Josafat.

Muchos obedecen al rey, no se atreven a desobedecer sus órdenes; sin embargo, los verdaderos hijos de Dios no lo hacen.

El Señor advierte a Joram. Un día le llega una carta escrita por el profeta Elías. Elías ya había ascendido al cielo, pero antes había dejado escrita esta carta; en ella, advierte que Joram, el asesino, será severamente castigado por el Señor. Entre otras

cosas la carta dice: «Por haber abandonado al Señor y haber introducido el culto a Baal, el Señor te castigará. Los enemigos secuestrarán vuestras mujeres e hijos, se apoderarán de tus posesiones, y tú mismo enfermarás y morirás entre violentos dolores».

Es una advertencia espantosa. Pero ¿qué hace Joram ante ella? ¿Se asusta...? ¿Se humilla ante el Señor...? No, se ríe de ello, se burla, no quiere escuchar. No hace el menor caso.

Los castigos predichos llegan, los edomitas que servían a los hijos de Israel pagándoles anualmente sus tributos, se rebelan contra él y se niegan a seguir pagando tributos, quieren ser libres.

Joram piensa: «Les castigaré ejemplarmente, les obligaré a obedecer».

Reúne a todo su ejército e invade el país de los edomitas, piensa destruir todas sus ciudades y matar a los rebeldes, pero pierde la guerra y apuradamente puede salvar su propia vida, los edomitas son libres.

También en su propio reino estalla la rebelión. En la ciudad de Libna, en la que viven la mayoría de los sacerdotes, se niegan a reconocerle como rey porque ha abandonado al Señor.

Sin embargo, llegan los castigos peores. De todas partes los enemigos invaden el país. Desde el sudoeste llegan los filisteos, por el sur se acercan los ejércitos árabes pillando y matando todo cuanto encuentran a su paso, ambos enemigos marchan sobre la capital del reino.

Joram se ve impotente. El enemigo llega a Jerusalén y toma la ciudad, todas las mujeres e hijos de Joram son tomados y hechos cautivos, a excepción de Atalía y de su hijo menor Ocozías. Todos son matados. Todos los tesoros de oro y plata, todo cuanto tiene de valor lo toma el enemigo. Se cumple lo que había predicho Elías en su carta. El Señor demuestra que Él sigue siendo el Señor, que castiga severamente a los pecadores. Sin embargo, Joram no se arrepiente de sus pecados, no se humilla ante el Señor.

Se oye un gemido lastimoso, procede del palacio real. El rey está sobre su lecho angustiado por grandes dolores; sufre terriblemente, no puede soportar más, se revuelve en su lecho y grandes gotas de sudor caen de su frente.

El rey está enfermo, es una grave enfermedad intestinal, se trata de una enfermedad incurable. Los más eminentes de los médicos nada pueden hacer. No tiene curación. Joram no quiere humillarse ante el Señor y el Señor no le salvará. Esta dolorosa enfermedad dura dos años y al cabo de ellos le sobreviene la muerte. Ha reinado en Judá sólo ocho años.

Durante dos años ha gritado de dolor, pero con la muerte no ha terminado su dolor porque ha entrado para siempre en la condenación eterna.

Éste es el espantoso fin de Joram, el rey impío.

Amigos, por medio de esta historia el Señor nos previene a nosotros contra el pecado, porque si vivimos inconversos y morimos así, también a nosotros nos está reservado el mismo lugar y nuestro tormento será para siempre.

Creed antes de que sea demasiado tarde.

El pueblo de Jerusalén no tarda en enterarse de que su rey ha muerto, pero no se aflige por ello, al contrario, la noticia les alegra.

«Por suerte», piensan, «nos hemos librado de él».

No guardan luto por él; la Biblia dice: «y murió sin que lo desearan más».

Lo que quiere decir que estaban deseando su muerte.

Algunos hombres toman su cadáver y lo llevan fuera para darle sepultura, pero no lo sepultan en los sepulcros de los reyes. No es sepultado en el sepulcro de su padre Josafat, temeroso de Dios, ni en el de su abuelo. Ahí quedará su cuerpo hasta que el Señor Jesús vuelva en las nubes del cielo.

Capítulo 103

GOBIERNO DE ATALÍA Y SU CAÍDA

2 Reyes 8:25-29

2 Reyes 9:27-29

En Jerusalén está el templo del Señor que un día fue ordenado construir por Salomón en honor del Dios de Israel. El templo destaca sobre todos los demás edificios. En él suele existir siempre un gran movimiento. Cada día vienen israelitas para ofrecer sacrificios, sacerdotes vestidos de blanco van de un lado para otro, los levitas se afanan en el servicio. Resuenan los salmos de David, cantados por los cantores.

Sin embargo, ahora no se oye nada, no se ve a nadie, ni sacerdotes, ni levitas. No se escuchan cantos, las grandes puertas de la casa del Señor están cerradas.

Ahora hay templos en cualquier lugar de Jerusalén, pero son templos de Baal, en los cuales hay gran animación, hay muchos sacerdotes, pero no son los sacerdotes del Señor, sino los de Baal. Muchos israelitas acuden a ofrecer sacrificios. El culto del Señor ha quedado olvidado.

En el capítulo anterior vimos cómo murió Joram. El pueblo proclamó rey a su hijo Ocozías, era un joven con poco carácter y sería su madre Atalía quien le asesoraría, pero sus consejos eran perversos, le incita a adorar a Baal y Ocozías la obedece. Sólo reinó un año, pues fue asesinado.

2 Crónicas 22:1-9

Ocozías emprende un viaje hacia el norte, concretamente a Jezreel, donde está el palacio de verano de los reyes de Israel. Su tío Joram gobierna en Israel y se encuentra herido. Había tenido una lucha contra Hazael, rey de Siria y los soldados sirios le causaron varias heridas, para recuperarse de ellas marchó a su palacio de Jezreel.

Ocozías acude a visitar a su tío. Quiere conocer su estado. Allí Ocozías al igual que su tío Joram, fue asesinado por Jehú. Su cadáver fue trasladado a Jerusalén, donde fue sepultado. Así fue que Ocozías sólo reinó un año . (Véase el capítulo 95).

2 Reyes 11:1-3

2 Crónicas 22:10-12

El rey ha muerto. ¿Quién le sucederá? Ocozías tiene hijos, pero éstos son demasiado pequeños, no pueden gobernar. Tampoco tiene hermano, pues todos ellos fueron matados por los árabes y los filisteos, como hemos visto en el capítulo anterior. No hay nadie que pueda sucederle, nadie capaz de ceñir la corona real. ¿Qué hacer?

Atalía, la madre de Ocozías, hace matar a todos los niños de la familia real, es decir, a sus nietos. Es algo horrible, la abuela ordena matar a sus propios nietos. Pero no sólo los niños son matados, toda la familia real es matada por orden suya. Es una mujer cruel, diabólica. Su intención es terminar con toda la familia de la casa de David.

El Señor había prometido a David que en el futuro el Señor Jesús nacería de su familia. El diablo se esfuerza por impedirlo y se sirve de Atalía para tratar de destruir la obra de Dios.

Satanás trata de impedir la venida del Señor Jesús, trata de impedir que se cumplan las promesas de Dios; si lo consigue habrá vencido y será más poderoso que Dios mismo.

Antes dije que todos los hijos de Ocozías fueron matados, ¿todos...?

Una mujer sale apresuradamente del palacio real, lleva algo consigo que esconde con gran cautela, corre mirando con recelo a su alrededor para percatarse de que nadie la ve.

Es Josabet, hija de Joram, el impío rey de Judá. Es, por tanto, hermana de Ocozías, posiblemente es hermana de padre, pero no hija de Atalía. Lleva consigo un niño pequeño.

Cuando Atalía ordenó matar a todos sus nietos, Josabet consiguió esconder a un niño pequeño y con él huye a su casa. Está casada con Joiada y viven cerca del templo.



Josabet esconde al pequeño Joás

Cuando llega a su casa esconde al pequeño príncipe en una de las habitaciones del templo. Allí estará seguro, Atalía no lo buscará allí.

2 Reyes 11:4-21

2 Crónicas 23

Atalía cree que todos los hijos de Ocozías han muerto, pero se equivoca, un pequeño príncipe ha quedado con vida. Es el pequeño Joás, salvado por su tía Josabet.

De la descendencia de David nacería el Señor Jesús, tal como Dios había prometido. Era imposible que la descendencia de David fuera extirpada ya que entonces no podrían cumplirse las promesas de Dios, pero Dios siempre cumple Sus promesas y Él, por tanto, pondría los medios necesarios para vencer al diablo. Atalía piensa: «Ahora seré yo quien gobierne, seré la reina y haré lo que me parezca».

Sobre el reino de Judá gobernó seis años, en los cuales se esforzó en introducir más el culto de Baal.

Ya no se servía al Señor, el templo fue cerrado, los vasos de oro y todos los utensilios fueron tomados y llevados al templo de Baal para utilizarlos allí. Esta triste historia podéis leerla en 2 Crónicas 24.

En el atrio del templo se ha reunido mucha gente, hay una expresión de seriedad en sus rostros, cuchichean entre sí. Parece que ocurre algo especial. ¿Qué hacen allí todas estas personas? ¿Por qué hablan en voz tan baja?

Cerca del templo está el palacio real, donde vive la reina y ésta no debe enterarse de lo que sucede en el templo. Si se entera mataría sin piedad a toda aquella gente.

Allí están reunidos todos los sacerdotes, los levitas y los principales del reino, han sido convocados por el sumo sacerdote Joiada. Lo ha hecho secretamente y ahora todos le están esperando.

Se hace un profundo silencio, todas las miradas se clavan en el sumo sacerdote. Escuchad.

—Ahora hace seis años —comienza— Atalía ordenó matar a todos sus nietos.

Continúa narrándoles todo lo que sucedió y cómo su mujer, Josabet, salvó a uno de aquellos niños, el cual ha estado escondido durante estos seis años en una de las habitaciones de la casa del Señor. Ahora ya tiene siete años. Les anuncia que cree que ha llegado la hora de terminar con el impío reinado de Atalía.

—Pero —continúa— debo contar con vosotros, debo confiar plenamente en vosotros.

Entonces les hace jurar a todos que no le traicionarían ante Atalía ni ninguno de sus amigos.

Todos juran y prometen solemnemente a Joiada que le ayudarán. Joiada hace un pacto con ellos en el atrio de la casa del Señor. Dialoga con ellos sobre los proyectos, y, por un momento, los deja. Poco después regresa trayendo un niño de la mano, es Joás, el hijo superviviente de la descendencia de David.

Al ver al niño muchos de los presentes se conmueven; durante años habían creído que todos los hijos del rey habían muerto, y, por consiguiente, que nunca más se sentaría sobre el trono un descendiente de la familia de David. Sin embargo, un príncipe ha escapado de la matanza cruel, un príncipe vive y está junto a Joiada.

Todos están emocionados, sus corazones están llenos de alegría. Joiada sonríe. Se puede fiar de aquellos hombres, estarán dispuestos a defender a aquel niño con toda su alma.

—Escuchad —continúa Joiada.

Rápidamente da órdenes a cada uno. El joven rey será coronado y ellos deben protegerle. Con entusiasmo cumplen lo que se le ordena y pronto todo está listo para la coronación. Se distribuyen armas, espadas, lanzas, escudos. Esas armas las había guardado hacía muchos años David y ahora son muy útiles.

Cuando todo está dispuesto se abren las puertas de la casa del Señor y cada uno se dirige a su puesto. Las puertas están vigiladas para que nadie pueda entrar de improviso.

Joiada y sus hijos ungen públicamente como rey al pequeño Joás. Es un acto conmovedor. Se le pone la corona sobre la cabeza y le entregan el libro de las leyes del Señor, con ello quiere representarse que el rey debe gobernar de acuerdo con las leyes e instituciones del Señor.

Cuando termina el ritual suena un grito de júbilo:

—¡Viva el rey! -se oyen gritos de júbilo y toques de trompetas.

Los habitantes acuden con curiosidad y cuando ven lo que sucede se añaden a los gritos de júbilo y alegría. Es una satisfacción para todos.

Atalía, en su palacio, escucha el griterío, apresuradamente abandona el palacio y se dirige al templo de donde vienen los gritos. Cuando llega se queda parada por la sorpresa, palidece... allí hay un niño con la corona sobre su cabeza. Ve a los sacerdotes y levitas, ve al pueblo alegre y jubiloso que proclama al rey.

Todo lo comprende con rapidez, su gobierno ha terminado, su infame proyecto ha fracasado. Se rasga las ropas y grita con voz ronca:

—¡Traición! ¡Traición!

Pero nadie la escucha, nadie acude en su ayuda. Está sola. La reina que hasta ahora ha sido tan temida, que infundía temor a todos, ha perdido su poder. Por todas partes sólo ve miradas hostiles.

De pronto suena una orden breve, pero autoritaria. Algunos hombres se acercan y la cogen, arrastrándola fuera del templo, ya que Joiada no quiere que sea matada en el templo. Cerca de su propio palacio cae muerta. Nadie tiene compasión de ella, nadie se atreve a ayudarla.

Así es el fin de esta malvada e impía reina, que asesinó a sus propios nietos. No eres tú, Atalía, quien gobiernas, sino Dios. Él es el Señor.

Después de la muerte de la reina el sumo sacerdote Joiada hace una alianza con el pueblo y con el rey y todos se dirigen al palacio real, donde el joven Joás es instalado en su trono.

Luego corren al templo pagano del ídolo Baal, entran en tropel en el edificio y Marrán, sumo sacerdote de Baal, es matado ante los altares. La estatua de piedra es destruida, también se



Atalía en el templo contempla airada la coronación de Joás

destruyen los altares, todo el templo de Baal es destruido. La horrible idolatría es extirpada. Las puertas de la casa del Señor, que durante tanto tiempo han permanecido cerradas, son abiertas. Joiada se cuida de organizar todo. Los sacerdotes y levitas comienzan de nuevo a estar en el templo, se encienden las lámparas del candelabro de oro en el lugar santo. El fuego es encendido de nuevo en el altar, los cantores vuelven a cantar los salmos de David en honor del Señor. Todo ha cambiado en un solo día. Ha sido un día de gran fiesta para todo Jerusalén. La alegría y la satisfacción reina en la mayoría de los hogares. Ahora tienen un nuevo rey, un rey que es descendiente de la familia de David.

Muchas oraciones de acción de gracias suben hasta el rey celestial, Señor Dios del cielo y de la tierra, que les ha librado de la impía Atalía.

Capítulo 104

EL SEÑOR

==== LO VERÁ Y BUSCARÁ ====

2 Reyes 12

2 Crónicas 24:1-14

Un nuevo rey mora en el palacio real de Jerusalén. Durante seis años estuvo reinando la impía Atalía, que fue matada y en su lugar fue nombrado un nuevo rey. No se trataba de una persona adulta, sino de un niño de siete años. Se trataba de Joás, que había sido salvado por su tía Josabet. Joás es demasiado pequeño y no puede gobernar el país, así pues, se nombra a Joiada, su tío, regente, el cual reinará en lugar de Joás hasta que éste llegue a la edad de poder gobernar. A medida que Joás va creciendo también se va haciendo más inteligente y poco a poco va asumiendo tareas de gobierno, hasta llegar a tomar por completo las riendas del reino, aunque Joiada, sumo sacerdote y hombre temeroso de Dios, le aconseja en todo.

En todos los asuntos difíciles Joás acude en busca de consejo a Joiada, siente un gran respeto por su tío, al que tanto debe. Joiada, como podéis suponer, aconseja muy bien a Joás, le enseña las leyes del Señor y le instruye acerca de la forma de gobernar.

Son años de prosperidad para el reino de Judá ya que el Señor bendice al pueblo porque anda conforme a los caminos y a las instituciones del Señor. En la Biblia se nos dice: «Joás

hizo lo recto a los ojos del Señor durante todos los días del sacerdote Joiada».

Cierto día Joás convoca a los sacerdotes y a los levitas a una gran reunión. Todos acuden llenos de curiosidad por saber qué es lo que quiere de ellos el rey. Joás les explica lo que desea hacer. Durante muchos años la casa del Señor ha estado cerrada y en ella no se han mantenido servicios, ni ha sido cuidada, por lo que el templo presenta un estado ruinoso. Los muros están llenos de hendiduras, muchos objetos están rotos. En una palabra, el templo precisa ser restaurado. Además los hijos de Atalía habían robado todos los objetos de oro para llevarlos al templo de Baal y como consecuencia no pueden ser usados para el servicio del Señor, son objetos inmundos.

Joás ha visto el estado en el que se encuentra el templo y le ha irritado. «No se puede continuar así», ha pensado, «hay que repararlo».

Esta situación le ha hecho convocar a los sacerdotes y levitas y les ordena que recolecten dinero para poder reparar la casa del Señor. Recorrerán todo el país y solicitarán dinero en todas partes.

–Apresuraos –les dice– porque cuanto más tarde en repararse, más se agravará la situación.

Sin embargo en la Biblia podemos leer que los levitas no se apresuraron en hacerlo, posiblemente no les agradaba la idea de tener que recorrer el país.

Pasaron algunos años y no se hizo nada. El rey se impacienta y habla de ello a Joiada y le pregunta por qué los levitas no cumplen la orden.

Joás le propone un nuevo proyecto, Joiada pondrá en el templo una gran caja con una ranura en la parte superior por la que los israelitas deberán echar sus monedas cuando vengan al templo a ofrecer sacrificios.

Joiada cumple la orden sin tardanza, ordena hacer la caja y colocarla a la entrada del templo; parece una gran hucha.

A todo el reino se le comunica que es necesario dinero para restaurar el templo. El pueblo al conocer la noticia de que desea restaurar el templo se alegra y ofrece mucho dinero para ello.

Muy pronto la caja colocada a la entrada del templo es muy pesada por la gran cantidad de dinero que contiene.

Personas encargadas de ello la vacían y cuentan minuciosamente el dinero y colocan la caja de nuevo en su lugar. Al poco tiempo, hay que vaciarla y así por varias veces. Se recolecta mucho dinero para pagar a los albañiles y carpinteros que trabajan afanosamente en la restauración del templo.

Cuando finaliza el trabajo se comprueba que ha sobrado dinero, con el cual adquieren oro y plata para hacer utensilios dedicados al servicio del Señor.

Todo ha quedado muy bien reparado, da gusto verlo.

2 Crónicas 24:15 y 16

Una gran muchedumbre recorre las calles de Jerusalén, todos charlan animosamente y de vez en cuando miran hacia una boca calle, es como si estuvieran esperando algo.

—Ya vienen —suena de pronto una voz llena de tristeza.

Pausadamente se aproxima un cortejo. Delante unos hombres portan unas andas sobre las que hay un cadáver. Es un entierro. Al paso del cortejo suenan gritos desgarradores y lamentos. La mayoría de la muchedumbre está conmovida. El cortejo se dirige hacia los panteones reales.

¿Quién es el muerto...? ¿Es el rey...? No, no es el rey. Pero todos conocen muy bien al difunto, pues le han amado mucho. Es el viejo sacerdote Joiada, temeroso de Dios, quien ahora es conducido al sepulcro.

Ha muerto a una edad avanzada, ciento treinta años. Ha vivido mucho, días alegres y tristes se han alternado en su vida. El Señor lo ha llevado a la gloria eterna.

Es cierto que no es un personaje real, pero su entierro sí es real. El cortejo se detiene ante el panteón de los reyes y allí es colocado su cadáver. Allí reposará con los reyes de Judá hasta el día en que el Señor vendrá en las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos.



El entierro de Joiada

Durante toda su vida siempre ha buscado lo mejor para su pueblo y para los reyes de Judá y ahora el pueblo le honra sepultándole con los reyes de Judá.

«Al que me honra a Mí, Yo le honraré», dice el Señor. Estas palabras se cumplen en Joiada.

2 Reyes 12:17-21

2 Crónicas 24:17-27

Por todas partes del país vuelven a erigirse las imágenes idólatras y los altares demolidos. El pueblo de Judá y los habitantes de Jerusalén vuelven a servir a los ídolos ¿Lo consiente Joás, el rey...? Por desgracia es así.

Tras la muerte de Joiada los jefes, los príncipes de Judá y Benjamín han solicitado al rey que les permita servir a los ídolos y el rey se lo ha permitido.

Joás también abandona al Señor, lo cual nos muestra que Joás no sirvió al Señor con sinceridad de corazón, lo hizo para no afligir a Joiada. Pero tan pronto ha desaparecido abandona las instituciones del Señor. No se atreve a oponerse a los deseos de los príncipes, teme que se disgusten. Sin embargo, no le preocupa que con su actitud esté ofendiendo al Señor. Prefiere el honor del pueblo que las bendiciones del Señor.

El Señor le previene. El sacerdote Zacarías, hijo de Joiada, reprende al rey por sus pecados.

—¿Por qué quebrantas los mandamientos del Señor?—pregunta a Joás y le dice:

—El Señor no te bendicirá más, el Señor te castigará. Por haber abandonado al Señor éste te abandonará a ti. No conocerás la prosperidad.

Joás no escucha la voz que le amonesta, se enfada, tampoco el pueblo quiere escuchar y se irrita contra Zacarías, al que la muchedumbre airada apedrea en el templo. Ha sido el rey Joás quien lo ha ordenado.

Sangrando el fiel sacerdote balbucea:

—El Señor lo vea y lo demande —mientras muere.

Es una historia terrible, jóvenes. Vemos la ingratitud de Joás, quien debe su vida a Joiada y ahora ordena lapidar al hijo de Joiada. Es algo cruel...

«El Señor lo vea y lo demande» ha dicho Zacarías y el Señor venga aquella sangre sacerdotal e inocente.

Hazael, rey de Siria, invade el reino de Judá con un pequeño ejército. Joás sale a su encuentro con un gran ejército y ese

potente ejército es derrotado por el pequeño ejército de Hazael. Miles de soldados caen y muchos de los principales de Judá son matados por los sirios. Cargado de plata y oro del ejército enemigo vuelve al país y Joás cae gravemente enfermo.

El bienestar y la prosperidad han desaparecido del reino de Judá, ahora la tristeza y la pobreza imperan por doquier, es la consecuencia de haber abandonado al Señor.

Joás, enfermo en su cama, es asesinado por sus propios criados. Cuarenta años reinó sobre Judá, tenía cuarenta y siete años cuando murió.

Nuevamente un cortejo fúnebre recorre las calles de Jerusalén. Se sepulta a un rey, pero ahora el cortejo no se dirige al panteón real. Joás, que ha sido asesinado, es conducido al sepulcro, pero no al real, es una afrenta para ese rey.

El pueblo no quería sepultar a Joás en el mismo sepulcro en el que reposaba Joiada. Ese rey impío no merecía tal honor.

Éste fue el triste fin de Joás, que olvidó muy pronto los beneficios del Señor.

Es una advertencia para nosotros para que no hagamos nunca lo que hizo Joás. A veces sucede que personas se han arrodillado en su juventud a un padre o una madre temerosos de Dios, pero después han abandonado al Señor. Olvidan las múltiples amonestaciones de sus padres.

Orad al Señor para que os guarde siempre y nunca le abandonéis.

Capítulo 105

AMASÍAS Y UZÍAS

2 Reyes 14:1-20

2 Crónicas 25

En el capítulo anterior se describió cómo Joás, rey de Judá, fue asesinado por sus propios criados cuando se encontraba enfermo en su lecho.

En su lugar fue proclamado rey Amasías.

Muchos esperaban ansiosos ver cómo sería el reinado del nuevo rey. Comenzó bien, en la Biblia se nos dice que hizo lo recto a los ojos de Dios, lo cual era bueno. Pero hay algo más que no era tan bueno, la Biblia sigue diciendo: aunque no de perfecto corazón».

Es cierto que servía al Señor y gobernaba de acuerdo con las leyes e instituciones del Señor, pero no lo hacía con sinceridad de corazón. No lo hacía por amor al Señor, tal como el Señor deseaba ser servido, sino que lo hacía en su propio beneficio, lo hacía por interés. Amasías no buscaba el honor de Dios, sino su propio honor.

El principio de su gobierno fue bueno. Cuando tomó el gobierno castigó a los asesinos de su padre. Debían pagar el crimen con su propia vida.

Pero respetó la vida de los hijos de éstos, ya que no podían ser castigados por el pecado de sus padres. Tal como está en el libro de la ley.

Pese a que Amasías no servía al Señor con sinceridad de corazón fue bendecido por el Señor con beneficios materiales.

Amasías está en su palacio, sentado en el trono, medita y hace grandes proyectos. En su reino hay tranquilidad y orden, la prosperidad y la riqueza vuelven poco a poco. Sin embargo, no tiene tanto poder como tuvo Josafat, varón temeroso de Dios.

Entonces los idumeos estaban sometidos a los israelitas y cada año tenían que pagar sus tributos al rey de Judá. Pero a la muerte de Josafat los idumeos se rebelaron. Joram, hijo de Josafat, había tratado de someterlos, pero no lo consiguió. Durante los reinados de Atalía y Joás no hubo ocasión para someter a los idumeos.

Ahora Amasías trata de someterlos para que vuelvan a pagarle tributos como había ocurrido en tiempos de Josafat. Es en lo que está meditando. Hace proyectos para iniciar una guerra.

Pronto varios mensajeros salen de la ciudad, han sido enviados por el rey para que convoquen al pueblo a la lucha. No tardando mucho miles y miles de soldados marchan por las calles de Jerusalén.

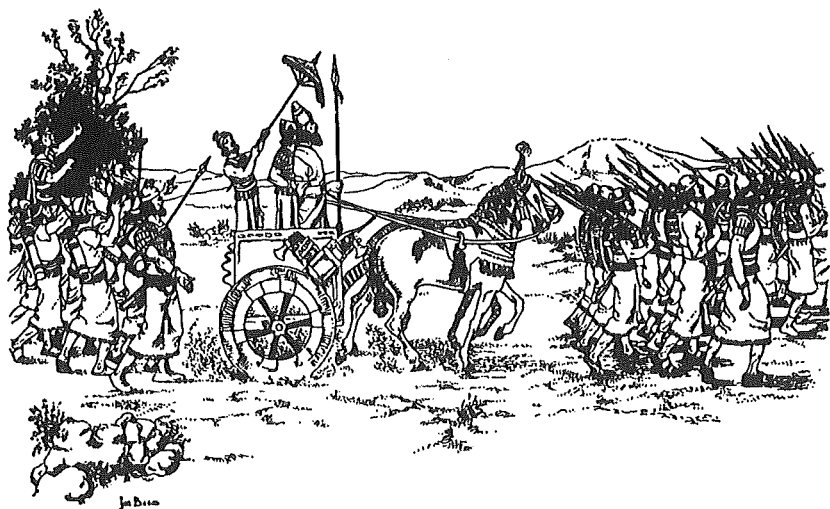
Amasías dispone de un gran ejército, cuenta con trescientos mil hombres, pero es menos numeroso que el ejército de su padre Joás.

Amasías trata de fortalecer su ejército y contrata cien mil soldados del reino de las diez tribus. Gobernaba el reino del norte, Israel Joás, nieto de Jehú. Ambos reinos, Judá e Israel, tuvieron un rey que se llamó Joás.

Como consecuencia ahora el ejército de Amasías es más numeroso y más fuerte.

Al menos así lo piensa y prepara la expedición para dirigirse contra Idumea. Antes de partir de Jerusalén Amasías es prevenido por un profeta del Señor para que devuelva los cien mil soldados contratados a Israel.

—El reino de las diez tribus sirve a los becerros de oro —dice el profeta— y por esta razón el Señor no te ayudará si esos cien mil soldados te acompañan. Si no los devuelves serás derrotado.



El ejército de Amasías marcha contra los edomitas

Amasías escucha la palabra del Señor y devuelve a los soldados contratados, no permite que le acompañen. Los soldados del ejército de Israel se vuelven indignados a su país, lo consideran una gran ofensa. En sus corazones hay odio contra Amasías y su pueblo.

El rey de Judá no se preocupa por ello. Cuando todo está dispuesto inicia la guerra contra Idumea con sus propios soldados consiguiendo una gloriosa victoria. Decenas de miles de idumeos caen en la batalla, diez mil soldados idumeos son tomados prisioneros y por orden de Amasías son arrojados por un acantilado y todos mueren. Es una crueldad, pues no se debe matar a los prisioneros de guerra.

El ejército de Judá vuelve victorioso. El rey en su carro, rodeado de sus hombres está orgulloso. Con sus valientes guerreros ha conseguido una magnífica victoria.

Amasías no piensa que ha sido el Señor quien le ha dado la victoria. No da el honor a Dios, sino que se lo apropia para él.

Cargado con el botín el ejército se acerca a la capital. Entre los tesoros tomados en Edom se encuentran varias imágenes de piedra que son tratadas con mucho respeto por Amasías.

¿De quién son esas imágenes y por qué son tratadas con tanta prudencia? Son los dioses de los idumeos.

Apenas Amasías ha regresado a Jerusalén los ídolos idumeos son erigidos y se edifican altares para ellos y Amasías acude a adorar a esos ídolos.

Gran insensatez. Esos dioses no habían podido salvar a los idumeos y ahora Amasías dobla sus rodillas ante estatuas mudas de piedra. Las adora. Ofende al Señor.

Un profeta del Señor se acerca al rey y le reprende, pero en esta ocasión Amasías no escucha. Enojado grita con acritud al siervo de Dios:

—¡Cállate! ¿Te han puesto a ti por consejero del rey? Si no te callas te haré matar.

El profeta no dice nada. No porque tema al rey, sino porque sabe que Amasías no le escuchará. Guarda silencio porque siente que el Señor quiere humillar a ese rey orgulloso e ingrato, en castigo a su idolatría.

Han transcurrido algunos meses, por segunda vez grupos de soldados salen por las puertas de Jerusalén. Amasías, el rey, ha iniciado una nueva guerra.

Ahora marcha hacia el norte, donde está ubicado el reino de las diez tribus, porque quiere castigar a Joás, rey de Israel. Quiere vengarse por la acción de los cien mil soldados que despidió cuando la guerra contra Idumea.

Entonces aquellos soldados enojados, en su camino hacia Israel saquearon algunas ciudades de Judá y mataron a tres mil súbditos del rey de Judá.

Saquearon y pillaron oro y plata y se lo llevaron a su país.

Cuando Amasías regresó de la guerra contra Edom y se enteró se puso furioso y promete que se vengará, su venganza será atroz.

Ahora que ha vencido a los idumeos piensa que es la ocasión para vencer también el reino de la diez tribus.

Envía un mensaje a Joás, rey de Israel, diciéndole:

–Ven que nos veamos cara a cara.

Sin embargo Joás previene a Amasías:

–No lo hagas, Amasías. ¿Por qué vamos a luchar el uno contra el otro? Disfruta del reposo en Jerusalén. Has luchado valientemente contra los idumeos y has logrado una gran victoria. Debes sentirte satisfecho. ¿Qué necesidad tienes de luchar y ser vencido? ¿Por qué vas a provocar el luto y la miseria para ti y tu pueblo?

Amasías no escucha, quiere luchar contra Joás y lo hará.

Amasías es un insensato, el Señor le abandona a su propio orgullo por causa de su idolatría. Ha abandonado al Señor y el Señor no le bendecirá, ni le ayudará. El Señor le dejará.

Amasías parte a la guerra contra el rey de Israel. Cuando Joas conoce que Amasías no quiere seguir su consejo, sale a su encuentro con su ejército. Estalla la lucha y se pelea con gran violencia. Antes de anochecer miles de soldados de Amasías yacen en tierra sangrando. Amasías es hecho prisionero por Joás, rey de Israel y el resto derrotado emprende la huida.

Hecho prisionero es llevado a su propia capital, Jerusalén. Es una tremenda humillación. Joás, rey de Israel, entra victoriosamente en Jerusalén, derrumba una parte del muro, roba todo el oro y plata del templo y del palacio de Amasías, toma a muchas personas y las lleva con él cautivas a Samaria.

Ha sido una guerra deshonrosa para Amasías y su pueblo. Por la insensatez de su rey, los habitantes de Judá y Benjamín han quedado en la miseria. No es de extrañar que el pueblo en Judá se enoje contra su rey. Algunos hombres de Jerusalén conspiran para matar al rey. Éste, al enterarse y darse cuenta que su vida peligra en Jerusalén, huye a Laquis, ciudad muy alejada de Jerusalén. Pero es inútil, sus adversarios van a visitarle a Laquis y allí le asesinan. Su cadáver es transportado a Jerusalén y sepultado en el panteón de los reyes.

Veintinueve años reinó sobre Judá. Comenzó bien, pero más tarde abandonó al Señor y murió de una forma triste. Era el castigo por sus numerosos y graves pecados. El que abandona al Señor no tendrá buen fin.

2 Reyes 14:21-22; 15:1-7

2 Crónicas 26

En Jerusalén hay una gran actividad, unos hombres traen piedras, otros preparan argamasa. Los muros de Jerusalén, que fueron demolidos por Joás, rey de Israel, están siendo restaurados para que la ciudad vuelva a quedar protegida. Sobre los muros se construyen torres. El nuevo rey quiere fortificar más la capital. ¿Quién es el nuevo rey? Se llama Uzías y es hijo de Amasías. Tiene únicamente dieciséis años cuando es proclamado rey. Es muy joven. Sin embargo, el Señor le bendijo, el Señor le hizo rico y poderoso porque Uzías hizo lo recto a los ojos del Señor.

Uzías sirvió al Señor caminando según las instituciones del Señor. Todo lo que emprende lo consigue. Hizo la guerra contra los filisteos, los árabes y otros pueblos. Dios le dio la victoria, todos son vencidos por Uzías y en el futuro han de servirle y pagarle tributos.

El rey fortaleció los muros de Jerusalén. Para sus soldados hizo armas, escudos, lanzas, yelmos, corazas, arcos, que fueron almacenados en grandes arsenales. Sobre los muros hizo construir catapultas para arrojar grandes piedras.

Si Jerusalén fuera asediada repentinamente, desde los muros serían arrojadas grandes piedras que podrían causar enormes daños en las filas enemigas y los ejércitos enemigos serían destruidos.

Uzías se hace tan poderoso que ningún pueblo se atreve a atacarle. No sólo se preocupó de preparar armas, también se ocupó de otras cosas.

Posee muchas cabezas de ganado, grandes rebaños de ovejas y manadas de animales vacunos. Hace abrir cisternas y pozos de agua para el ganado, de modo que puedan beber en cualquier parte. En el desierto construye atalayas para vigilar. En ellas hay soldados que deben proteger las ovejas y las vacas. En los fértiles campos se cultivan el trigo y otros vegetales.

Tiene también grandes viñas que producen abundantes y deliciosas uvas.

Uzías está feliz, su pueblo le ama y le honra, los enemigos le temen y el Señor le bendice. La Biblia nos dice: «Fue ayudado de manera milagrosa».

¿Por qué bendice de tal modo el Señor a los habitantes de Judá y Benjamín con su rey...? Porque tanto el rey como el pueblo caminan en las sendas del Señor.

Más cuando Uzías ve que ha obtenido tantas riquezas y poder se siente orgulloso y presuntuoso. Olvida que todo se lo ha dado el Señor.



El rey Uzías ofreciendo incienso

En el templo del Señor, Azarías, sumo sacerdote, camina vestido con sus magníficas vestiduras sacerdotales, le acompañan los sacerdotes que offician vestidos de blanco. Hay silencio, como debe existir siempre en la casa de Dios.

De pronto alguien entra en el templo para quemar incienso. Azarías, sumo sacerdote, se sobresalta, porque a esa persona no le está permitido entrar allí. Sólo los sacerdotes pueden hacerlo, sólo ellos pueden entrar en el lugar Santo. El hombre que entra en el edificio de Dios no es un sacerdote... es el rey. Entra en la casa de Dios para sacrificar.

Ahora Uzías, que ha sido bendecido con tantas riquezas, en su insensatez piensa que él también tiene derecho a sacrificar, lo cual sólo le está permitido a los sacerdotes descendientes de Aarón.

Azarías, sumo sacerdote, lo ve, mira cómo el rey atraviesa el atrio y entra en el lugar Santo. Azarías hace una indicación a los sacerdotes y todos siguen al rey.

—Señor —dice el sumo sacerdote— ¿qué haces aquí? Sal del edificio. No puedes entrar ahí, no puedes ofrecer sacrificio. ¿No temes el castigo del Señor?

Uzías no hace caso, tiene un recipiente con incienso y un vaso para el sacrificio en la mano, en lugar de escuchar, se enoja. De repente una úlcera blanca aparece sobre su frente, la úlcera se extiende más y más; Uzías se ha vuelto leproso. El suelo tiembla bajo sus pies, todo el templo tiembla. Es un terremoto. Uzías palidece, tiembla de miedo, siente que la terrible lepra le ha atacado. Son los signos del desagrado de Dios, de la ira de Dios.

Azarías, sumo sacerdote, y los otros sacerdotes tratan de expulsarle del templo, pues una persona impura no puede estar allí. Si el rey no sale por su propia voluntad tendrán que expulsarle violentamente.

No es necesario. Uzías sale por sí mismo, se apresura a abandonar el lugar santo.

Ahora se da cuenta de que ha obrado mal, que se ha portado impiamente. Pero es demasiado tarde. En adelante tendrá que vivir como un leproso, como un impuro. La lepra le ha seguido hasta la muerte.

No sabemos cuántos años ha vivido así. Pero no ha podido seguir reinando y es proclamado rey su hijo Jotam.

Las consecuencias del pecado son terribles, jóvenes.

Uzías ya no es feliz, ha desaparecido su alegría, su honor, su gloria. Como impuro vive aislado, abandonado de todos, no puede volver al palacio real. Así vivió hasta el día de su muerte. ¿Qué le esperaba después...? No lo sabemos. La palabra de Dios no dice nada sobre ello.

Como ha muerto leproso no es sepultado en el panteón real, sino en la parte posterior del mismo.

Veintidós años gobernó en Jerusalén.

Amigos, si el Señor os bendice y tenéis bienestar y prosperidad no os enorgullezcáis, pues el Señor os castigará como lo hizo con Uzías.

Capítulo 106

EL REY QUE LUCHÓ

CONTRA DIOS

2 Reyes 15:32-38

2 Crónicas 27

Jotam, hijo del rey Uzías, enfermo de lepra, fue proclamado rey de Judá a la muerte de su padre. Ya había venido gobernando sobre el pueblo cuando vivía su padre. Administró y organizó todos los asuntos estando su padre encerrado en una casa aislada en las afueras de Jerusalén, por causa de la lepra. Pero Jotam no fue coronado rey en vida de su padre. La Biblia nos dice que «juzgó» al pueblo. A la muerte de Uzías la corona es ceñida sobre la cabeza de Jotam.

Dieciséis años gobernó como rey e hizo lo recto a los ojos del Señor. Durante estos dieciséis años ha caminado por las sendas del Señor. La Palabra de Dios no nos dice que Jotam se desviara como su padre Uzías o su abuelo Amasías, por fortuna no.

Sirvió al Señor hasta el fin de sus días. Jotam fue bendecido por el Señor en todo cuanto llevó a efecto. Restauró el templo y fortificó los muros de Jerusalén para que los enemigos no pudieran tomar fácilmente la capital del reino.

Sus mejoras no sólo se limitaron a Jerusalén, no, en las demás ciudades del reino también realizó muchas mejoras, ha

tratado de fortalecerlas y ha construido fortalezas y torres en los lugares desiertos, para que desde ellos pudieran vigilar los vigías y avisar si venía el enemigo. Jotam fue un rey prudente e inteligente y ha hecho fortalecer su reino todo lo posible.

Un día abandona Jerusalén con su ejército para dirigirse a luchar contra los amonitas. Como recordaréis, éstos estaban emparentados con los israelitas, ya que eran descendientes de Lot, sobrino de Abraham.

En esta guerra el Señor dio la victoria a Jotam, el ejército amonita fue vencido y el pueblo sometido, teniendo que pagar anualmente tributos al rey Jotam. Cada año los amonitas debían entregar al rey Jotam miles de hectólitros de trigo y cebada y también plata. El rey de Judá se hizo rico y poderoso y su pueblo vivía en bienestar y prosperidad. Sin embargo, por todo el reino se seguía adorando a los ídolos, si bien el rey no participaba en ello. Incluso el rey les advirtió que estaban pecando y les amonestó a servir sólo al Señor, dándoles ejemplo él mismo.

Los habitantes de Judá y Benjamín no quisieron seguir el ejemplo de su rey y en los últimos años del gobierno de Jotam el pueblo fue castigado por el Señor.

Repetidas veces ejércitos enemigos hicieron incursiones en el país destruyendo cosechas y quemando las casas de los pueblos por los que pasaban. En realidad ¿quiénes eran estos enemigos...? En aquellos días, Peka reinaba sobre Israel, el reino de las diez tribus; en Siria gobernaba un rey llamado Rezín. Estos dos se habían aliado y enviaban sus ejércitos sobre Judá.

Para Jotam esto era triste, pero murió poco después. El Señor se lo llevó para que no viera toda la miseria que habría de llegar, el Señor quería ahorrarle ese sufrimiento. Murió en paz y fue sepultado en el panteón de los reyes.

Jóvenes, el que observa los mandamientos del Señor recibe recompensa. Dios cuidará de su pueblo en momentos de adversidad y desgracia.

2 Reyes 16

2 Crónicas 28

Las puertas de Jerusalén se abren de par en par, una multitud sale y desciende hacia el valle que rodea la ciudad. Allí se reúne todo el pueblo. En medio hay una gran estatua de cobre, es la imagen de un dios, del dios Moloc, el ídolo de los amonitas. El interior de la estatua estaba vacío y en él se encendía fuego, toda la estatua se ponía incandescente... Es terrible lo que sucedía... Sobre los brazos abrasadores de la estatua se colocaban niños pequeños que se quemaban vivos, mientras los sacerdotes de Moloc tocaban tambores y otros instrumentos musicales. A este ídolo le ofrecían sacrificios humanos. Algo atroz.

También acostumbraban a cubrir el suelo con una capa de fuego, sobre la que caminaban los niños para purificarse.

No es extraño, pues, que el Señor prohibiera rigurosamente tal clase de idolatría.

Sin embargo, ahí cerca, en las proximidades de Jerusalén hay una estatua de Moloc. Toda la gente que ha abandonado la ciudad y ha bajado al valle lo ha hecho porque va a celebrarse una fiesta de sacrificios. ¿Sabéis quién está también presente...? El rey de Judá.

Hasta los mismos hijos del rey tienen que pasar por el fuego. En el libro de las Crónicas se dice que quemó a sus hijos en el fuego. Posiblemente algún hijo de este rey fue puesto en los brazos del ídolo de Moloc y ofrecido en sacrificio.

Es algo horrible, incomprensible. Este rey no teme al Señor.

Jotam, el rey que sirvió al Señor, ha muerto y le ha sucedido su hijo Acaz. Éste era el nuevo rey de Judá. Acaz no era temeroso de Dios, no hizo lo recto a los ojos del Señor, sino que servía los ídolos.

En todas las partes de Jerusalén, por todo el país, fueron levantados altares y estatuas de dioses. También ordenó construir imágenes de Baal para que el pueblo pudiera adorarle como en los días de Atalía. Pero no sólo Baal, sino otros muchos dioses fueron adorados. Acaz fue quien hizo erigir la estatua de

Moloc y él mismo participó en los sacrificios, sus hijos marchaban sobre el fuego, los hijos que Dios le había dado.

¿Pensáis que el Señor puede dejar sin castigo tal pecado? No... Un ejército poderoso invade el territorio de Acaz, se trata del ejército de Peka, rey de Israel y amigo de Rezín. Ambos estaban aliados. Ambos desean expulsar a Acaz y poner otro rey en su lugar. Podemos leerlo en Isaías 7:6, donde dice: «Vamos contra Judá y aterroricémosla, y repartámosla entre nosotros, y pongamos en medio de ella por rey al hijo de Taabel». Así han hablado Peka y Rezín.

Nuevamente Acaz sale con sus soldados. Los israelitas, dirigidos por su rey Peka, matan a ciento veinte mil soldados en un solo día. El campo de batalla queda cubierto de cadáveres. Doscientas mil mujeres y niños son tomados prisioneros y llevados a Samaria. Posteriormente el rey de Israel los soltaría y devolvería al rey de Judá, pero los muertos no pudieron ser devueltos.

Ha sido una derrota terrible. Acaz no sabe qué decisión tomar, pero tampoco dobla sus rodillas ante el Señor para pedirle consejo; no lo hace, ni quiere hacerlo, tiene otras ideas...

Envía mensajeros cargados con oro y plata a Tiglat-pileser, rey asirio para pedirle ayuda.

Cierto día un profeta se dirige al palacio de Acaz, es un profeta del Señor. Se llama Isaías y trae una buena nueva para Acaz.

—Así dice el Señor —habla Isaías— no temas Acaz, porque no serás expulsado. El proyecto de tus enemigos fracasará. El Señor te ayudará. Tu reino no será destruido, sino que Siria será destruida.

Jóvenes, Acac no quiere pedir consejo, ni la ayuda del Señor y, sin embargo, el Señor le dará la salvación solicitada. Dios es incomprensiblemente bueno y misericordioso.

«Pide una señal y el Señor te mostrará que Él siempre cumple lo que promete».

Acaz no quiere saber nada con el Señor. No necesita al Señor, pues no será el Señor, sino Tiglat-pileser, rey de Asiria, quien le ayudará.

Con orgullo mira al profeta Isaías y le dice:

–No pediré una señal.

Podemos ver que Acaz odia al Señor, rehusa la ayuda del Señor.

Isaías, con voz afligida pero serena, le dice:

–Si tú no quieres pedir una señal, el Señor mismo te dará una señal. Un día nacerá un niño y este niño será el Gran Libertador.

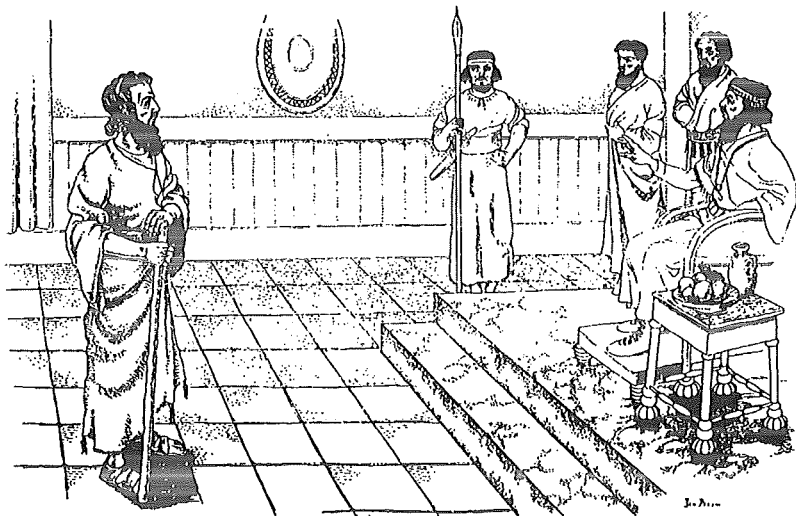
¿Sabéis a quién señala Isaías...? Al Señor Jesús. El Redentor que nacerá en el tiempo de Dios y por ello Judá no será destruida.

Es una seria amonestación del profeta. Impacientemente espera el regreso de los mensajeros que ha enviado a Tiglatpileser.

Cuando éstos llegan con impaciencia les pregunta:

–¿Qué ha dicho el rey de Asiria? ¿Os ha escuchado?

–Sí –responden– te ayudará.



El profeta Isaías ante el rey Acaz

Acaz sonríe, la ayuda de este rey pagano es para él mejor que la ayuda de Dios.

Pronto los territorios de Acaz están libres de sus enemigos. Tiglat-pileser toma Damasco, la capital de Siria. Rez n, su rey, es matado y los sirios son llevados prisioneros. Acaz ha salido de sus problemas, al menos así lo cree él.

Por las puertas de Jerusalén salen unos carros que se dirigen hacia el norte. En uno de esos carros va el propio Acaz. Va camino de Damasco, donde ahora reside Tiglat-pileser, y quiere mostrarle su agradecimiento. Cuando llega a Damasco y pasa por sus calles ve un magnífico altar, lo mira con admiración y le viene el deseo de hacer uno igual en Jerusalén. Ordena hacer un dibujo de tal altar y rápidamente lo envía a Jerusalén, al sumo sacerdote Urías.

–Que se haga un altar igual a éste–ordena–cuando yo vuelva debe estar terminado.

Urías, el sumo sacerdote, obedece y hace construir un altar semejante. El rey deja a un lado el altar de bronce que est  en el atrio del templo del Señor y en su lugar ordena poner este nuevo altar. Desde ahora todos los sacrificios se realizarán sobre este nuevo altar.

El sumo sacerdote Urías así lo hace, no se atreve a desobedecer al rey.

Acaz no queda satisfecho con este nuevo cambio en el templo, hace más cambios. La fuente de bronce que est  sostenida por doce bueyes, es tomada del soporte de los bueyes y puesta en el suelo. Es algo muy atrevido, es luchar contra Dios. No se humilla ante el Señor. Pero se burla del Señor. Nuevas catástrofes asolan el reino de Judá. El señor envía más castigos.

Nuevos enemigos invaden el reino. Los idumeos invaden Judá y muchos de sus habitantes son hechos cautivos. Por otro lado atacan los filisteos y conquistan algunas ciudades.

La situación cada vez es más grave. Tiglat-pileser que al principio le ayudó ahora le oprime, cada vez le exige más dinero y más oro, hasta el extremo de que tiene que quitar el oro que forra las puertas del templo para entregárselo al rey de Asiria.

Acaz sigue obstinado sin querer humillarse ante el Señor, sin querer pedir su ayuda... No quiere hacerlo...

En su impotente furor contra Dios, creador del cielo y la tierra, manda cerrar las puertas del templo y prohíbe el culto al Señor.

Por todos los rincones de Jerusalén se edifican altares y estatuas. Los habitantes de Jerusalén han de adorarlos. No sólo en Jerusalén, en todas las ciudades de Judá se hacen levantar santuarios idolátricos. De esta forma quiere vengarse de Dios.

Las fuentes, los vasos sagrados de oro del templo, son sacados fuera y hechos pedazos. Ésa es la respuesta que Acáz dio a Dios...

Dieciséis años gobierna Acáz y cada día se hace más y más impío. No se humilla ante el Señor. Lucha contra el Todopoderoso. ¿Acaso pensaba que podría vencer a Dios...?

Todo ha terminado, ha muerto, y no puede luchar más contra Dios, ahora tendrá que presentarse ante el tribunal de Dios. Será una experiencia terrible. Será arrojado por el Señor a la condenación eterna.

Su cuerpo fue sepultado, pero no en el panteón de los reyes. No fue digno de tal honor.

Es una historia muy triste...

¿Luchamos también nosotros contra el Señor...? ¿Seguimos viviendo en nuestros pecados sin escuchar las advertencias del Señor...? Si es así, la lucha ya está perdida.

Acáz luchó contra Dios y perdió... Si a nosotros la muerte nos sorprende inconversos habremos también perdido, todo se habrá acabado para nosotros. El tiempo de gracia ya habrá pasado y comenzará el castigo eterno. Hoy es el día de la gracia... ¿Alguno de vosotros teme y ama al Señor?

Capítulo 107

EZEQUÍAS, EL REY PIADOSO

2 Reyes 18:1-7
2 Crónicas 29

A la muerte de Acáz la situación en el reino de Judá era desastrosa. El bienestar y la prosperidad habían desaparecido. Numerosas familias lloraban sus muertos caídos por decenas de miles en la guerra. Innumerables habitantes habían sido hechos prisioneros y llevados cautivos, muchas ciudades habían sido destruidas y muchos campos assolados y, además, el enemigo les dominaba.

Los idumeos habían invadido el este del país; los filisteos ocupaban ciudades del oeste y el rey asirio cada vez les exigía mayores tributos.

Eran tiempos de adversidad y tristeza, Judá estaba a dos pasos de la perdición, ni siquiera disponían ya de un ejército, pues la mayoría de los soldados habían caído en las terribles guerras que tuvieron lugar durante el reinado de Acáz. Los ídolos seguían siendo servidos por todo el país, había gran abundancia de altares e imágenes idólatricas, aún en los rincones de las calles de Jerusalén se levantaban altares a los ídolos. El templo del Señor había sido cerrado, estaba desolado y desierto. En Judá no se vislumbraba la más mínima ocasión

de recuperación, sólo un país empobrecido y destruido y sobre este país es puesto un joven de veinticinco años. Es Ezequías, hijo de Acaz. La tarea que le espera al joven rey no es fácil, todo está en desorden.

Ante la puerta del templo hay una gran muchedumbre, reina un profundo silencio, todos escuchan con gran atención.

–Escuchad, levitas, santificaos y santificad la casa del Señor.

Quien así habla es Ezequías, el nuevo rey. Ha convocado a los sacerdotes y levitas ante el templo y les ordena que limpien la casa de Dios.

El templo estuvo cerrado durante el reinado de Acaz, pero la primera orden de Ezequías fue abrir sus puertas.

Ezequías era un rey temeroso de Dios. Comprende muy bien que la situación del reino es casi desesperada, que él no puede salvar a su pueblo de la ruina, pero también sabe que lo que él no puede hacer Dios sí puede hacerlo. Ezequías confía plenamente en el Señor y por eso hace abrir las puertas del templo, porque sabe que sólo hay salvación siguiendo por las sendas marcadas por el Señor; tal es la convicción de Ezequías.

Pero tal es el estado en que está el templo que no se puede practicar el servicio del Señor. El edificio está sucio, abandonado y lleno de objetos pertenecientes a la idolatría. Primero debe ser limpio de todo esto y para realizar esta tarea ha convocado a sacerdotes y levitas, al mismo tiempo que les advierte de los pecados del pueblo en todo el país.

–Pero –dice– quiero hacer un pacto con el Señor. Quiero servir solamente al Señor. Ayudadme, pues, vosotros.

Al oír estas palabras los sacerdotes y levitas sienten gran alegría y con entusiasmo comienzan su trabajo. El altar idolátrico ordenado construir por Acaz es demolido y sus piedras son llevadas fuera de Jerusalén. El altar de bronce que Acaz retiró es vuelto a colocar en su lugar y la fuente de cobre se coloca sobre los doce bueyes.

Todo cuanto no pertenece al templo es arrojado afuera. El edificio entero es limpiado con gran esmero. Durante ocho días se trabaja intensamente hasta dejar el edificio totalmente limpio y en orden. Cuando todo está listo comunican al rey que la casa de Dios ha sido purificada.

Entonces Ezequías convoca a los príncipes de Jerusalén y se dirigen a la casa de Dios, por primera vez en muchos años se ofrecen sacrificios. Se ofrecen en sacrificio siete vacas, siete carneros, siete corderos y siete machos cabríos. Se trata de un sacrificio expiatorio.

Hay una gran actividad en la casa del Señor. Los sacerdotes toman la sangre para rociar el altar, los cantores entonan sus himnos en honor al Señor para que se digne expiar los pecados del pueblo y de la casa real.

De ahora en adelante se celebrarán cada día sacrificios en al casa del Señor.

El primer acto del rey Ezequías es reintroducir el servicio del Señor y derribar los ídolos y altares que había ordenado contruir su padre Acaz. La serpiente de cobre que Moisés construyó en el desierto, cuando las serpientes ardientes mordieron al pueblo, también fue destruida por orden de Ezequías, ya que durante este tiempo los israelitas habían llegado a hacer de ella un ídolo.

2 Crónicas 30 y 31

–Id y reunid a mi pueblo en Jerusalén –ordena el rey. Los mensajeros salen urgentemente de Jerusalén y marchan en todas direcciones. A todos los pueblos y ciudades llega el mensaje del rey pidiendo al pueblo que se reúna en Jerusalén.

Después de introducir el servicio del Señor y destruir los ídolos, Ezequías ha consultado a los príncipes del pueblo, a quienes ha propuesto celebrar la Pascua tal como se hacía antes. En sus leyes, Dios, había ordenado celebrar anualmente la Pascua, pero Acaz se había burlado de los mandamientos de Dios y suprimió la fiesta. Según la institución divina la Pascua debería celebrarse el día catorce del mes primero, pero esta fecha ya ha pasado y, por esta razón, Ezequías propone celebrarla el día catorce del mes segundo, pues de lo contrario no podría celebrarse. Los príncipes lo aprueban. Ésta es la causa por la que

Ezequías ha convocado a todo el pueblo a Jerusalén. Los habitantes de Judá acogen el mensaje y acuden a la llamada todos cuantos pueden hacerlo.

Los mensajeros continúan hasta el reino de las diez tribus, donde en aquellos días reinaba en Israel Oseas. Ezequías había pensado también en el reino de las diez tribus, ya que pertenecen al mismo pueblo. Así, pues, les ha enviado cartas por medio de los mensajeros.

En ellas les dice: «Venid a Jerusalén y celebrad la Pascua con nosotros, venid al santuario del Señor y Él os dará su gracia». Estas cartas son leídas por los mensajeros en las ciudades de Israel, pero la Biblia nos dice: «Se reían y burlaban de ellos».

Los israelitas no quieren escucharlos, se burlan de los mensajeros del rey Ezequías. En su mayoría no desean ir a Jerusalén. En la Biblia podemos leer que algunos se humillaron, es decir, se arrepintieron de sus pecados.

Cuando llega el día señalado para celebrar la Pascua, miles de personas se reúnen en Jerusalén. Normalmente la Pascua duraba ocho días, pero en esta ocasión se prolonga durante quince días. El último día de la fiesta los sacerdotes bendicen al pueblo y los despiden en paz; cada uno puede volver a su pueblo, a su casa.

Grandes grupos abandonan Jerusalén y se dirigen a sus lugares de origen; al pasar por los caminos y los campos, van destruyendo todos los altares que Acáz ordenó construir. Ahora quieren servir al Señor y por ello destruyen las estatuas de piedra y los ídolos paganos.

Todos llegan a sus casas llenos de satisfacción y alegría.

2 Reyes 18:8-16

2 Crónicas 32:1-8

Mucho se ha realizado en el país, se ha restaurado el culto, se han derribado los altares e ídolos idolátricos, pero con eso el país no se ha arreglado. Por todas partes los enemigos siguen opri-

miendo a los habitantes de Judá. Sin embargo, la esperanza ha entrado en los corazones del pueblo. El joven rey, Ezequías, temeroso de Dios, ha comenzado dando ejemplo. Confía en el Señor. Con la ayuda del Señor declarará la guerra a los poderosos enemigos de su pueblo. Su confianza en el Señor no es en vano.

El Señor le bendice y le ayuda de forma milagrosa. Con su pequeño ejército marcha a la lucha contra los filisteos que viven en las ciudades de Judá que fueron conquistadas durante el reinado de Acaz. Ezequías conquista nuevamente esas ciudades y el ejército filisteo es vencido y huye a su país de manera deshonrosa.

Ezequías tiene que pagar cada año tributos al rey de Asiria, pero no desea seguir pagando esos tributos a un rey pagano, no es por orgullo, simplemente porque confía de lleno en el Señor.

En el séptimo año de su reinado Ezequías se entera que el rey de Asiria ha tomado Samaria, capital del reino del norte y que Israel ha sido llevado cautivo a Asiria y con ellos su propio rey Oseas. También se entera de que los pueblos extranjeros se han establecido en el reino de las diez tribus. Son graves noticias que las recibe Ezequías y ahora espera que el rey asirio venga a castigarle a él por haberse negado a seguir pagando tributos. Sin embargo, Ezequías no se desanima, ni mucho menos, reúne a su pequeño ejército y le dice:

-No temáis. El Señor nos ayudará, Él nos libraré de los asirios. No os dejéis asustar por su numeroso ejército, nosotros somos más poderosos que ellos. Ellos cuentan con decenas de miles de valientes guerreros, pero con nosotros está el Señor, el Todopoderoso, Dios del cielo y de la tierra, el Rey de reyes.

El rey dice sus palabras con tanta convicción que el pueblo confía en las palabras de Ezequías, su rey.

El rey no sólo habla, también se pone a trabajar. Ordena restaurar y fortalecer los muros de Jerusalén, en algunos lugares construye dos muros, uno detrás de otro. Hace tapar todos los pozos que están fuera de los muros de la ciudad para que los asirios no puedan hacer uso de ellos. Ordena hacer un gran número de escudos, lanzas y espadas para que su ejército esté bien armado.

Han sido buenas las medidas tomadas por Ezequías ya que años más tarde se entera de que el rey de Asiria se prepara para entablar la lucha contra Jerusalén.

Ahora reina en Asiria un nuevo rey, el anterior ha muerto y le ha sucedido Senaquerib.

Senaquerib avanza con su ejército sobre Egipto y de paso quiere también conquistar Jerusalén. Ezequías comienza a temer, se arrepiente de haberse rebelado contra ese poderoso rey... ha perdido su confianza en el Señor... tiene miedo.

Envía a Senaquerib mensajeros que le dicen:

–He pecado. He obrado mal. Volveré a servirte. Dime el tributo que debo pagarte y lo haré.

Senaquerib impone una fuerte multa a Ezequías por su desobediencia, debe pagarle trescientos talentos de plata y treinta talentos de oro, lo cual significa algunos millones de pesetas.

Ezequías no dispone de plata ni oro y se ve obligado a quitar de nuevo el oro de las puertas del templo y lo envía al rey de Asiria. Con ello confía que el enemigo se dará por satisfecho y se retirará.

Pero Sanaquerib engaña a Ezequías...

2 Reyes 18:17-37; 19:1-34

2 Crónicas 32:9-20

Isaías 36 y 37

Hay gran movimiento en las calles de Jerusalén, muchas personas, con expresión sombría y triste en sus rostros, se dirigen a proteger la ciudad, van hacia los muros, suben y ocupan sus puestos.

La ciudad está asediada, fuera de los muros hay innumerables soldados extranjeros. Es verdad que los muros son fuertes... las puertas están cerradas..., pero el ejército que está dentro de la ciudad es muy pequeño, sin embargo, el ejército que circunda la ciudad es numeroso y poderoso.

Ezequías no ve posibilidades de ganar aquella lucha, es imposible.

El ejército asirio ha acampado alrededor de Jerusalén; sí, Senaquerib recibió el tributo de Ezequías, pero ha invadido Judá con su poderoso ejército. Ya ha ocupado muchas ciudades de Judá y ahora ha enviado delante de él a sus criados con parte de su ejército para que digan a Ezequías que se rinda.

En las afueras de la ciudad el general Rabsaces está hablando con algunos cortesanos y príncipes de Ezequías ¿Hablando? No, gritando; desde los muros de Jerusalén pueden oírse sus gritos. escuchad...

—Así dice el gran rey, rey de Asiria. Rendiros. Abrid las puertas de la ciudad, vendrá Senaquerib y os llevará a otro país y en él viviréis en paz y prosperidad. Ezequías, vuestro rey, os engaña. Si no hacéis caso, la ciudad será asediada, habrá hambre, vuestras mujeres y niños morirán de hambre y al final Jerusalén será destruida. No podéis vencer a Senaquerib.

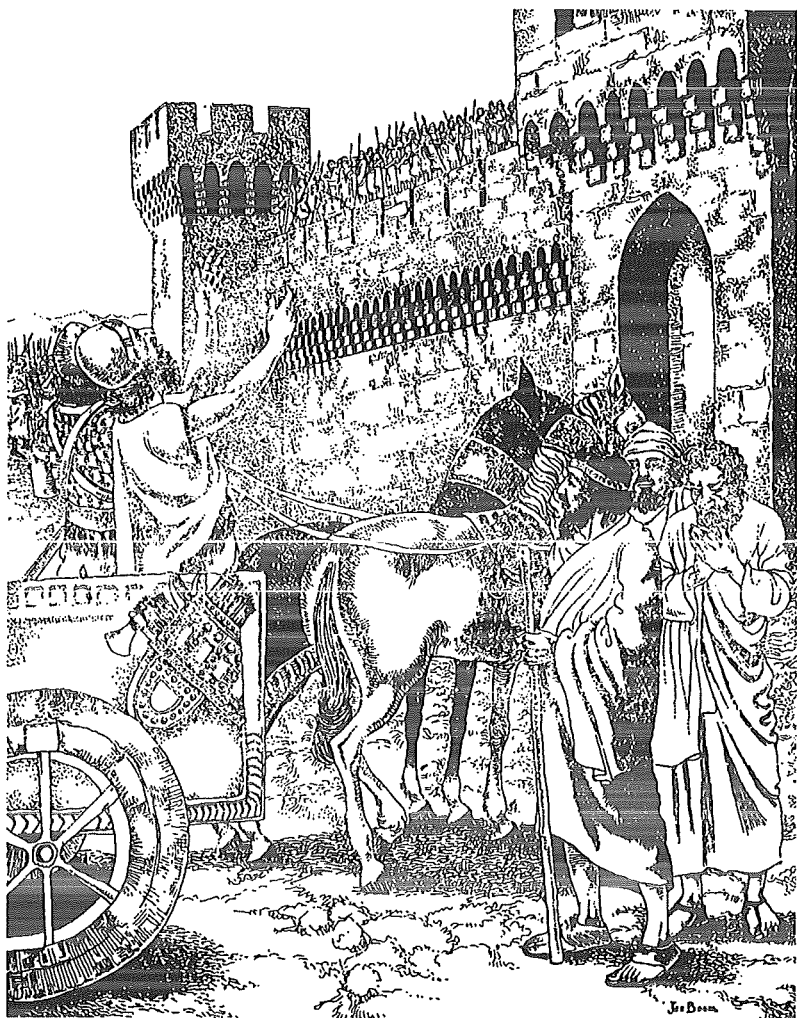
Esto grita Rabsaces, general asirio, para que lo oigan todos y se pongan nerviosos. Espera que no escucharán a Ezequías y se producirá una rebelión dentro de la misma ciudad. Pero los habitantes de Jerusalén no responden ni una sola palabra. Le dejan hablar.

Ezequías se entera de lo que intenta Senaquerib y de las palabras pronunciadas por Rabsaces. Rasga sus vestidos y envía un mensajero al profeta Isaías para pedirle que ruegue a Dios que les salve. Poco después el mensajero vuelve con una buena nueva, la respuesta que el Señor ha dado al profeta es:

—Ezequías no temas, el rey de Asiria no entrará en la ciudad, el Señor lo impedirá.

Es un mensaje alentador para el rey. Poco después Ezequías recibe cartas del rey de Asiria. Posiblemente Senaquerib se encuentre con su ejército a las puertas de Jerusalén.

Veamos el contenido de esas cartas: «Ezequías, confías en el Señor tu Dios, ¿verdad? Por esta razón no quieres rendir la ciudad. Pero Dios te engaña, Tu Dios no puede ayudarte. He vencido a muchas naciones y he hecho prisioneros a muchos reyes, lo mismo haré con tu pueblo. Ni un solo dios ha podido vencerme, tampoco tu Dios me vencerá...»



Rabsaces grita: «Así dice el gran rey, rey de Asiria...»

El rey de Asiria se atreve a llamar a Dios engañador. Senaquerib piensa que es más fuerte él que el Dios vivo de Israel...

Ezequías sale de su palacio y se dirige a la casa del Señor, allí, en el suelo deposita las cartas, es como si quisiera decir, «Señor mío, lee esas cartas». Luego se arrodilla y ora:

—Oh Dios mío, ese rey pagano se burla de Ti. Te ofende. Senaquerib piensa que eres igual que los dioses de las demás naciones y está en un error. Señor, Tú no eres un ídolo, Tú eres el Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra. Dios mío, deja en evidencia a ese burlador.

El ruego es atendido. Ezequías recibe un mensaje de Isaías de que el Señor dejará en evidencia a ese burlador.



Ezequías pone las cartas de Senaquerib ante Dios

2 Reyes 19:35-37

2 Crónicas 32:21-22

Isaías 37:36-38

La noche avanza, los habitantes de Jerusalén duermen, sobre los muros de la ciudad los vigías cubren la guardia. También en el campo de los asirios reina el silencio, los miles de soldados asirios duermen. Se han acostado pensando en la proximidad de la batalla y en la entrada victoriosa en Jerusalén; así lo ha prometido su rey. Entrarán en la ciudad, la saquearán y, cargados de oro y plata volverán a su país. Los judíos serán llevados cautivos y trabajarán como esclavos para ellos.

Sin embargo no saben que para la mayoría de ellos es su último sueño, sueño de muerte... Esa misma noche el Señor envía su ángel al ejército enemigo. Es un solo ángel, pero un ángel de exterminación. Ese mensajero celestial mata en aquella noche ciento ochenta y cinco mil soldados.

Cuando llega la mañana y sale el sol ciento ochenta y cinco mil soldados asirios están muertos en sus tiendas. Senaquerib no contaba con eso. La noticia le espanta. Ahora no se burla, no dice nada, su boca está callada. Apresuradamente sale con el resto de su ejército y huye de Jerusalén, regresando con deshonor a su país. Pocos días después es asesinado por dos de sus hijos.

El Señor ha mostrado que es Él quien reina y no Senaquerib. Jerusalén está liberada, el enemigo ha huido, pero ha huido no sólo de Jerusalén, sino también de todo el país. Ezequías se dirige nuevamente a la casa de Dios para dar gracias al Señor por su milagrosa liberación.

2 Reyes 20:1-11

2 Crónicas 32:23-24

Isaías 38

Por el palacio real los criados de Ezequías se mueven cuidadosamente, se habla a media voz. ¿Qué ocurre?

El rey está gravemente enfermo. Todos temen por la vida del rey...

El profeta Isaías entra en el palacio y se dirige directamente al rey enfermo. En voz baja, temblorosa por la emoción, le dice:

–Así dice el Señor: Dispón de tu casa porque vas a morir.

Rápidamente se aleja con la cabeza inclinada.

El rey ha escuchado las palabras de Isaías y vuelve el rostro hacia la pared para que nadie pueda ver que está llorando. ¿Tiene Ezequías miedo a la muerte...?

La muerte, jóvenes, es el castigo del pecado. Es cierto que Ezequías es un rey temeroso de Dios, sin embargo, la muerte también es para el pueblo de Dios, la Biblia nos dice que la muerte es el último enemigo. Sólo el Señor puede apartar la angustia de la muerte de los corazones de los suyos. El temor a la muerte también se hace presa en Ezequías y ora:

–Señor mío, sé tú mi Salvador.

Mil pensamientos embargan la mente del rey... ¿Qué será de su pueblo cuando él muera...? ¿Quién le sucederá...? No tiene ningún hijo.

Ezequías quiere vivir algunos años más, sobre todo por su pueblo. Este pueblo no puede estar sin él, le quedan aún muchas cosas por hacer, además con su muerte se extinguirá la casa de David... ¿Y las promesas de Dios...? ¿No nacerá el Mesías de la casa de David...?

Todos estos pensamientos cruzan su mente, ora al Señor y se lo expone.

De nuevo vuelve Isaías y entra en la habitación del enfermo.

El Señor ha escuchado el ruego fervoroso del piadoso rey. El Señor hace volver a Isaías con un nuevo mensaje. El rey no morirá todavía. Se le alargará la vida quince años más. Será restablecido de su enfermedad y pasados tres días podrá volver al templo.

El Señor le da una señal de que esto será así. El sol que está en el cielo retrocederá un poco, podrá verlo en la sombra del reloj de sol.

El rey tiene unas úlceras dolorosas, por orden de Isaías se pone una masa de higos sobre ellas y a los tres días Ezequías está restablecido por completo.

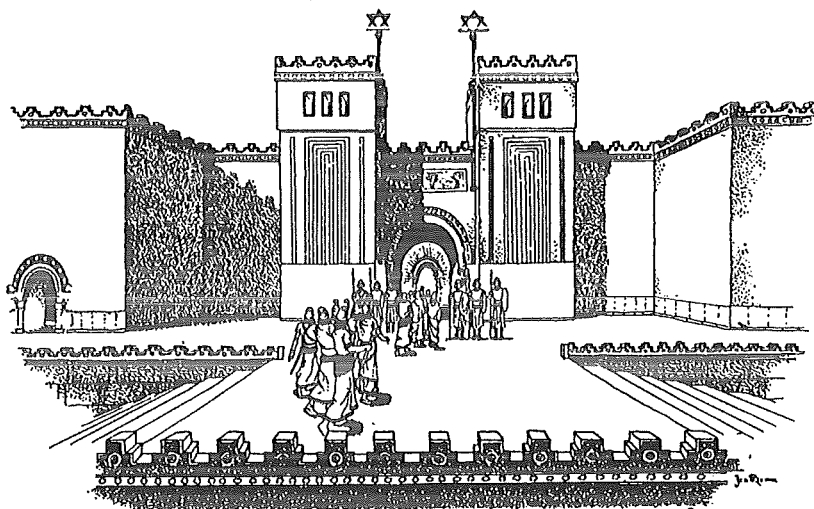
2 Reyes 20:12-21

2 Crónicas 32:25-33

Isaías 39

Cierto día Ezequías tiene una visita, un grupo de personas notables entra en el palacio. Son embajadores de un rey muy poderoso que gobierna en un país muy lejos de Canaán. Son embajadores del rey de Babilonia.

Su rey se ha enterado de que Ezequías ha sufrido una grave enfermedad y que se ha restablecido de ella y envía sus embajadores para que le feliciten por ello. Ezequías queda extrañado, pues jamás había imaginado que su nombre se conociera fuera de su país y menos aún de un país tan lejano. Esto le hace enorgullecerse.



*Los embajadores de Babilonia
ante el palacio de Ezequías*

Enseña sus posesiones a estos extranjeros para que puedan contar a su rey cuán rico y poderoso es. Ezequías se olvida de la gloria de Dios y busca su propia gloria. Olvida que ha sido el Señor quien le ha hecho tan rico. Muestra todo cuanto posee, pero se olvida de decir que ha sido el Señor quien le ha ayudado en todas las cosas. Al fin los embajadores se marchan y Ezequías se queda orgulloso y feliz. Pero de nuevo le visita el profeta Isaías.

—¿Has tenido visita? —pregunta. ¿De dónde vinieron esos extranjeros? ¿Qué te han dicho y qué han visto?

Ezequías le cuenta todo con sinceridad.

—Vinieron desde Babilonia —dice— y les he mostrado todo. Todo mi oro y mi plata, todos mis tesoros. No les he ocultado nada.

El profeta responde:

—Toda tu riqueza y todos tus tesoros serán llevados a Babilonia. Además de tus posesiones también tus hijos serán sirvientes del rey de Babilonia.

Ezequías se da cuenta de que ha obrado mal, de que ha ofendido al Señor. Avergonzado inclina su cabeza, se arrepiente y se humilla ante el Señor. Acepta el castigo que el Señor le impone:

—La palabra hablada por el Señor es buena —dice.

Sin embargo, ese castigo no se producirá durante su reinado, sino bastante después de haber muerto. En el resto de sus días habrá paz en Judá.

Los años han pasado, llega la hora para Ezequías... los quince años han transcurrido velozmente. La Palabra de Dios nos dice que: «Durmió».

Ha muerto tranquilamente, no temía a la muerte porque sabía que el Señor Jesús un día padecería y moriría por sus pecados. Sabía que sus pecados eran perdonados por la sangre del Señor Jesús, que habría de venir. Murió en esa fe salvadora.

No, no penséis que fue al cielo porque era muy bueno. Era como todos los demás hombres, pecaminoso y culpable. Fue salvo por gracia, solamente por gracia.

Cuando el pueblo conoció la noticia todo Jerusalén se llenó

de tristeza. Todo el reino ha llorado la muerte de su rey y miles de personas acuden a Jerusalén a su entierro.

Un largo cortejo recorre lentamente las calles de Jerusalén. El panteón de los reyes es abierto y en él ponen con todos los honores el cuerpo de Ezequías. Ha sido colocado en el lugar más alto. Cuando el sepulcro se cierra resuenan nuevamente las lamentaciones.

Un día ese sepulcro se volverá a abrir, será en el último día cuando aparecerá en las nubes del cielo el Señor Jesús como Vencedor. Ese día también será resucitado el cuerpo del piadoso rey Ezequías y glorificará eternamente a Dios.

También para nosotros llegará el día de la muerte. No sabemos cuándo, pero llegará. También para nosotros llegará el día en que nuestros cuerpos serán resucitados. Pero... ¿Entraremos entonces en la gloria eterna...? ¿Glorificaremos también a Dios para siempre...? Sólo hay dos caminos: El camino de la vida y el camino de la muerte. Sólo por la gracia de Dios podremos caminar por la senda de la vida.

Amigos, que en nuestra vida esté siempre esta oración:
«Dios mío, hazme ver mi culpa y dame la paz eterna».

Capítulo 108

ISAÍAS

Partes de la profecía de Isaías

En los capítulos anteriores hemos hablado algunas veces del profeta Isaías. Cuando hablábamos del impío rey Acaz narrábamos cómo Isaías fue enviado al rey para decirle que el Señor daría salvación. También en la historia de Ezequías, rey temeroso de Dios, se ha hablado varias veces del profeta Isaías.

En realidad ¿quién era Isaías? ¿Cuál era su tarea...?

Pertenecía a la familia de la casa real de David. La Biblia nos dice que su padre se llamaba Amós y era hermano del rey Uzías, el que cuando fue al templo a sacrificar se quedó leproso. (Podéis leerlo en el capítulo 105).

El Señor escogió a Isaías para desempeñar el oficio de profeta. Era un profeta del Señor.

En varias ocasiones hemos hablado de profetas, supongo que recordáis a Moisés y Samuel, a Natán, que castigó a David por su pecado; Elías y Eliseo, de los que hemos leído historias muy interesantes. Jonás, que no quería ir a Nínive y huyó. Todos ellos eran profetas.

También hemos hablado de falsos profetas. Como recordaréis sólo Acab tenía cuatrocientos de estos profetas.

Isaías era un verdadero profeta del Señor. Vivió en tiempos de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, lo que nos hace ver que llegó a una avanzada edad.

Siendo muy joven, el Señor le dio un corazón nuevo y desde su juventud sirvió al Señor y el Señor le llamó a su servicio. Tenía que predicar, predicar contra su propio pueblo. El Señor le había prevenido de que no escucharían su predicación; los israelitas continuarían viviendo en sus pecados, abandonaron al Señor, se hicieron estatuas de piedra y se inclinaron ante ellas. Honraron a imágenes de madera y piedra como si fueran Dios.

El Señor les amonestó, les proclamó que tenían que romper todos esos ídolos y servirle sólo a él. Ésta fue la razón por la que el Señor eligió a Isaías para desempeñar el oficio de profeta.

Isaías vio que su pueblo abandonó al Señor, que vivía en la impiedad y esto le entristecía. Sabía que el Señor castigaría a su pueblo por su idolatría.

Recorre las calles de Jerusalén, habla con seriedad y fidelidad:

—Pueblo mío, escuchadme. Haced pedazos a los ídolos, pues no son dioses, sólo imágenes de madera y piedra. Arrodillaros ante el Señor, Dios del cielo y de la tierra. Si lo hacéis el Señor os bendecirá y viviréis en paz y prosperidad. Pero si no escucháis la voz del Señor vendrá el castigo. Faltarán la cosecha, morirá vuestro ganado en los campos. Los enemigos invadirán el país y lo destruirán todo. El trigo será pisado en los campos y no lo podréis comer. Vuestras mujeres y vuestros hijos morirán de hambre. Vuestras ciudades serán destruidas y vosotros caeréis en la batalla.

¿Cuál es la respuesta de esta predicación...?

Los habitantes de Jerusalén se ríen del profeta, se burlan de él. No quieren escuchar las serias advertencias de Isaías.

Durante el reinado del impío rey Acaz el enemigo invadió el país. El ejército sirio, al mando de su rey Rezín, derrotó al ejército de Acaz y miles de soldados cayeron en la lucha, el luto y la tristeza invadieron todo el país. Pero los hijos de Israel no se convirtieron. El Señor envió castigos aún más severos. Vino Peka, rey de Samaria, y en un solo día mató a ciento veinte mil soldados. Las casas fueron quemadas, los campos asolados, el ganado robado. Fueron días muy amargos para el reino de Judá, fueron días muy tristes para el profeta Isaías, que ya lo



Isaías predicando en las calles de Jerusalén

había predicho, había prevenido al pueblo de lo que iba a venir y ha llegado. A pesar de todo ello, el pueblo continúa en sus pecados. No se convierten al Señor.

Isaías ve todo esto y su vida no es fácil. Él también está abrumado por el peso de los juicios del Señor.

Pero Isaías también conoció en su vida días de alegría durante el gobierno del piadoso rey Ezequías, cuando toda la idolatría desapareció del país. Se alegró grandemente cuando las puertas del templo fueron abiertas y los moradores de Jerusalén sólo sirvieron al Señor. Aunque era penoso que

muchas personas servían al Señor solamente por tradición, no lo hacían con sinceridad de corazón, no habían recibido un corazón nuevo.

Los habitantes del reino de Judá pensaban que ya hacían todo, estaban satisfechos del gran cambio que se había efectuado en su religión. Pero... otra vez Isaías recorre la calles de Jerusalén predicando:

–Pueblo mío, aún no es suficiente. Tenéis que convertirlos, tenéis que servir al Señor con todo vuestro corazón. Es necesario que vuestro corazón sea renovado.

Durante el reinado de Ezequías, Isaías visitaba muchas veces el palacio real. El rey era su amigo. También entonces vivió días angustiosos cuando Senaquerib asedió con su ejército la ciudad de Jerusalén y todo parecía perdido.

Muchas veces Isaías se ha arrodillado pidiendo la liberación de su pueblo. Muchas veces su pueblo se ha burlado y reído de él. Pero Isaías sigue orando por su pueblo y cuando el Señor lo libera de Senaquerib agradece al Señor su milagrosa liberación.

A la muerte de Ezequías le sucedió un rey impío, pero de él hablaremos en el próximo capítulo.

Nuevamente los habitantes de Judá comenzaron a servir a los ídolos y abandonaron al Señor y entonces... el Señor reveló a Isaías lo que habría de suceder. Vendría un poderoso enemigo, el rey de Babilonia, que llevaría al pueblo cautivo a su país. Jerusalén sería destruida, el magnífico templo, construido un día por Salomón, sería quemado y el pueblo de Judá y Benjamín estaría en el exilio durante setenta años.

Isaías lo ha revelado al pueblo, les ha dicho lo que habría de suceder, les ha advertido que vendrían castigos muy severos. No era un mensaje muy agradable, pero era el mensaje del Señor. Llegarían tiempos terribles para los habitantes de Judá y Jerusalén, ahora se ríen y se burlan de la predicación del profeta, pero vendrán tiempos en que ya no se reirán más.

Sin embargo, Isaías ha dicho a su pueblo que no permanecerán para siempre en el país lejano, Babilonia. El Señor les llevaría de nuevo a su propia patria. Sus hijos y sus nietos morarían nuevamente en Judá y Jerusalén, era una buena nueva.

-Y -continuó Isaías- un día nacerá el Señor Jesús. El Rey Celestial. Él librará a su pueblo no de los enemigos terrenales, sino de un enemigo mucho más peligroso: del pecado.

Cuando hablaba Isaías del futuro Rey sus ojos se iluminaban con una alegría llena de esperanza. Aquel Rey libraría a Israel de sus pecados, pero no sólo al pueblo judío, sino que en Él serían bendecidos todos los pueblos de la tierra. De todas las naciones el Mesías reuniría a Sus escogidos. Isaías parecía estar viendo al Salvador.

También ha predicho a su pueblo que el Señor Jesús sufriría y moriría, que sería castigado por los pecados de todos los elegidos y alcanzaría la gloria eterna para su pueblo.

Los judíos ahora se reían y se burlaban de Isaías; también un día se reirían del Señor Jesús, se burlarían de Él, le harían crucificar, abandonarían y matarían a Su Salvador y Redentor. Aquel Rey no se vengaría, se dejaría matar, no abriría su boca.

Isaías profetizó que el Señor Jesús sería crucificado con los impíos y sucedió así. Fue clavado entre dos asesinos en la cruz. Pero el mismo Isaías también predijo que tendría un sepulcro real.

Mucho, sí, muchísimo ha hablado Isaías del Señor Jesús. Leed el capítulo 53 del libro de Isaías.

Han pasado muchos años desde que Isaías recorría las calles de Jerusalén predicando. Los que se burlaban de él ya han muerto hace muchos años, nadie conoce sus nombres. También Isaías ha muerto, pero él no ha sido olvidado, en la Iglesia muchos domingos se lee algún capítulo de su libro, nunca será olvidado.

Ahora no existen profetas, pero el Señor nos sigue amonestando y advirtiendo, no por medio de profetas, sino por medio de los pastores, elegidos por Dios, que cada domingo predicán en la iglesia. ¿Qué hacemos, cuál es nuestra actitud ante su predicación? ¿Cuál es nuestra respuesta? ¿Nos burlamos, nos reímos...? Si es así, será malo para nosotros. El Señor castigó a quienes se burlaron de Isaías y el Señor nos castigará si nos burlamos de Su Palabra, el Señor está vivo, Él no muere jamás, Él no cambia, el mismo Dios es el que vive por los siglos de los siglos.

Capítulo 109

UN REY QUE FUE ==== CONVERTIDO POR DIOS ====

2 Reyes 21:1-18

2 Crónicas 33:1-20

Las puertas del templo, en Jerusalén, están abiertas de par en par, gran cantidad de visitantes entran y salen por ellas, acuden a ofrecer sacrificios. Hay gran número de sacerdotes recibiendo los sacrificios, pero no son sacerdotes del Señor, son sacerdotes idólatras. El templo, la casa del Señor, se ha convertido en un templo pagano. Es una gran ofensa para el Dios de Israel. ¿Qué es lo que ha sucedido...?

Nuevamente nos encontramos ante una triste historia. Desde la muerte de Ezequías, rey temeroso de Dios, las cosas han cambiado mucho. Durante su reinado el pueblo judío servía al Señor, pero ahora...

Jerusalén está llena de estatuas de ídolos y de altares paganos, hasta el mismo templo ha sido profanado.

En el trono de Judá hay un nuevo rey, es Manasés hijo de Ezequías. A la muerte de su padre era un niño de doce años. Su padre había sido un rey temeroso de Dios, pero él no se preocupó por las cosas religiosas, se burló de Dios e hizo cosas impías.

¿Alguno de vosotros os parecéis a Manasés? ¿Hay entre vosotros alguno que pasa de todo? ¿Alguno de vosotros se burla de Dios y de su servicio...?

Manasés estaba muy bien informado. Su padre le había advertido contra el pecado, pero se reía de las serias advertencias de su padre. Cuando Manasés ocupó el trono muy pronto abandonó el servicio del Señor y comenzó a servir a los ídolos.

Después de la muerte de su padre él no podía gobernar y los príncipes y jefes eran los regentes, los que le aconsejaban, y es posible que esos príncipes de Judá le aconsejaran mal. Cuando comenzó a gobernar rompió con todo y por su mandato se hicieron las acciones más impías. Reconstruyó todos los altares idolátricos que su padre había destruido. Ordenó hacer nuevas imágenes de ídolos. Plantó bosques y edificó altares y colocó ídolos. Pero aún fue más allá en sus ofensas al Señor. Además de adorar a los ídolos, adoró también al sol, a la luna y a las estrellas, los adoró como si fueran dioses.

En el atrio de la casa del Señor hizo edificar altares para ofrecer en ellos sacrificios al sol, a la luna y a las estrellas.

En las afueras de Jerusalén hizo erigir una nueva estatua de cobre en honor de Moloc, hizo lo mismo que había hecho su abuelo Acaz. También Manasés hizo pasar a sus hijos por el fuego, como había hecho Acaz.

Pero no sólo en Jerusalén, por todo el país se adoraba de nuevo a los ídolos. Todo lo que su padre Ezequías había destruido, él lo volvió a construir y aún fue, en su maldad, mucho más allá que su propio abuelo Acaz. En todos los lugares nombró magos y adivinos. Fomentó la creencia de que por los graznidos de las aves se podía adivinar el futuro. En la Biblia podemos leer que hizo lo malo a los ojos del Señor.

En el templo, en el lugar santo, hizo colocar un ídolo y llenó el templo de sacerdotes paganos.

El pueblo siguió a su rey en todo, aunque, por fortuna, hubo también israelitas piadosos que no lo aprobaron y sufrieron persecución por orden de Manasés.

Prohibió que se hablara de las cosas del Señor, el nombre del Señor tenía que ser olvidado. El que se atrevía a hablar del Señor era perseguido y matado por Manasés.

La mayoría del pueblo obedeció e hizo cuanto el rey ordenó, otros no y por Jerusalén corrió la sangre. La Palabra de Dios dice que Manasés derramó mucha sangre.

¿Dónde estaba Isaías...? ¿Estaba conforme con eso...? ¿No amonestó al rey....? Sí, a pesar de todas las abominaciones de Manasés, el Señor hizo avisar a Manasés. Isaías reprendió al rey por todos sus pecados. Pero... ¿Sabéis que hizo Manasés con Isaías...?

Según la tradición judía parece que Isaías fue hecho aserrar metido en un árbol hueco. Es verdad que el Antiguo Testamento no nos dice nada, pero en Hebreos 11 se dice que algunos fueron «aserrados» y, según la mayoría de los exégetas más antiguos, con esto se hace alusión a Isaías.

El Señor advirtió a Manasés que si no escuchaba sus palabras el pueblo judío sería expulsado de su país y Jerusalén destruido. Ése sería el castigo para la casa real y el pueblo.

— — — — —

En una oscura y sombría cárcel de Babilonia hay un hombre sentado en un banco de madera, cuando se mueve se oye el ruido de las cadenas de cobre. Aquel hombre es un prisionero, sus manos están encadenadas, grandes lágrimas corren por sus mejillas hasta el suelo. Con dificultad se levanta y dobla sus rodillas. Ora:

—Dios mío, he pecado, he pecado de manera muy grave. He hecho mucho daño, perdona todos mis pecados y mis múltiples maldades.

¿Quién es este hombre...? Es Manasés, el impío rey de Judá.

Sí, los enemigos han invadido el reino de Judá, un gran ejército ha tomado Jerusalén, han apresado al rey y le han encarcelado con cadenas de cobre.

Después lo han deportado a Babilonia y lo han arrojado en una oscura y sombría cárcel. Ha sido muy duro para Manasés, en esa horrible prisión Manasés tiene tiempo para meditar sobre su pecaminosa vida. Había vivido como si no existiese Dios, pero ahora se da cuenta de que nadie puede burlarse del Señor, Dios de Israel.

Se postra sinceramente ante el Dios del cielo y de la tierra. Quizás es la primera vez que lo hace en su vida. Está llorando



Manasés encarcelado en Babilonia

amargamente, confiesa sinceramente sus culpas al Señor, se arrepiente de su vida, de su pecado y el Señor convierte a ese impío y malvado rey, asesino del pueblo de Dios.

Manasés ha pasado horas de angustia. ¿Le escucharía el Señor? ¿Se apiadaría de él? ¿Le haría perecer para siempre? Si el Señor lo hiciese sería justo, es lo que Manasés merece, pero el Señor demostró que Él es indulgente y misericordioso, el Señor atendió los ruegos y súplicas de Manasés. Dios le ha perdonado todos sus pecados y crímenes. Por la fe Manasés ha reconocido que el Salvador que había de venir también

pagaría por sus pecados. Cuando el Señor le dio la fe, una paz celestial anegó su alma.

El Señor no sólo ha perdonado a Manasés, sino que también lo ha librado de la cárcel y le ha vuelto a llevar a Jerusalén. La Biblia no nos relata cómo sucedió.

Nuevamente está en su palacio, no lo merecía, pero es por pura gracia.

Al ver toda la idolatría que existía se ha avergonzado, pues ha reconocido que sólo él era el culpable de todo aquello y ha hecho cuanto ha podido para remediar el mal que hizo. El ídolo que colocó en el templo, lo sacó a las afueras de Jerusalén y lo hizo romper, también hizo demoler todos los altares e ídolos. Manasés ahora sirve al Señor dando ejemplo a su pueblo. Qué alegría habría supuesto para Isaías si hubiera podido verlo, pero aquel fiel profeta había sido muerto por orden de Manasés. Cuando el rey piensa en ello ha llevado luto hasta el fin de sus días.

En los últimos años de su vida el Señor ha bendecido a Manasés. Cuando murió, sus criados no le sepultaron en el panteón de los reyes. Reinó sobre Judá por un largo período, veinticinco años.

Tal vez estéis pensando: «¿Cómo un rey tan impío puede ser convertido?»

Amigos, eso es posible, para el Señor todo es posible, nada es imposible para el Señor.

Amigos indiferentes, también para vosotros hay una posibilidad de ser convertidos. ¿Alguno de vosotros ha sido un blasfemo? No penséis «para mí no hay salvación, soy demasiado malo para ser convertido.» No es cierto, eso es lo que quiere el diablo que penséis. Vosotros también podéis recibir la gracia, también podéis ser convertidos. Doblad vuestras rodillas, como Manasés, y pedid al Señor que os perdone vuestros pecados.

2 Reyes 21:19-26

2 Crónicas 33:21-25

A la muerte de Manasés fue proclamado rey su hijo Amón, que tenía veintidós años y reinó sólo dos años, pero en tan breve tiempo hizo mucho daño. La Biblia dice: «Hizo lo malo a los ojos del Señor.» Adoró a los ídolos como había hecho su padre antes de la conversión. Hizo levantar estatuas y altares de ídolos y se arrodilló ante imágenes de madera, plata y oro.

Amón no se convirtió, no se humilló ante el Señor como había hecho su padre. No se arrepintió de sus pecados. Fue asesinado por algunos de sus criados en el mismo palacio y sepultado junto a su padre.

El pueblo hizo ejecutar a los asesinos del rey, pero Amón murió en sus pecados. Tan sólo tenía veinticuatro años cuando tuvo que presentarse ante el tribunal de Dios.

Sólo tenía un hijo de ocho años, llamado Josías, el cual reinó en su lugar.

Capítulo 110

EL ÚLTIMO REY PIADOSO DE JUDÁ

2 Reyes 22; 23:1-28
2 Crónicas 34; 35:1-9

Josías reina sobre Judá, es un niño con solamente ocho años. Es verdad que lleva la corona, pero él no puede gobernar, es demasiado joven. No sabemos nada de él durante los primeros ocho años de su gobierno. Cuando cuenta con dieciséis años leemos de él: «A los ocho años de su gobierno, siendo aún un muchacho, comenzó a buscar al Dios de David, su padre».

¿Se puede decir de vosotros que buscáis a Dios el Señor...?

Cuatro años más tarde, cuando Josías cuenta veinte años de edad, comienza a purificar Jerusalén de los ídolos. Las calles y plazas de la capital estaban llenas de estatuas de ídolos, colocados por su padre Amón. Josías ordena hacerlo todo pedazos y los escombros los hizo arrojar sobre los sepulcros de los sacerdotes paganos que habían sacrificado a los ídolos. También hizo demoler todos los altares y cortar los bosques en los que había altares.

Josías no quería ni podía servir a ídolos de piedra, porque no eran dioses. Quería servir al Señor, amaba a Dios y por tanto no se sentía tranquilo mientras toda la idolatría no fuera completamente exterminada. En Jerusalén no debía quedar ni rastro de ella.

Hizo restaurar la casa del Señor, que había quedado en un estado desastroso después de haber estado dedicada al culto pagano. El rey ordenó al sumo sacerdote Hicías que se encargase de la restauración y limpieza del templo, sin escatimar trabajo, ni gastos.

El pueblo temeroso de Dios estaba gozoso. No había muchos hijos de Dios, pero aún los había.

Hay gran actividad en el templo. Sacerdotes y levitas están trabajando afanosamente para quitar todas las estatuas y altares colocados por Amón.

En pleno trabajo de limpieza un día encuentran un viejo libro arrinconado y cubierto de polvo... Con gran curiosidad lo examinan y después de haberlo limpiado pueden leerlo y comprueban que se trata del libro de la Ley.

En este libro Moisés había escrito las leyes del Señor cuando Israel erraba por el desierto camino de Canaán.

Durante muchos años este libro había sido olvidado y estaba cubierto de polvo. El sumo sacerdote comunica al rey que ha encontrado el libro de la ley del Señor. Sin tardar, Josías ordena que lo lleven a su presencia y que se le lea algo de su contenido.

El rey escucha con gran atención y se da cuenta de cómo el Señor advierte a los hijos de Israel acerca del pecado y les amenaza con castigos si le abandonan. Se da cuenta de que si el pueblo abandona al Señor Dios no visitará a su pueblo con bendición, sino con maldición.

El rey se llena de temor, rasga sus vestidos al pensar en todos los pecados que se han cometido en Jerusalén.

—Andad y consultad al Señor acerca de mí y de mi pueblo —ordena a algunos de sus criados.

Los siervos del rey acuden con rapidez a casa de una mujer temerosa de Dios que vive en Jerusalén, es la profetisa Hulda. Ella les dice:

—Volved al rey y decidle que todos los castigos escritos en el libro de la ley vendrán. La ciudad será destruida y sobre los habitantes de esta ciudad vendrán catástrofes y maldiciones que están escritos en el libro de la ley.

—Mas —continúa la profetisa— decidle al rey que todo esto



El libro de la ley, leído a Josías

no acaecerá durante su reinado. Será después de su muerte que la ciudad será destruida. Josías morirá en paz.

Los mensajeros regresan al rey y le transmiten las palabras de la profetisa.

Pasado algún tiempo el rey convoca en Jerusalén a todos los nobles y príncipes, que se reúnen en el atrio de la casa del Señor.

Josías está entre ellos. Hay un profundo silencio. Un hombre comienza a dar lectura a un libro. Es el libro de la Ley. El rey desea que todo el pueblo sepa lo que está escrito en él y

para eso los ha convocado a Jerusalén. Ahora todos podrán darse cuenta de cuán graves eran sus pecados y podrán arrepentirse y volverse al Señor su Dios.

Terminada la lectura del libro, el rey hace un pacto con el pueblo para que sirvan solamente al Señor.

Con nuevos bríos el rey comienza su trabajo. Ha quitado los ídolos de Jerusalén, pero todo el país está lleno de ellos. Personalmente viaja a todos los lugares del reino para extirpar la idolatría. Incluso en el reino de las diez tribus hace demoler los ídolos y destruir los altares.

En su viaje llega a Bet-el, donde aún está el becerro de oro que un día fue ordenado hacer por Jeroboam, Josías hace pedazos el becerro. Alrededor del altar del becerro están los



El rey Josías derriba el becerro de oro en Bet-el

sepulcros de los sacerdotes nombrados por Jeroboam. Ordena sacar los huesos y los quema en el altar. Un poco alejado del altar hay otro sepulcro. El rey pregunta a quién pertenece ese sepulcro. Algunos habitantes de Bet-el le dicen:

—Ése es el sepulcro del profeta de Judá que predijo que los huesos de los sacerdotes serían quemados por ti sobre este altar. Ahí yace también el viejo profeta de Bet-el, que hizo venir al joven profeta desde Judá.

—¿Abrimos también ese sepulcro? —preguntan los siervos al rey.

—No —decide Josías— ese sepulcro permanecerá cerrado. Nadie debe tocar esos huesos.

Ya véis jóvenes, ahora se cumple lo que hacía muchos años había predicho el joven profeta de Judá.

Josías recorre todo el país quitando todo lo perteneciente a la idolatría y cuando lo ha conseguido vuelve de nuevo a Jerusalén. Más tarde el rey convoca al pueblo para celebrar una fiesta al Señor, es la fiesta de la Pascua. Hacía mucho tiempo que no se celebraba la Pascua. Fue una celebración muy solemne; desde los tiempos de Samuel no se había vuelto a celebrar una Pascua semejante.

Miles de animales fueron sacrificados. El pueblo está lleno de alegría, sin embargo, muchos de ellos no sirven al Señor de corazón, lo hacen por puro formulismo. Lo hacen para satisfacer al rey, pero en su fuero interno no creen nada. Prefieren servir a los ídolos. Sin embargo, Josías es creyente, sirve al Señor de todo corazón y con él algunos israelitas más.

2 Reyes 23:29-30

2 Crónicas 35:20-27

Un gran ejército marcha por los caminos de Canaán, miles de soldados muy bien armados, sus escudos brillan al sol.

Se trata de un ejército egipcio. No tratan de conquistar Jerusalén. El rey de Egipto, Faraón Neco, no lucha contra Josías,

va camino de Asiria y ha de pasar por el país de Canaán. Sin embargo, Josías reúne su ejército y sale al encuentro de los egipcios, quiere detener su ejército. ¿Por qué...?

Josías sabe que un día su pueblo será deportado a Babilonia. Lo han predicho hace muchos años los profetas del Señor.

Entre Judá y Babilonia está situada Asiria y quizás Asiria pueda detener a Babilonia, sin embargo, si el ejército egipcio ataca al rey de Asiria, él tendrá que luchar contra dos enemigos: contra Egipto y contra Babilonia. Si sucede así Asiria perderá la lucha y Babilonia conseguirá la victoria y se hará más fuerte. Por eso Josías quiere detener al rey de Egipto para ayudar a Asiria.

Necao, rey de Egipto, previene a Josías. Le envía un mensajero que le dice:

–Josías, debes volver a Jerusalén. No deseo luchar contra ti, voy camino de Asiria, no me lo impidas. No quiero hacerte daño.

Josías no escucha. El ejército egipcio se ve obligado a luchar contra Josías y sus soldados. Una flecha hiere gravemente al rey de Judá.

–Llevadme de aquí, estoy gravemente herido –murmura el rey.

Con cuidado sus oficiales le transportan a otro carro y le conducen a Jerusalén. Pero Josías no llega con vida a la capital del reino, muere en el camino. El Señor se lo lleva antes de que los enemigos destruyan Jerusalén. Es verdad que cae, pero antes de ver el desastre muere en paz. La triste nueva no tarda en extenderse por todo el país. «El rey ha muerto». Todo el pueblo llora su muerte.

Miles de personas acuden a Jerusalén para honrar a su rey. Un gran cortejo recorre las calles de Jerusalén, muchas personas están llorando. Josías es sepultado en el panteón real. Todos lloran la gran pérdida, todo su pueblo le amó, todos amaron a un rey temeroso de Dios y le respetaron. Treinta y un años reinó sobre Judá. Fue el último rey temeroso de Dios que ocupó el trono de Judá.

Tras su muerte Judá se precipitaba aceleradamente en la ruina, pero eso lo veremos en el capítulo siguiente.

Amigos, Josías era feliz. Dios le acogió en su gloria eterna. No vio el mal que vendría.

Nuestros días también son angustiosos y sombríos. Nuestro pueblo también será castigado si desoye la Palabra de Dios. Pero... ¿Tendrá el Señor también cuidado de nosotros...? Indudablemente que lo hará si nosotros somos convertidos como Josías. Lo hará, si como Josías hemos recibido un nuevo corazón.

Arrodillaos y decidle: «Oh Dios mío, dame un corazón nuevo. Dame un corazón que te tema y te ame».

Capítulo 111

LA CIUDAD Y EL TEMPLO

DESTRUIDOS

2 Reyes 23:31-34

2 Crónicas 36:1-4

Josías se ha esforzado por detener el ejército egipcio mandado por el rey Neco, pero no ha tenido éxito. El mismo Josías fue muerto y el ejército egipcio pudo continuar su marcha hacia el norte, sobre Asiria, sin ningún impedimento.

Ya vimos que Josías murió camino de Jerusalén y fue sepultado con todos los honores por el pueblo. Seguidamente el pueblo proclamó rey a su hijo Joacaz. Éste solamente gobernó durante tres meses, en los cuales hizo lo malo a los ojos del Señor, fue un rey impío.

Josías había hecho todo lo posible para exterminar la idolatría, pero su hijo Joacaz se apresuró para instalar nuevamente los ídolos. Y lo peor de todo es que el pueblo no protestó, pese a que había prometido servir sólo al Señor. Nadie amonestó al rey. Habían hecho su promesa sólo para satisfacer a Josías, pero nadie lo hizo de corazón.

Ahora Josías había muerto, Joacaz desea servir a los ídolos y el pueblo está de acuerdo con él.

A los tres meses por todas partes adoran nuevamente los ídolos, por doquier se eleva el humo procedente de los sacrificios de los ídolos.

De nuevo ofenden al Señor y se hacen responsables de todas las desgracias que han de venir.

El Faraón Neco, rey de Egipto, no tuvo tiempo para castigar a Judá por su actitud hostil, pero tres meses más tarde hizo prisionero a Joacaz, el impío rey de Judá y le llevó encadenado a Egipto, donde murió.

2 Reyes 23:35-37

2 Crónicas 36:5

A la muerte de Joacaz el pueblo de Judá no puede elegir a su nuevo rey. Neco, el rey de Egipto, no se lo permite, es él quien nombra al nuevo rey. Joacaz no había tenido hijos, por lo cual, Joacím, hijo de Josías, fue coronado rey por el faraón. Joacím era, por tanto, hermano Joacaz y gobernó sobre Judá once años. La Biblia nos dice de él que «hizo lo malo a los ojos del Señor».

El reino fue castigado por Neco, debía pagar un gran tributo al rey extranjero y Joacím exigía ese dinero al pueblo, cada uno tenía que aportar su parte. Joacím había sido convertido en un rey tributario de Egipto y tenía que obedecer al Faraón. Sin embargo, esta situación no duró mucho tiempo.

Poco después el ejército egipcio regresaba apresuradamente desde Asiria a Egipto, parecía como si fueran huyendo de algo.

En poco tiempo habían ocurrido muchas cosas. Nínive, la capital de Asiria, había sido tomada y destruida. El castigo que un día Jonás había profetizado sobre Nínive había ocurrido. Pero no había sido el rey egipcio quien la tomó, sino Nabucodonosor, rey de Babilonia. Era lo que había temido Josías.

El reino de Babilonia se había enriquecido y hecho muy poderoso. Nabucodonosor había declarado la guerra a Asiria, venció a su ejército y tomó la capital, Nínive.

Dos ejércitos, pues, se encontraban en Asiria, el de Babilonia y el ejército egipcio. El rey de Babilonia comenzó también a luchar contra Neco, rey de Egipto, el ejército egipcio fue derro-

tado y expulsado por los soldados de Babilonia hacia su país. Ésta es la razón por la que los soldados egipcios pasan apresuradamente por el país de Judá.

Nabucodonosor persigue al ejército egipcio, llegando al reino de Judá y la misma Jerusalén. Deja a Joacím como rey, pero éste debe servir a Nabucodonosor, debe rendirle honores y tributos y, por tanto, cada año está obligado a pagar sus tributos a Babilonia.

Cuando el rey de Judá ha sido sometido, Nabucodonosor abandona con su ejército Jerusalén y algunos de los principales de Jerusalén son llevados por Nabucodonosor a Babilonia. Es la «primera deportación».

Este grupo está compuesto especialmente por personas de la estirpe real y entre ellos va un joven con la cabeza inclinada, es Daniel. No lo olvidéis porque hablaremos mucho de él.

2 Reyes 24:1-7

2 Crónicas 36:6-8

—No debéis hacerlo más, señor. Cada año das al rey de Babilonia el mejor ganado de nuestros establos, los mejores frutos de nuestra tierra. Sé prudente y deja de hacerlo.

Joacím, rey de Judá, está sentado en su trono y los príncipes de Judá y Jerusalén están ante él suplicándole. Quieren que rompa la promesa que hizo a Nabucodonosor.

Joacím debería haberle pedido consejo al Señor, debería haber caído de rodillas y pedir consejo al Señor, pero no lo hizo, él sirve a los ídolos, no sirve al Señor. Sin embargo, el Señor le mostrará lo que debe hacer. El Señor le envía a uno de sus siervos, un profeta. Es el profeta Jeremías que dice a Joacím:

—Señor, así dice el Señor, no debes escuchar a esos príncipes, debes seguir sirviendo al rey de Babilonia.

Pero Joacím no escucha la palabra del Señor, al contrario, hace lo que le dicen los príncipes. Él mismo no tiene deseos de seguir pagando tributos al rey de Babilonia y rompe la promesa

hecha a Nabucodonosor. Confía que el rey de Egipto le prestará su ayuda.

Cuando Nabucodonosor se entera de que Joacím no quiere obedecerle se encoleriza y marcha con su ejército sobre Jerusalén, Joacím muere. No sabemos cómo, ya que nada dice la Palabra de Dios, lo único que podemos afirmar es que no fue sepultado con los honores de rey, sino en una sepultura de asno, lejos de Jerusalén. Esto lo sabemos por Jeremías (22:19), el profeta que lo había predicho. Era el castigo por haber desoído la palabra de Dios.

2 Reyes 24:8-20

2 Crónicas 36:9-10

Las puertas de Jerusalén se abren de par en par y una gran multitud sale por ellas. Caminan con sus cabezas inclinadas, muchos tiemblan.

Alrededor de la ciudad hay plantadas miles de tiendas y entre ellas hay un gran número de soldados. Es el ejército de Babilonia que nuevamente ha cercado Jerusalén para castigar a Joacim y al pueblo por haberse rebelado contra el poderoso rey de Babilonia.

Sin embargo, Joacím ha muerto y su hijo Joaquín ha comenzado a reinar. Sólo tres meses ocupó el reino de Judá y durante ellos no quiso servir al Señor, sino a los ídolos.

El ejército babilónico ha llegado y Joaquín se ha asustado. Es imposible vencer a un ejército así. La mejor solución, piensa, es rendirse. Si se rinde quizás Nabucodonosor le perdonará por su desobediencia. Ésta es la razón por la que podemos ver tanta gente saliendo de Jerusalén, es el rey, su familia, sus cortesanos y los demás príncipes.

Se acercan a las tiendas de los soldados de Babilonia, sus corazones laten apresuradamente.

Al poco tiempo se encuentran ante el rey. Sus ojos brillan con una expresión colérica, se siente ofendido.

El ejército enemigo entra en Jerusalén, saquea la ciudad, tomando todo el oro y la plata. Joaquín es destituido como rey, Nabucodonosor no se fía de él.

Es hecho prisionero y en su lugar se nombra rey a Sedecías, tío de Joaquín y tercer hijo del piadoso Josías.

Sedecías promete y jura solemnemente obedecer y acatar a Nabucodonosor, rey de Babilonia, lo jura por el Señor.

Tras haber ordenado todo, el rey de Babilonia abandona Jerusalén, pero no se marcha solo. Diez mil judíos son llevados cautivos con él. Es la «segunda deportación».

En grandes filas los cautivos abandonan la ciudad, nunca más volverán a ver su patria, es el castigo de su orgullo, son las consecuencias de su pecado, de no escuchar la Palabra de Dios. Ya es demasiado tarde. Entre estos cautivos se encuentra el profeta Ezequiel, que por última vez vuelve los ojos, las lágrimas caen...

2 Reyes 25:1-21

2 Crónicas 36:11-21

Han pasado nueve años. Un tropel de soldados marcha por las calles de Jerusalén. Parece como si estuvieran preparados para la guerra. Así es. Las puertas de la ciudad están cerradas, sobre los muros los guardias vigilan día y noche. Fuera de la ciudad está acampado un numeroso ejército, de nuevo Jerusalén está cercada.

Sedecías fue nombrado rey y juró obedecer al rey de Babilonia, sin embargo, ha roto su promesa, y se ha rebelado contra él.

Pese a las advertencias de Jeremías, ha seguido el consejo de los príncipes que han acudido a él para incitarle.

–No lo hagas –le ha advertido el profeta– escucha la Palabra del Señor y continúa sirviendo al rey de Babilonia.

Pero los príncipes le han dicho:

–No debes escuchar a Jeremías, porque es un traidor.

Sedecías ha desoído el consejo de Jeremías y ha seguido el

mal consejo de sus príncipes y jefes. La Biblia nos dice: «Se levantó contra el rey de Babilonia», es decir, se alzó en rebeldía.

Ahora el rey de Babilonia está ante Jerusalén para castigar la desobediencia del rey. Miles de valientes guerreros cercan los muros de Jerusalén. En su angustia el rey de Judá ha acudido a Jeremías para preguntarle qué debe hacer.

El profeta le ha respondido:

–Ríndete y de esta forma conservarás tu vida pues el rey de Babilonia tendrá consideración contigo. Pero si no escuchas la Palabra del Señor serás matado. Decide por ti mismo lo que harás.

Los príncipes se enojan contra Jeremías cuando le oyen y le hacen prisionero. Dos años dura el asedio, durante dos años Nabucodonosor sitia la ciudad porque el pueblo judío se defiende con desesperación. Cuentan con el apoyo de Egipto, pero ese apoyo no llega.

Al fin la ciudad es tomada. Pero durante la noche Sedecías ha huido de la ciudad con algunos soldados que han sobrevivido, intenta escapar en la oscuridad, pero los soldados babilónicos se dan cuenta de ello y persiguen al rey y en la llanura de Jericó, cerca del Jordán, lo capturan y es llevado ante Nabucodonosor, junto con sus familiares.

–Me has engañado –dice el rey con enojo. Prometiste con juramento servirme y has roto tu promesa. No puedo fiarme de ti.

Luego sus hijos son matados delante de él, sin que Sedecías pueda hacer nada para evitarlo. Él no es matado, pero le sacan los ojos y encadenado es llevado cautivo a Babilonia.

Sedecías no quiso escuchar al profeta Jeremías y lo que le ha ocurrido ha sido por su culpa. No ha querido humillarse ante el Señor.

El general de Nabucodonosor, llamado Nabuzaradán, saquea y destruye Jerusalén. También el templo es saqueado, todos los utensilios del servicio del templo, todo cuanto tiene algún valor es llevado; cuando todo ha sido saqueado, el templo es incendiado. Pronto las llamas arrasan aquel magnífico edificio construido por Salomón con tanto esmero y delicadeza, todo es pasto de las llamas.

El templo, el palacio del rey, todas las mansiones de Jerusalén son pasto de las llamas. La ciudad entera parece una hoguera gigante. Los muros son demolidos, las puertas de las murallas incendiadas.

Decenas de miles de habitantes de Jerusalén han muerto en el asedio y el incendio; los sobrevivientes son reunidos por Nabuzaradán, general de Nabucodonosor, fuera de la ciudad y son llevados cautivos a Babilonia. Es la «tercera deportación».

El cortejo de cautivos se pone en marcha, por última vez dirigen su mirada para ver los escombros humeantes de la ciudad, su magnífica capital está totalmente destruida.

Es el fin del reino de Judá y Benjamín.

Sólo los campesinos más pobres, que están en la llanura, se pueden quedar en el país. Nabucodonosor nombra un gobernador para ellos, se llama Gedalías. Ya no tendrán rey,



El fin del reino de Judá

Nabucodonosor no quiere darles otra oportunidad para rebelarse contra él.

Es una historia triste, amigos. El reino de las diez tribus ya había sido deportado hacía muchos años por haber abandonado al Señor, Dios de sus padres.

Todo ha ocurrido por causa del pecado. Ahora el reino de las dos tribus es llevado en cautiverio por Nabucodonosor, rey de Babilonia. ¿Por qué? Porque al igual que sus hermanos del reino de Israel, ellos también han abandonado al Señor, Dios de sus padres. También es a causa de su pecado.

Los pecados son la causa de todas las desgracias. El Señor no ha perdonado al reino de las diez tribus, tampoco el Señor perdona al reino de las dos tribus.

¿Perdonará el Señor a nuestro pueblo? Nuestro pueblo también ha abandonado al Señor, tampoco quiere escuchar las advertencias del Señor.

¿Nos perdonará el Señor a nosotros si nuestra nación se niega a servir al Señor?

Dios es justo. Los pecados destruyen las naciones, los pecados destruyen a los hombres. Es necesario que seamos librados del pecado.

¿Oráis al Señor que os libre del pecado?

Capítulo 112

UN PROFETA ENLUTADO

Jeremías 1, 5, 6, etc.

Al nordeste de Jerusalén, como a una hora de camino, se encuentra Anatot, villa situada en la tierra de Benjamín. Esta villa había sido dada en posesión a los sacerdotes. En tiempos de Josué, cuando la tierra fue distribuida entre las diversas tribus, los sacerdotes no recibieron la parte de la tierra correspondiente, sino que recibieron cuarenta y ocho ciudades; Anatot es una de esas ciudades. Aquí vivía el sacerdote Hilcías durante el reinado del piadoso Josías.

En la casa de Hilcías nació un niño, fue una gran alegría para los padres, que le pusieron por nombre Jeremías.

El niño se cría normalmente, aprende a caminar, a hablar, juega y corretea por las calles de Anatot igual que los demás niños de la ciudad. Sin embargo, el Señor quiere usar a este niño para su servicio.

A pesar de su juventud el Señor le llama para el oficio de profeta. Dios le llama con énfasis y Jeremías se asusta al oírlo.

–Señor mío –objeta– no puedo hablar porque soy joven.

Pero el Señor de inmediato responde:

–No temas, Jeremías, porque Yo te diré lo que debes hablar.

Estaré contigo y te guardaré.

Jeremías no se ha hecho profeta a sí mismo. Debe profetizar, debe predicar en el nombre del Señor, debe advertir a su

pueblo que el Señor lo castigará a causa de sus pecados. Debe amonestar a su pueblo acerca del pecado. No es una tarea fácil, ya que el pueblo judío no le escuchará, no le creerán, intentarán matarle.

Por ello el Señor le ha dicho: «No temas, Yo estaré contigo y te salvaré».

Jeremías obedece la voz de Dios y se pone a predicar, amonesta al pueblo contra el pecado, les avisa que tienen que servir al Señor. Muchas veces también ora por este pueblo al que tanto ama.

Los primeros años de su predicación son durante el reinado de Josías y sentía una gran alegría al ver cómo Josías había exterminado la idolatría del reino de Judá. Ha apoyado al rey en esta tarea. Pero... Josías cayó en la lucha contra Neco, rey de Egipto.

Joacaz, hijo de Josías, sólo reinó tres meses y le sucedió su hermano Joacím, que reinó durante once años y fue un rey impío e idólatra. Durante su reinado por todas partes se levantaron ídolos.

Durante estos años el profeta Jeremías recorre cada día las calles de Jerusalén amonestando a sus habitantes. El profeta anuncia que el Señor enviará tiempos terribles. El Señor muestra a los judíos lo que les ha de suceder.

Un día Jeremías recorre las calles de Jerusalén con un cántaro en la mano; una multitud curiosa le sigue para ver qué es lo que hará con el cántaro. El profeta sale a las afueras de Jerusalén y se detiene y dice a las gentes que le rodean:

—No creéis mi mensaje, pero llegará. Los juicios del Señor ciertamente que llegarán.

De repente levanta el cántaro agitándolo y después lo lanza sobre el suelo. El cántaro se hizo mil pedazos, así hará el Señor pedazos Jerusalén.

Los habitantes de Jerusalén no escuchan a Jeremías, se burlan de él, se ríen y le dicen mil ultrajes. Jeremías sufre por todo ello.

Jeremías 19, 20, 36, etc.

Las calles de Jerusalén están muy animadas de gente, sobre todo hay una gran animación en las cercanías del templo. Se trata de un día de ayuno, un día de oración, decimos nosotros.

¿Se han arrepentido los judíos y han acudido a pedir perdón al Señor?

No, lo hacen por puro formulismo.

De pronto aparece entre la gente un hombre con un rollo de papel en la mano. Se detiene cerca del templo, abre el rollo y comienza a leer. ¿De quién se trata? Es Baruc, amigo del profeta Jeremías.

El Señor ha dicho a Jeremías que todas las palabras que hable en Jerusalén, deben ser escritas para que el pueblo no las olvide. Por ello Baruc ha escrito todo cuanto Jeremías le ha dictado. Cuando termina de escribir, Baruc toma el rollo escrito y con él se dirige al templo y allí lee en voz alta para que todos puedan escucharle. Baruc les está leyendo las palabras que Jeremías ha pronunciado en el nombre del Señor.

Baruc lee que la ciudad será destruida, que el pueblo será deportado, que el Señor no soportará más la injusticia y los pecados del pueblo judío. La gente escucha, hay un gran silencio, algunas personas dan crédito a las palabras de Baruc y sus corazones se llenan de angustia, otros no creen y se burlan de ellas.

Uno de los hombres que ha escuchado las palabras de Baruc y las ha creído se marcha rápidamente. ¿Dónde va...? Entra en una casa donde están reunidos algunos príncipes de Jerusalén y les cuenta cuanto ha leído Baruc.

–Corre a buscar a Baruc –le ordenan. Nosotros queremos oírlo también.

El hombre se apresura al templo y poco después vuelve acompañado de Baruc que lleva el rollo en su mano.

–Léenos lo que está escrito en el rollo –le ruegan.

Baruc lee nuevamente lo que ha escrito. Todos le escuchan con gran atención. Cuando Baruc termina se hace silencio, todos han quedado profundamente impresionados. Luego dice:

–Esto debe saberlo también el rey. Pero no será conveniente que lo leas tú ya que el rey puede enojarse y matarte, danos el rollo y nosotros mismos se lo leeremos; así tú no correrás ningún peligro.

Baruc entrega el rollo a uno de los príncipes.

–Vete junto a Jeremías, tu amigo, y escondeos los dos donde nadie pueda encontraros; así, si el rey se enfada no podrá encontraros. Aconsejan a Baruc los príncipes.

Baruc y Jeremías se esconden.

Mientras tanto los príncipes entran en el palacio real. Joaquín, el rey, está sentado en su trono, mientras en el salón han preparado un fuego para calentarse un poco.

Los príncipes entran y le describen lo que ha sucedido en las cercanías del templo, cómo Baruc ha leído un rollo al pueblo.

–Traedme ese rollo –ordena Joaquín. Leedme también esas palabras, quiero conocer lo que se ha escrito.

Obedecen sin tardar. Leen, mientras el rey escucha atentamente. Pero cuando oye que el Señor enviará sus castigos sus ojos brillan de ira, se enoja y dice:

–Dadme ese papel.

Luego toma un cuchillo y lo hace pedazos sobre el fuego. En pocos minutos las llamas han reducido a cenizas aquel papel. Inmediatamente da órdenes para que apresen a Jeremías y a Baruc. Pero... Sus soldados no son capaces de encontrarles. Podéis leer Jeremías 36:26.

El rollo ha sido consumido por el fuego. No importa. El Señor ordena de nuevo a Jeremías que tome otro rollo de papel y de nuevo Baruc lo escribe todo. Este segundo rollo no es quemado. Es imposible destruir la Palabra del Señor. Esa Palabra se mantiene, el mismo Señor es quien cuida de ello.

Jeremías 21, 27, 28

En el capítulo anterior vimos que Sedecías fue el último rey de Judá, vimos cómo murió el impío rey Joaquín y fue sepultado en una sepultura de asno.



El rey Joaquín destroza el libro de las profecías

El último rey, Sedecías, había prometido solemnemente a Nabucodonosor prestarle obediencia. Sin embargo, Sedecías rompió su promesa y se rebeló contra el poderoso rey de Babilonia el cual, al frente de su ejército, marchó contra Jerusalén.

El profeta Jeremías había prevenido al rey que no se rebelara, pero el rey no escuchó a Jeremías. El ejército babilónico acampa alrededor de Jerusalén. Los habitantes de la ciudad están angustiados al ver tan numeroso ejército, pero aún esperan que serán ayudados.

Un día los soldados babilónicos abandonan el cerco de Jerusalén y se retiran. Al cercar Nabucodonosor la ciudad de Jerusalén, Sedecías envió mensajeros al rey de Egipto, pidiendo ayuda. Ha esperado con ansia el regreso de los mensajeros. ¿Les ayudaría el rey de Egipto...? Sí, el rey de Egipto ha decidido ayudar a Sedecías. Reúne su ejército y se pone en marcha rápidamente hacia el país de Canaán para luchar contra Nabucodonosor y liberar Jerusalén.

Cuando Nabucodonosor se entera de que el ejército egipcio se avecina, dice a sus generales:

–No esperemos a que lleguen, salgamos a su encuentro y les detendremos.

Ésta es la razón por la que el ejército babilónico ha levantado el cerco de Jerusalén y se marcha hacia el sur.

Sedecías y el pueblo de Jerusalén tienen una gran alegría. Piensan que Nabucodonosor será derrotado por el rey egipcio.

Una vez más el profeta Jeremías recorre las calles de Jerusalén. Lleva un palo a sus espaldas del cual penden cadenas de hierro. ¿Qué significa eso...? ¿Por qué hace eso Jeremías...?

El pueblo que ve así al profeta se dirige a él y le preguntan:

–¿Por qué haces eso?

Jeremías responde:

–Así habla el Señor. Servid al rey de Babilonia y viviréis. Si no queréis servir a Nabucodonosor el castigo del Señor vendrá. Esperáis que será derrotado, pero no será así. Los egipcios serán vencidos y Nabucodonosor volverá y Jerusalén será nuevamente asediada.

Así habla Jeremías en nombre del Señor. Un hombre se adelanta hacia Jeremías. Es un profeta, eso es lo que dice, pero no es verdad, es un falso profeta. Es decir, un profeta que no ha sido llamado por el Señor. Se llama Hananías.

Se detiene ante Jeremías, sus ojos brillan, levanta la mano y grita para que todos puedan oírlo:

–Así dice el Señor: El rey de Babilonia será derrotado y se retirará deshonrado. Dentro de dos años todos los presos que están en Babilonia volverán.

¿Cuál de los dos profetas tiene razón? ¿Cuál de los dos está mintiendo...? La pregunta no es difícil para nosotros que ya sabemos lo que ocurrió. Podemos asegurar: «Jeremías es un profeta del Señor y Hananías es un falso profeta».

Pero los habitantes de Jerusalén están en una posición muy difícil, no saben lo que sucederá y desean que se cumpla lo que dice Hananías, pues es lo mejor para ellos.

Cuando Hananías termina de hablar se hace un gran silencio. Nadie dice ni una sola palabra; dirigen sus miradas de Jeremías a Hananías. Éste mira a su alrededor con aires de triunfador.

Tranquilamente Jeremías contesta:

–Esperemos a ver cuál de las dos profecías es cierta. Así veremos quién ha dicho la verdad.

Hanánías se burla de él. Coge el palo que lleva Jeremías a sus espaldas y lo rompe en dos partes que arroja ante Jeremías. Luego dirigiéndose al pueblo dice en tono triunfal:

–Así habla el Señor. Como he roto este palo, así será roto el yugo de Nabucodonosor. No temáis, Nabucodonosor será derrotado y no invadirá más nuestro país. Jerusalén no será asediada.

Jeremías no responde a estas palabras, se marcha. Muchos se ríen de él, otros se burlan. Sin embargo, el Señor defenderá a su siervo Jeremías.

Poco después vuelve Jeremías. El pueblo entiende que Jeremías quiere decir algo y se hace un profundo silencio.

–Así habla el Señor –dice Jeremías con voz grave– habéis roto una vara de madera, pero ahora traigo una palanca de hierro. Ésta no puede ser rota. Nabucodonosor volverá y vosotros tendréis que servir al rey de Babilonia a la fuerza.

Guarda silencio. Todos siguen silenciosos. Luego Jeremías se dirige a Hanánías y dice:

–El Señor no te ha enviado a ti, Hanánías. Eres un impostor. Mientes al pueblo. Como castigo a tu mentira morirás en este año.

Jeremías se marcha nuevamente. Sin duda sus palabras han causado un profundo sentimiento en todos. Lo que ha predicho Jeremías sucede. Dos meses más tarde Hanánías muere de repente.

Por medio de este cumplimiento el Señor hace ver al pueblo de Jerusalén que Jeremías es su siervo y no Hanánías.

Jeremías 37

–No te muevas, traidor –grita coléricamente un oficial que hace guardia a las puertas de Jerusalén. No te muevas. No trates de pasarte al enemigo. No te muevas.

Con firmeza coge al hombre que trata de salir de Jerusalén y le arrastra con violencia. ¿De quién se trata...? Seguro que ya lo habéis adivinado, se trata de Jeremías.

Las puertas de Jerusalén están abiertas, ya que el ejército babilónico levantó el cerco. Sin embargo, se sigue haciendo guardia, porque el peligro está latente.

Jeremías aprovecha esa oportunidad para abandonar Jerusalén. Quiere ir a su ciudad natal, Anatot. En la puerta es sorprendido por un oficial de la guardia, que le acusa de querer pasarse al enemigo. Con violencia niega moviendo la cabeza, mientras dice:

–No es cierto. Tu acusación es falsa.

Pero el oficial no le cree. A la fuerza hace que Jeremías le acompañe ante los príncipes de Jerusalén, donde vuelve a acusar al profeta.

Los príncipes al oírlo se enojan contra Jeremías quien trata de defenderse, pero no quieren escucharle. Ordenan que sea azotado y arrojado a un calabozo. Pese a su inocencia el profeta del Señor está en la cárcel. Pasan semanas y Jeremías sigue siendo maltratado.

Jeremías 37 y 38

Un día Jeremías es sacado de la cárcel y presentado ante el rey. Sedecías está temeroso porque el ejército de Nabucodonosor ha vuelto. Lo que Jeremías ha anunciado en el nombre del Señor se ha cumplido. El rey de Egipto ha sufrido una gran derrota. El ejército egipcio que había ido en ayuda de Sedecías ha tenido que huir a Egipto. Jerusalén nuevamente está cercada. El rey quiere hablar con Jeremías.

–¿Ha vuelto a hablar el Señor contigo? –pregunta Sedecías.

–Sí –responde Jeremías– el Señor me ha dicho que el rey de Babilonia tomará Jerusalén y tú serás tomado en cautiverio.

Jeremías dice la verdad.

–Señor –continúa el profeta– ¿por qué me han puesto preso?

¿Acaso no he dicho la verdad? Los falsos profetas te han engañado, pues el rey de Babilonia ha vuelto. No me llevéis a esa sombría mazmorra, pues en ella moriré.

El rey hace llevar a Jeremías a otra cárcel menos sombría, donde recibe mejor trato. Jeremías se siente feliz. Los soldados le vigilan, pero cada día vienen a él personas a pedir consejo. Jeremías les dice que deben rendirse, les aconseja que abandonen la ciudad y se entreguen a los soldados de Babilonia y así podrán conservar la vida. Si no lo hacen morirán, unos por la espada otros por el hambre o la peste.



Jeremías sacado del calabozo

Los víveres de Jerusalén se iban agotando, el hambre se extendía, los hombres se debilitaban, la peste se apoderaba de ellos.

Cuando los príncipes se enteran de lo que Jeremías aconseja al pueblo, acuden al rey y le dicen:

–Señor nuestro, debes matar a Jeremías, es un traidor y excita al pueblo. Si sigue así nuestro ejército perderá la moral.

El rey no se atreve a oponerse y les permite que hagan con Jeremías lo que mejor les parezca. Corren a la mazmorra, toman a Jeremías y lo arrojan a un pozo en el que no hay agua, sino cieno. Jeremías se va hundiendo poco a poco. ¿Morirá...?

Jeremías 38

Treinta hombres corren hacia el pozo en el cual Jeremías está a punto de perecer. Al frente va un etíope, es decir, un negro. Se llama Ebed-melec y es criado de Sedecías. Éste al conocer la suerte de Jeremías urgentemente se ha dirigido al rey y le ha prevenido seriamente para que no mate a Jeremías.

–Sácale de allí –le ha ordenado el rey.

Por esta razón acude corriendo al pozo. Arroja algunos trapos viejos y le dice a Jeremías que los coloque bajo sus sobacos para que la sogas no le haga daño. Así sacan a Jeremías del pozo. ¿No es una vergüenza que Jeremías tenga que ser salvado por un extranjero? Como recompensa el Señor hace saber a Ebed-melec que él no será matado por los soldados babilónicos.

Pero el rey no deja marchar a Jeremías. Nuevamente el profeta es puesto en la cárcel. De vez en cuando el rey envía a buscar al profeta para consultarle y siempre el profeta le recomienda que se rinda. Pero Sedecías no se atreve a hacerlo. Teme a los príncipes de Judá. Es un error que no escuche a Jeremías.

La ciudad es tomada. Sedecías trata de huir, pero es cogido y apresado. Le llevan ante Nabucodonosor y éste hace matar a sus hijos en su presencia y luego ordena que le sean sacados los ojos; y atado con cadenas es llevado cautivo a Babilonia.

Jeremías 39

En una de las colinas en las afueras de Jerusalén está sentado un hombre, llorando amargamente. Su rostro está húmedo por las lágrimas. ¿Por qué llora...?

Jerusalén está en llamas, las calles están rojas por la sangre de los vencidos. Ésta es la causa de su llanto. Es el profeta Jeremías que contempla la destrucción de Jerusalén. Vé cómo entre llamas se desploma el magnífico templo. Le duele tanta desgracia. Si el pueblo le hubiera escuchado, no habría sucedido.

Cuando Nabuzaradán, general de Nabucodonosor, ha terminado su horrible obra, abandona Jerusalén. Ya no es una ciudad, sino un montón de escombros humeantes. El ejército se vuelve a Babilonia.

Jeremías no va con ellos. Los soldados babilónicos le tomaron prisionero y atado con cadenas le arrojaron a la cárcel junto con los demás presos. Pero Nabuzaradán le hizo sacar de allí, y mandó soltarle las cadenas, trató a Jeremías con amabilidad y le dejó en libertad.

Miles de hombres, mujeres y niños son llevados cautivos a Babilonia. Sólo a los más pobres se les ha permitido quedarse en el país y sobre ellos, Nabucodonosor ha puesto un gobernador. Se llama Gedalías. Éste gobernará sobre el pueblo en lugar del rey de Babilonia.

—¿Qué quieres?—pregunta Nabuzaradán a Jeremías—¿venirte conmigo a Babilonia, donde me cuidaré de ti o quedarte aquí? Puedes hacer lo que mejor desees.

Este general sabía que Jeremías no estaba de acuerdo con que Sedecías se hubiera rebelado contra el rey de Babilonia. Sabía que Jeremías no era un rebelde. Por eso permite al profeta del Señor que decida libremente.

Jeremías prefiere quedarse con su pueblo, no desea ir al país enemigo donde podría vivir cómodamente. Él no es un traidor, ama a su pueblo y a su patria.

—Está bien—dice Nabuzaradán— quédate, pues, aquí.

Da un regalo a Jeremías y le deja marcharse. El Señor ha salvado de la muerte a su fiel servidor.



Jeremías, lora ante Jerusalén

Jeremías 40, 41, 42, 43, etc.

Jeremías recibe una visita. Algunas personas llegan a su casa. Se trata de unos judíos que habían recibido el permiso de quedarse a vivir en su país. Sus rostros están serios, están temblando.

Ha ocurrido algo muy grave. El gobernador Gedalías, a quien nombró Nabucodonosor, ha sido asesinado vilmente por un hombre llamado Ismael. Ésta es la razón por la que aquellos hombres están temblando de miedo. Temen que el rey de Babilonia se encolerice y piense que ellos han matado al gobernador y para vengarse los mate. Quieren huir a Egipto.

Sin embargo, antes de huir desean conocer la opinión de Jeremías. Desean que Jeremías pida consejo al Señor por ellos.

–Pide al Señor cómo debemos obrar –suplican.

Creen que el Señor aprobará su decisión y les dejará partir a Egipto y hasta es posible que el mismo Jeremías les acompañe.

–Ésta es la palabra del Señor –dice Jeremías– no vayáis a Egipto porque entonces el Señor no os bendecirá. Quedad en este país, que el rey de Babilonia no os hará ningún daño. Comprenderá que vosotros no sois los asesinos. Pero si vais a Egipto moriréis, puesto que Nabucodonosor irá a Egipto y moriréis.

¿Siguen el consejo de Jeremías? Habían prometido acatar la palabra del Señor, pero se enojan contra Jeremías. No esperaban esa respuesta y le dicen con aspereza:

–Eres un mentiroso. Quieres arruinarnos. Quieres entregarnos en manos de Nabucodonosor.

No obedecen. Al unísono dicen:

–Iremos a Egipto. Allí estaremos seguros. Si vamos allí viviremos, si nos quedamos aquí moriremos.

Tuercen el sentido de la palabra del Señor.

Se ponen en marcha y llevan con ellos a Jeremías, le obligan a hacerlo. Tras un largo viaje llegan a Egipto.

En Egipto Jeremías amonesta de nuevo al pueblo y le dice:

–Nabucodonosor vendrá a Egipto con su poderoso ejército. El rey de Egipto será vencido y el rey de Babilonia os dañará.

Poco tiempo después Nabucodonosor con su ejército invade Egipto, los soldados egipcios son derrotados y el país es conquistado por el rey de Babilonia.

Todo lo predicho por Jeremías nuevamente se cumple.

¿Qué ocurrió con Jeremías? Con seguridad no podemos saberlo ya que no está escrito en la Biblia. Es muy posible que fuera apedreado por su pueblo en Egipto. Esto es al menos lo que dicen la mayoría de los historiadores.

Jeremías ha llevado una vida difícil, ha conocido muchas penas a lo largo de su vida. Muchas veces ha sufrido por los pecados de su pueblo, por la impiedad y la indiferencia de su pueblo, porque no han querido escuchar la palabra del Señor. Por esta razón el título de este capítulo es: «Un profeta en...».

Ahora ya no sufre, ahora canta con alegría en honor de Dios, ya no llora más, ahora goza de la eterna bienaventuranza.

Hemos visto la historia de los reyes de Israel. Todos eran impíos.

Hemos visto también la historia de los reyes de Judá, de ellos algunos fueron temerosos de Dios. También hemos visto la gran bondad del Señor para con el pueblo judío.

Les ha advertido durante años, durante siglos, por medio de sus siervos los profetas. Ha sido paciente esperando que escucharan su voz. Sin embargo, no han querido escuchar. Abandonaron al Señor y se fueron tras los ídolos. El Señor les ha castigado severamente. Primero el reino de las diez tribus fue llevado cautivo a Asiria. Ahora el reino de la dos tribus es deportado a Babilonia.

En el capítulo anterior vimos las consecuencias del pecado. Vemos que el pecado puede destruir a un pueblo, a un país. Los pecados son siempre castigados. Dios no puede dejar sin castigo el pecado.

Nosotros también somos pecadores y lo malo es que muchas veces no queremos reconocerlo. Lo peor es que muchas veces pecamos con gusto. La palabra de Dios nos dice que: «estamos muertos en pecados y delitos».

Sólo hay un remedio para que podamos ser librados del castigo eterno. Ese remedio es... el Señor Jesús. Él murió en la cruz para librar a sus elegidos, para salvar a su pueblo del pecado. También para salvar a su pueblo del castigo del pecado.

Por esto deseo que el Señor santifique vuestros corazones, que los limpie y los renueve por la sangre del Señor Jesús.

Que el Señor os lo conceda.

Capítulo 113

===== EL PROFETA EZEQUIEL =====

Libro de Ezequiel

Caps. 1 a 4, 37, 45, 47 y 48

Repartidos por la geografía nacional hay unos grandes edificios, con siluetas muchas veces sombrías; son las prisiones. Muchos de estos edificios están circundados por altos muros coronados con alambres de espino. Gruesas puertas cubiertas de hierro están permanentemente cerradas. Dentro de estos edificios viven cientos o quizás miles de hombres. Se trata de personas que han cometido algún delito: robos, asesinatos, etc.

Es algo lamentable que tengan que existir prisiones. En la actualidad se hace bastante en pro de los presos. Se les ofrece la oportunidad de que puedan realizar algún trabajo, existen algunos presos en régimen «abierto». Pero en definitiva, no son libres, siguen estando prisioneros. Muchos siguen en sus celdas sentados, mirando a un punto indeterminado. Unos tal vez piensen en su esposa e hijos que están sufriendo las consecuencias de su prisión, otros, quizá, piensan en sus padres apenados por causa de tantos disgustos que les han dado. Otros tal vez piensen en cuando eran libres y podían estar con su familia, pasear, jugar con sus hijos o con su esposa. Pero, ¿sabéis que es lo peor para esa gente...? Que la situación que están sufriendo es por su propia culpa, realmente han sido ellos con sus actos quienes la han provocado.

Unos se enojan y protestan porque piensan que el castigo es demasiado severo, creen que no han merecido tal castigo. Quizás entre ellos hay algunos que caen de rodillas y confiesan su culpa a Dios, pidiendo perdón. Tal vez exista solamente uno que se arrepienta de su crimen y llorando lamente sus pecados. Éstos no se quejan, son conscientes de que han merecido esa condena. Pero estas personas son muy pocas.

Los habitantes de Judá y Jerusalén habían sido llevados a Babilonia, país muy lejano. No fueron llevados de una sola vez, no, hubo tres deportaciones, como recordaréis.

La primera deportación acaeció durante el reinado de Joacim, cuando Nabucodonosor se llevó a los príncipes del pueblo judío a Babilonia.

La segunda deportación tuvo lugar unos años más tarde, durante el reinado de Joaquín. En ésta fueron deportados a Babilonia diez mil personas, escogidas entre los príncipes, los soldados más valientes, los carpinteros y los herreros. De esta forma Nabucodonosor privaba al pueblo que seguía en Judá, de sus compatriotas mejores y de los profesionales más necesarios. Sólo el pueblo más pobre podía quedar en el país. Todas estas personas deportadas tenían que vivir en Babilonia como exiliados, lejos de la patria amada. Tendrán que trabajar no para ellos, ni para su propio pueblo, sino para el enemigo. Con gran tristeza en sus almas han recorrido el largo camino hasta llegar extenuados a Babilonia.

Por fortuna, Nabucodonosor no los encierra en siniestras prisiones, se establecen la mayoría en las cercanías del río Quebar, pero realmente son prisioneros de Nabucodonosor.

En tan lejano país todo es extraño para ellos, recuerdan con nostalgia su patria, su ciudad de Jerusalén, el tiempo en que eran libres. ¿Cantar...? No, esos exiliados no cantan. Han colgado sus arpas en los sauces y están de luto.

Los babilonios se burlan de ellos y les preguntan en tono irónico si quieren cantarles algún cántico de su tierra, algunos himnos que solían cantar cuando caminaban hacia Jerusalén con ocasión de las grandes solemnidades, alguno de los himnos de Sión. Pero les es imposible. ¿Cómo podrán cantar si sus corazones están llenos de penas y lamentos?

Leed el Salmo 137. No dejéis de hacerlo.

Lo peor de todo es que esta situación tan triste es por culpa de ellos mismos. Es el castigo del Señor que ha llegado como consecuencia de haber abandonado a Dios y haber servido a los ídolos. Han sido acreedores de ese castigo. Pero no lo quieren reconocer. Piensan que es un castigo demasiado severo. Piensan con celos en los judíos que han podido quedar en el país y murmuran:

—¿Por qué teníamos que ser transportados nosotros a Babilonia y los otros pueden quedarse viviendo allí?

Eso no les parece justo. Esperan que Jerusalén no será destruida y que ellos podrán regresar pronto a la patria.

Un día reciben cartas enviadas desde Jerusalén. Apresuradamente rompen los sellos y las leen; cuando leen les embarga la alegría, sus ojos brillan de gozo. Esas cartas dicen: «No temáis. Dentro de dos años Nabucodonosor será derrotado y vosotros volveréis a vuestro país, en Jerusalén».

Es una buena nueva. Si fuera de verdad. Sí, es verdad, en las cartas se dice que es palabra del Señor. Esas cartas las han enviado unos profetas que viven en Jerusalén. Pero... esos pobres exiliados no saben que les engañan, desconocen que esos profetas que han escrito las cartas no son profetas del Señor, son falsos profetas.

Sin embargo el Señor les advertirá acerca de esas mentiras. El Señor les manifestará que Jerusalén sí será destruida. No volverán pronto a su patria, sino que tendrán que permanecer en Babilonia muchos años como castigo por muchos y graves pecados.

Poco después, los exiliados en Babilonia reciben otra carta. Ha sido escrita por el profeta Jeremías y les previene contra los falsos profetas que no han sido llamados por el Señor y están usando el nombre del Señor.

Les dice que Nabucodonosor no será derrotado, sino que volverá a Jerusalén y el templo será destruido. Pero no creen a Jeremías, éste está muy lejos y no puede escribirles más cartas. Sin embargo, Dios hará que un profeta se dirija a ellos, es un profeta que está entre ellos, que ha sido llevado cautivo. Este profeta no les escribirá cartas les hablará personalmente.

Predicará entre ellos. Tal vez así crean a ese profeta. ¿Que quién es...? El profeta Ezequiel.

Ezequiel era sacerdote y, por tanto, descendiente de Aarón. Había sido llevado cautivo a Babilonia. Era uno de los diez mil judíos deportados por Nabucodonosor en la segunda deportación.

También el profeta Ezequiel está sentado a las orillas del río Quebar junto con sus compatriotas.

En este país extranjero y enemigo, el Señor le llama al oficio de profeta. No se ha constituido por sí mismo profeta, sino que ha recibido la llamada del Señor.

Un día Ezequiel ve algo maravilloso. Contar todo lo que el Señor le muestra es demasiado difícil. Trataremos de hacerlo. La Biblia nos dice que se abrieron los cielos. El profeta escucha un gran vendaval y ve una gran nube en la cual brilla un gran fuego. En esta inmensa brasa de fuego distingue cuatro animales; y debajo de esos cuatro animales, el Señor le muestra grandes ruedas.

Ve manos humanas debajo de sus alas. Encima de la nube, de los animales y de las ruedas, ve un hermoso trono en el que está sentada una figura. Todo brilla y reluce. La gloria celestial resplandece alrededor. Ezequiel siente la presencia de Dios. Con profundo respeto cae sobre su rostro. No se atreve a mirar. De repente oye una voz, es la voz del Señor que le habla. ¿Qué le dice el Señor...?

Ezequiel tiene que predicar, predicar a su pueblo que sufre la cautividad en Babilonia. Sin embargo, el Señor le dice de antemano que no le escucharán, no darán crédito a sus palabras, le despreciarán y se burlarán de él.

Ezequiel tendrá una vida difícil, pero no debe temer, pues el Señor le ayudará.

Ezequiel, obediente a la voz del Señor, se pone a predicar. Siempre en nombre del Señor, anuncia a los judíos, presos en Babilonia, que Jerusalén será destruida. Les dice que las cartas que han recibido desde Jerusalén estaban llenas de mentira y engaño.

El Señor le manda que tome una piedra y le mostrará lo que ha de suceder. En esa piedra tiene que dibujar una ciudad, pero

una ciudad rodeada de poderosos ejércitos. Luego debe dibujar catapultas que baten los muros de la ciudad.

–Ved –dice a los judíos que le observan con sorpresa –ved, de esta manera será asediada Jerusalén.

Incrédulos se encogen de hombros, no creen que Ezequiel sea un siervo de Dios ni que lo que anuncia lo haga en el nombre del Señor. Sin embargo, pese a su incredulidad, sucede. Once años más tarde Jerusalén es destruida y llegan los demás judíos deportados a Babilonia. Es la tercera deportación. Han visto que Ezequiel dijo la verdad y que los otros eran falsos profetas. Los miles de judíos que están en Babilonia están



Ezequiel dibuja el asedio de Jerusalén

desalentados. Esperaban que Jerusalén no sería destruida, pero la ciudad y el templo han sido incendiados. No quedan más que escombros. Habían esperado volver pronto a Jerusalén, pero ha sido un fracaso, y hasta los demás judíos que quedaban allí han sido deportados. Ya todo está perdido.

Pero el Señor envía nuevamente a Ezequiel a ese pueblo desanimado con otro mensaje. Y el Señor muestra a Ezequiel otra cosa.

Ve un gran valle en medio de un campo árido, sin vegetación, lleno de arena. Ese valle está lleno de huesos, esqueletos de hombres. Ezequiel tiene que predicar a esos huesos.

Parece una tontería, pues esos huesos no pueden oír y esa predicación de Ezequiel será inútil, ¿no...?

Se opera un gran milagro. Cuando Ezequiel comienza a predicar a esos huesos, éstos recobran la vida, resurgen del polvo.

–Ve a hablar sobre esta visión al pueblo judío –le ordena el Señor– ve a dar ánimos a ese pueblo triste y desanimado.

El profeta obedece.

¿Qué quiere decir todo esto...?

Es como si el Señor quisiera decir al pueblo judío:

–Pensáis que todo está perdido. Pero Yo vivo todavía, obraré milagros, os haré volver a vuestro propio país. Pensáis que vais a morir en Babilonia, pero no sucederá. A mi hora Yo abriré la prisión y vosotros saldréis libres. Para vosotros es imposible hacerlo, pero lo haré Yo. Soy Todopoderoso. Pueblo mío, cree en estas palabras y recobra el ánimo.

Es una buena nueva para los pobres judíos que están cautivos, pero no lo creen. Dicen:

–Ahora ya no es posible hacerlo.

Dudan de la Omnipotencia de Dios. Rechazan la predicación del Señor, pero el Señor les hablará aún más claramente por Ezequiel.

El Señor muestra otra visión a su siervo.

Ezequiel ve una gran ciudad, en medio de ella hay un magnífico templo. Alrededor de la ciudad corre un río y en sus orillas crecen hermosos árboles cargados de deliciosos frutos. Da gusto verlo. Por medio de esta visión el profeta Ezequiel ha de hablar a su pueblo. El Señor quiere decirles:

—Pueblo mío, no te desanimes. Es verdad que Jerusalén ha sido destruida, pero no temas, Jerusalén será reedificada, el templo resurgirá de nuevo.

Vuestros campos están asolados y desiertos, cubiertos de malas hierbas, pero nuevamente serán labrados, el trigo crecerá, las viñas darán frutos, los árboles se cargarán de frutos abundantes. Con alegría recogeréis las cosechas. Alégrate, pueblo de Israel, mira con esperanza el futuro.

Amigo, así ha predicado Ezequiel en Babilonia. Primero ha amonestado al pueblo, luego le ha consolado y animado. Todo lo que Ezequiel ha predicho se ha cumplido.

Los judíos regresaron de nuevo a su país. Jerusalén y el templo fueron reconstruidos. Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob se ha acordado de Su pacto y les ha librado de Babilonia. El Señor ha cumplido Su palabra, Él es fiel, lo que dice lo cumple, lo que promete lo da.

Ezequiel ha seguido predicando hasta su muerte, algunos dicen que fue asesinado, pero no podemos afirmarlo.

Una cosa sí podemos decir y es que Ezequiel ahora está gozando delante del trono de Dios, libre de penas y tristezas, viviendo en la gloria eterna.

Su cuerpo será resucitado en el último día y entonces en alma y cuerpo glorificará por siempre a Dios.

Esas visiones de Ezequiel tienen vigencia para nosotros, amigos. Nosotros no podemos convertirnos por iniciativa propia, pues estamos muertos en pecados y delitos. Esos huesos no podían darse vida a sí mismos, pero Dios lo hizo después de la predicación de Ezequiel.

Nosotros tampoco podemos darnos vida a nosotros mismos, pero Dios puede hacerlo después de la predicación de sus siervos. Por ello os invito a que no dejéis de asistir a los cultos. Pedid al Señor que os despierte del sueño de la muerte por medio de Su Palabra y de Su Espíritu.

Capítulo 114

HONRARÉ

===== A LOS QUE ME HONREN =====

Daniel 1

La capital del imperio gobernado por Nabucodonosor era una ciudad magnífica. Gruesos muros la circundaban, altos como una torre y tan anchos que por ellos podían correr cuatro carros en paralelo. Había en ella espléndidos palacios y templos hechos construir por Nabucodonosor, quien también ordenó construir unos hermosos jardines colgantes. Jardines apoyados en columnas. Dentro de los muros de la ciudad había hasta extensos huertos. Era, por tanto, la ciudad más grande y rica de todo el imperio. No es de extrañar que tanto Nabucodonosor como todos los babilonios estuvieran orgullosos de su capital.

Los edificios más hermosos eran el palacio del rey y el templo de Bel, dios principal del imperio babilónico.

Sus calles siempre eran un hervidero de gentes, comerciantes que trataban de vender sus mercancías, paseantes, siempre había una agradable animación. En la capital vivían también algunos de los judíos que habían sido deportados, como cautivos de Nabucodonosor.

Pese a que la ciudad era más grande y hermosa que Jerusalén, estos judíos se sentían extraños en la ciudad; tenían gran nostalgia de su patria. Habían llegado allí en la primera depor-

tación bajo el reinado de Joacim. Eran algunos de los judíos nobles. La Biblia nos dice que eran de estirpe real, es decir, príncipes. Pero en Babilonia no vivían como príncipes precisamente, ni estaban solos, allí había otros príncipes de todos los países que Nabucodonosor había sometido a su dominio.

Un día Nabucodonosor envía al jefe de los eunucos para que, de entre todos estos cautivos, escojan a tres jóvenes que sean sanos, fuertes e inteligentes. Éstos vivirán en el palacio real y recibirán enseñanzas de la lengua y cultura babilónicas, para después servir al rey como cortesanos.

Nabucodonosor se siente muy orgulloso de todas las grandes victorias y quiere rodearse de todos los nobles de cada una de las naciones a las que ha sometido. Será un gran honor para él.

Los jóvenes mejores de todas las naciones vencidas son escogidos y llevados al palacio real. Entre ellos hay también cuatro judíos: Daniel, Ananías, Misael y Azarías.

Sí, de Daniel ya hemos oído hablar pero los otros tres nos son desconocidos, antes no hemos oído hablar de ellos. Sin embargo, estos tres jóvenes no son desconocidos para vosotros, ya lo veréis.

Nabucodonosor cambia sus nombres por nombres babilónicos. Ananías se llamará Sadrac; Misael será llamado Mesac y Azarías recibe el nombre de Abed-nego. Es posible que ahora os deis cuenta de que ya habéis oído hablar de ellos ¿no?

Daniel también recibió otro nombre, en adelante se llamaría Beltsasar que era el nombre del dios de Nabucodonosor. Creemos que es mucho más hermoso Daniel ¿verdad? A Daniel le seguiremos llamando por su propio nombre, sin embargo, a sus tres compañeros les llamaremos: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Se ha producido un drástico cambio para todos estos jóvenes. Se les viste con hermosos trajes babilónicos, cada día les sirven los más exquisitos manjares, igual que los que se servían al rey; comían, pues, de la mesa real. La mayoría de los jóvenes se deleitaban con estos manjares.

He dicho «la mayoría», lo que indica que había algunos que no deseaban comer estos manjares, eran Daniel y sus tres compañeros. ¿Por qué...?

En primer lugar porque esos manjares habían sido sacrificados a los ídolos y bendecidos por los sacerdotes paganos. Eran, pues, sacrificados a los ídolos. Por esta razón los cuatro jóvenes no querían comer estos alimentos. No podían comer viandas sacrificadas a los ídolos, pues Dios lo prohibía en sus leyes. Es posible que en muchos casos fuera carne de animales impuros, que también estaba prohibido por la ley de Dios.

Podrían haberlo comido sin que nadie se enterase, ya que estaban a gran distancia de Jerusalén; ni su pueblo, ni sus padres, ni sus parientes podrían verlo. Nadie se enteraría de ello. ¿No hubiera sido mejor comer y callar? Quizá su postura podría acarrearles problemas, porque además estaban en el palacio del rey de un país enemigo.

¿No os ocurre a veces que cosas que no os atrevéis a hacer en casa, las hacéis en la calle, donde vuestros padres no os ven? Con frecuencia muchos jóvenes se apartan de los senderos del Señor cuando marchan a trabajar a una ciudad lejos de sus padres y familiares, con quienes antes acudían a la Iglesia; pero ahora en una ciudad donde nadie los conoce en lugar de seguir asistiendo a la Iglesia marchan al cine, fútbol u otras diversiones. Ahora sus padres no pueden verlos. Pero no se dan cuenta de que Dios sí lo ve todo.

Tal vez vosotros estáis pensando que no lo haréis nunca. No penséis que os podréis mantener por vuestras propias fuerzas. Orad al Señor para que Él os guarde del pecado.

Daniel y sus tres amigos temen a Dios y no quieren pecar contra el Señor transgrediendo sus mandamientos, aunque nadie los viera. No querían afligir al Señor.

Daniel se dirige al príncipe de los eunucos, encargado de cuidarles y le dice:

—Permitidnos que no comamos de estos manjares, pues el Señor nos lo ha prohibido en sus leyes.

Con gran ansiedad espera una respuesta.

El cortesano de Nabucodonosor pone una expresión seria y duda.

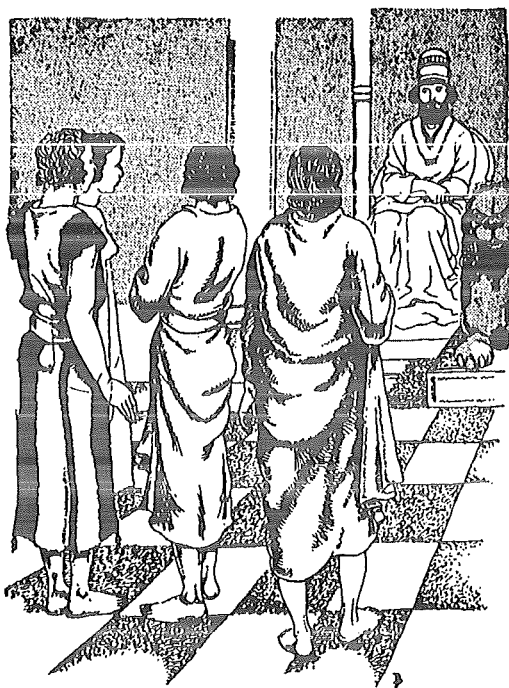
—El rey me ha dado órdenes sobre aquello que debéis comer —dice— si os doy otra comida y vuestros rostros palidecen y enflaquecéis el rey preguntará la causa de ello y cuando sepa

que no he seguido sus órdenes se enojará y quizás ordene matarme. No puedo hacerlo.

Él está bajo las órdenes del rey y debe obedecer o le costará la vida.

-Señor, puedes hacer una prueba -persiste Daniel- danos durante diez días otras comidas, verduras y legumbres y agua para beber. Si después de diez días estamos flacos y débiles, entonces comeremos la comida real.

El jefe de los eunucos no se enoja contra Daniel por insistir, al contrario, aprueba la propuesta de Daniel. Durante diez días



Los jóvenes judíos ante Nabucodonosor

Daniel y sus compañeros sólo comen de los frutos del campo y agua para beber, no comen carnes, ni grasas, ni vino.

¿Cuál es el resultado...? Daniel y sus compañeros tienen mejor aspecto que los demás jóvenes. El Señor ha bendecido esa frugal comida. Durante esos diez días los cuatro jóvenes adquieren un aspecto mucho mejor que los restantes.

¿Acaso, jóvenes, envidiáis a otros que pueden comer mejor que vosotros? No lo hagáis, el Señor puede bendecir las comidas más frugales como nos demuestra el caso de los jóvenes judíos.

Cuando el jefe de los eunucos se da cuenta de que Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego tienen mejor aspecto que los demás príncipes, decide que en adelante pueden seguir comiendo los alimentos que ellos piden.

El Señor bendijo grandemente a estos jóvenes y pudieron estudiar y aprender con gran diligencia la cultura y la lengua de Babilonia.

¿Os esforzáis también vosotros en vuestros estudios? Los perezosos no pueden contar con la bendición del Señor. El Señor nos pide que hagamos nuestro trabajo lo mejor posible. Es nuestro deber y si no lo hacemos estamos pecando.

Pasados tres años, estos jóvenes han de ser presentados al rey. Nabucodonosor desea saber si han estudiado bien, quiere examinar los conocimientos que han adquirido. Habla con ellos y les pregunta acerca de muchas cosas y comprueba que precisamente los cuatro jóvenes judíos son los más inteligentes. Responden a todas sus preguntas, son más inteligentes que los propios profesores. El rey les alaba, pero Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego no se enorgullecen por ello; no, dan la honra a Dios, pues saben que ha sido el Señor quien les ha dado esa sabiduría.

Capítulo 115

UN SUEÑO OLVIDADO

Daniel 2:1-25

En el salón del palacio de Nabucodonosor hay muchas personas reunidas. Hay un silencio cortante, nadie se atreve a despegar los labios. Todos aquellos rostros reflejan una expresión sombría, algunos están pálidos, todos tiemblan. Durante unos segundos levantan tímidamente la mirada, pero de inmediato vuelven a bajarla; nerviosos y tristes se encogen de hombros.

Delante de ellos, sentado en su majestuoso trono, está Nabucodonosor, el poderoso rey de Babilonia. También está en silencio, también está temblando. Pero no tiembla de temor, sino de cólorea, sus ojos brillan por la irritación.

—¿Aún debo seguir esperando? —exclama. Responded a lo que os he preguntado.

Nuevamente se hace silencio, luego una voz balbuciente dice:

—Rey y Señor, nos preguntas demasiado. No podemos dar-te la respuesta. Sólo los dioses pueden hacerlo.

¿Habéis oído...? Hablan de «dioses», no saben nada mejor, son paganos. Nabucodonosor se enfurece y grita:

—Tenéis que darme una respuesta, de lo contrario ordenaré mataros a todos. Os cortaré en pedazos, demoleré vuestras casas y serán convertidas en estercoleros. En cambio, si me dais una respuesta satisfactoria os pagaré bien y seréis ricos.

Calla y espera la respuesta. Hay silencio, los reunidos se encogen de hombros, no pueden dar respuesta a la pregunta del rey.

-Todos seréis matados -dice el rey encolerizado.

¿Quiénes son todos esos...? ¿Qué les ha preguntado Nabucodonosor...? ¿Por qué no le pueden responder...?

Esa misma mañana Nabucodonosor se había levantado después de haber pasado una mala noche, había soñado mucho. Parece que es algo sin importancia, ya que todos soñamos muchas veces, unas veces soñamos cosas agradables y otras cosas de miedo. Sin embargo, Nabucodonosor piensa que su sueño tiene algo de especial. Pero lo malo es que ha olvidado el sueño, no es capaz de recordar nada de lo que ha soñado. Trata de recordar, pero todo resulta inútil, no obstante, ese sueño extraño y a la vez maravilloso, tiene que tener un significado. Acaba de levantarse y está cansado de tanto pensar.

Se le ha ocurrido que puede consultar a los sabios, a los magos, a los astrólogos y hechiceros y ellos podrán ayudarle. Éstos podrán decirle cuál ha sido el sueño y le podrán explicar lo que el sueño significa. Si éstos pueden decirle el sueño, podrá creer la explicación que le den ya que estará seguro de que no han urdido ninguna mentira. Da órdenes y rápidamente los mensajeros salen para llamar a los sabios y hacerles venir a palacio.

Poco después muchos sabios entran en el salón del palacio ansiosos de saber el motivo de la convocatoria.

Cuando están casi todos reunidos, el rey comienza a decir:

-Esta noche he soñado y estoy desconcertado porque no sé lo que significa el sueño.

-Oh rey, para siempre vive -resuena la respuesta. Dinos el sueño y te diremos su significado.

El rey sonríe.

He olvidado el sueño -dice Nabucodonosor- vosotros debéis recordarme el sueño y darme una explicación. Si no me decís lo que he soñado será la prueba de que me engaños. Si me engaños no os mantendré más a mi servicio, sino que seréis matados.

Los sabios se miran los unos a los otros y por segunda vez dicen:

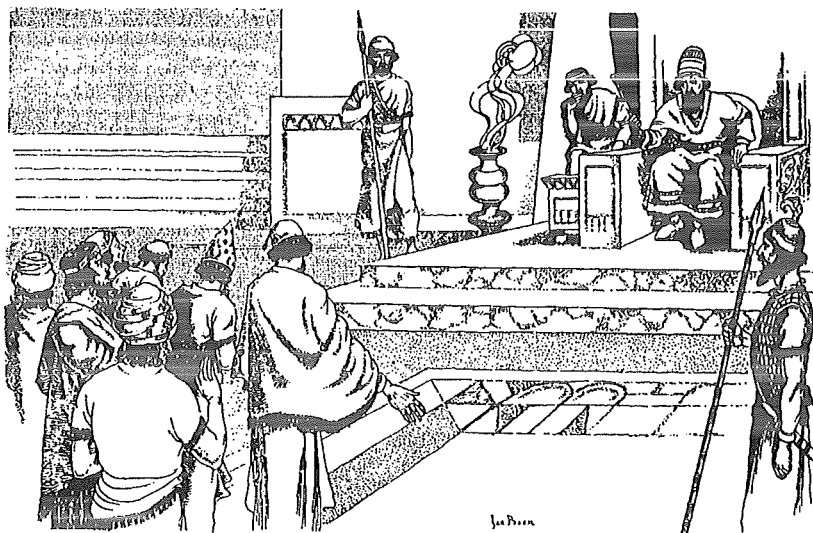
–Dinos el sueño y te diremos su significado.

–Os he dicho que lo he olvidado –responde con enojo el rey. Tenéis que recordarme el sueño y darme su explicación. No déis más vueltas, haced lo que os he ordenado. Tratáis de ganar tiempo para ver si el sueño viene a mi mente.

Amigos, ésta es la causa por la que todos los hombres están asustados. No podían contestar a la pregunta del rey y ahora todos van a ser matados por orden del rey.

La Biblia dice: «Y se publicó el edicto de que los sabios fueran llevados a la muerte».

Un oficial de la guardia real con sus soldados debe encargarse de ejecutar tal edicto. Ignoramos el número de ellos, pe-



*El sueño de Nabucodonosor
no puede ser interpretado*

ro no todos pierden la vida ya que inesperadamente hay salvación.

También Daniel y sus tres amigos son de esos sabios, también ellos son buscados por los soldados. Sin embargo, Daniel es inocente ya que él no ha estado presente en la convocatoria del rey. La Palabra de Dios no nos dice por qué estaba ausente.

Cuando Daniel se entera de lo que sucede corre al oficial que ha de llevar a cabo la orden del edicto y le pregunta:

-¿Por qué causa ha publicado el rey este edicto?

Arioc, el oficial real, en pocas palabras le explica lo sucedido.

Seguidamente Daniel se dirige a Nabucodonosor y le dice con cortesía:

-Señor, dame un poco de tiempo y responderé a tu pregunta.

El rey escucha a Daniel y le concede un tiempo. Daniel se marcha a casa.

Quizás penséis que Daniel lo ha dicho para dejar que el tiempo pase, porque él tampoco puede responder a tal pregunta.

Daniel tampoco puede responder, pero hace otra cosa, cae de rodillas en su habitación y pide ayuda al Señor.

Antes se lo ha dicho a Sadrac, Mesac y Abed-nego para que también ellos pidan socorro al Señor, pues el Dios del cielo y de la tierra, Su Dios es Omnisciente.

Sus ruegos son atendidos por el Señor. De noche, cuando Daniel está en su cama pensando en el tema, ya no puede dormir, el Señor le muestra el sueño de Nabucodonosor. También le muestra el significado de ese maravilloso sueño. Daniel, en el silencio de la noche, da gracias al Señor, al Omnipotente y Omnisciente.

Daniel 2:26-49

-Bien, ¿podrás tú mostrarme el sueño que tuve y su significado? -dice Nabucodonosor, mientras mira a Daniel que está delante de él.

—No, rey y Señor, —responde con franqueza— no lo pueden los sabios ni los magos, ni los astrólogos, ni los hechiceros. Yo tampoco soy capaz. Sin embargo, hay un Dios en los cielos y Él me ha mostrado por un sueño lo que sucederá después de tu muerte.

Daniel es muy sincero, no dice que él pueda hacerlo, sino que da toda la gloria a Dios.

En el salón se hace un profundo silencio. El rey y sus numerosos cortesanos están deseosos de saber si Daniel puede en realidad explicar el secreto. También vosotros estáis curiosos, ¿verdad?

—Señor mío —comienza— al acostarte esa noche no pudiste coger el sueño, sino que meditabas sobre lo que habría de suceder después de tu muerte. Pensando en ello te quedaste dormido y después soñaste. En tu sueño viste una gran imagen, una estatua colosal estaba ante ti. La cabeza de esa imagen era de oro fino, sus pechos y brazos eran de plata, su vientre y muslos eran de cobre, sus piernas de hierro, sus pies en parte de hierro y en parte de barro cocido. Esa imagen brillaba por los rayos del sol.

De repente una piedra llegó rodando. Esa piedra fue cortada de un monte, pero tú, oh rey, no viste manos que lo hicieran. Rápidamente esa piedra rodó directamente en dirección a la imagen. La hirió. La formidable imagen tembló, vaciló y... cayó. El sol temblaba por el ensordecedor golpe. La piedra desmenuzó el oro, la plata, el cobre, el hierro y el barro reduciéndolos a polvo fino que fue soplado por el viento. Nada quedó de esa hermosa imagen. En cambio, esa piedra misteriosa y extraña, fue creciendo más y más y se hizo como un gran monte que llenó la tierra. Éste, rey Nabucodonosor, es tu sueño.

Daniel ha hablado con toda tranquilidad. Todos le han escuchado en profundo silencio. El rey está inmóvil en su trono, sin quitar la mirada de Daniel. Sin embargo, por la expresión de su rostro, puede deducirse que Daniel está diciendo la verdad.

Sí, ahora Nabucodonosor se acuerda de todo el sueño. En su pensamiento está esa colosal imagen. De nuevo está impre-

sionado por el sueño, lo ve con toda claridad en su mente. Seguidamente Daniel continúa:

-Ahora te diré lo que significa ese sueño. Tú, oh rey, eres esa cabeza de oro. El Señor te ha dado poder sobre muchos reinos. Pero tu reino no existirá siempre. Después de ti se levantará otro reino que no será tan poderoso como tú. También este segundo reino perecerá y le seguirá un tercer reino que dominará la tierra entera. Después vendrá un cuarto reino que será duro como el hierro, es decir, todos los reinos anteriores serán vencidos por este cuarto reino. Pero cuando domine este cuarto imperio, Dios levantará un reino maravilloso que no perecerá, sino que permanecerá para siempre. Por eso, en tu sueño, has visto una piedra que fue cortada no por mano, que desmenuzó y destruyó todo. He aquí, oh rey, tu sueño y su significado, que es fiel.

Por un momento reina el silencio, todos están impresionados. Nabucodonosor está mudo de asombro... se levanta de su trono y cae de rodillas ante Daniel, inclina su rostro hasta el suelo. Adora a Daniel.

No, Nabucodonosor, el honor no es para Daniel, sino para el Dios de Daniel. Daniel así se lo dice a Nabucodonosor. Lo tenemos en la Biblia y podemos ver lo que el rey contestó a Daniel:

-Ciertamente que el Dios vuestro es Dios de dioses y Señor de señores.

Nabucodonosor confiesa abiertamente que el Dios de Daniel es más fuerte y poderoso que sus dioses. Sus dioses no habían podido decirle el secreto ni declararlo; el Dios de Daniel sí lo hizo. Después Nabucodonosor dio muchos regalos a Daniel y le puso por jefe de todos los sabios de Babilonia.

Ese exiliado judío llega a ser honrado y goza de gran consideración en el imperio babilónico.

Daniel no se olvida de sus tres compañeros e intercede por ellos ante el rey. El rey le escucha y Sadrac, Mesac y Abed-nego obtienen un puesto en el gobierno de Babilonia.

No podemos dudar de que estos cuatro judíos no han olvidado a su pueblo y han tratado bien a los demás judíos que estaban en Babilonia. De esta forma el Señor ha mirado por ese

pueblo ingrato y pecador y ha dirigido las cosas de tal forma que tuvieran poderosos protectores en el país enemigo.

Tal como Daniel explicó en el sueño, así sucedió.

Esa cabeza de oro era Nabucodonosor, rey de la poderosa Babilonia. El pecho y los brazos representaron al reino de los medo-persas. Luego vino el poderoso Alejandro Magno, que gobernó en Macedonia y que está representado por el vientre y los muslos de cobre. Los pies de hierro, mezclado con barro, representaron al imperio romano que vendría después. Tratad de no olvidar estos nombres ya que volveréis a oír de ellos.

¿Qué significaba la misteriosa piedra...?

Esa piedra maravillosa señala la venida del Señor Jesús, el Salvador predicho desde hace mucho. Éste nacería durante el gobierno del imperio romano. También se ha cumplido palabra por palabra. Esa piedra se hizo un gran monte. Es decir, el cristianismo se ha extendido por todo el mundo.

Nadie sabe qué sucederá en el futuro; a veces, hay hombres y mujeres que dicen adivinar el futuro, no creáis en ellos, porque son engañadores. Ni los hombres, ni los demonios, ni los ángeles del cielo saben lo que sucederá en el futuro. Sólo Dios lo sabe. Él gobierna y dirige todo.

De esta forma, Dios reveló a Nabucodonosor lo que habría de suceder después de su muerte.

Capítulo 116

OLVIDO PARA LA ESTATUA DE ORO Y HONRA

===== PARA EL DIOS DE ISRAEL =====

Daniel 3:1-22

En las cercanías de la magnífica capital del imperio babilónico está ubicado el valle de Dura. En este valle Nabucodonosor hizo construir una colosal estatua, un ídolo, tan hermosa y tan grande que no se podía encontrar otra semejante en el mundo entero. La altura era de 60 codos, es decir, cerca de 30 metros, tan alta como una torre. Brilla y centellea a la luz del sol, es una estatua de oro. No quiere ello decir que toda la estatua sea un bloque de oro, posiblemente sólo está recubierta de oro. Quizá la cabeza sea de oro y el resto de la estatua de otro material recubierto de oro, puesto que Daniel había dicho al rey: «La cabeza de oro eres tú». Sea como fuere, este ídolo ha costado mucho dinero. Cuando está finalizado puede distinguirse a larga distancia.

Hace algún tiempo Nabucodonosor había confesado públicamente que el Dios de Daniel era más poderoso que los dioses del imperio. Fue cuando Daniel le desveló el sueño milagroso. Pero Nabucodonosor no temía ni servía de corazón a ese Dios, pues de lo contrario no habría ordenado construir ese gran ídolo.

El rey está orgulloso de esta nueva estatua, dentro de pocos días será dedicada al rey y decide hacer una fiesta, una fiesta espléndida y magnífica.

En el valle de Dura convocará a todos los nobles del imperio, todos deberán venir para admirar esa estatua; todos deben alabar el poder y la riqueza de su rey. En todo el imperio no se hablará de otra cosa que de la «estatua». Esa gran festividad será en su honor, en honor de su dios. Estos pensamientos llenan de orgullo a Nabucodonosor.

Pronto da órdenes y envía a sus mensajeros por todo su vasto imperio. Deben convocar a toda la grandeza del imperio, consejeros, capitanes, gobernadores y jueces, a todos los principales del imperio.

Todos cuantos desempeñan algún cargo en el gobierno son convocados a la fiesta de dedicación de ese enorme ídolo. La estatua construida por Nabucodonosor.

Ha pasado algún tiempo. El valle de Dura está lleno de gente. Han llegado desde todas las partes del imperio para la celebración de la fiesta. No se trata del pueblo llano, no, son los ricos, los nobles, los principales del imperio. El sol brilla en las piedras preciosas, las perlas y los diamantes que adornan sus vestidos.

De pronto se hace un gran silencio, un pregonero del rey proclama en alta voz:

–Cuando oigáis la música os postraréis y adorareis a la estatua erigida por el rey Nabucodonosor. Quien no lo haga será echado dentro de un horno de fuego ardiendo –dice esto señalando un horno cercano del cual se eleva el humo.

Todos pueden darse cuenta de que el rey cumplirá lo que dice, que no es sólo una amenaza, sino una realidad.

Cuando el pregonero deja de hablar se hace un profundo silencio. Todos quedan esperando escuchar la señal. Se oyen unas notas musicales y cuando las oyen todos caen de rodillas y adoran a ese dios muerto.

Todos no, tres hombres están en pie, sobresaliendo entre toda la multitud arrodillada. Esos tres hombres se niegan a obedecer el mandato del rey. Permanecen de pie, erguidos y dignos.



De Beem

«Cuando oigáis la música os postraréis y adorareis...»

¿No temen la ira del rey...? ¿No ven las llamas del horno...?
¿Quiénes son esos tres hombres...?

Son Sadrac, Mesac y Abed-nego, los tres jóvenes judíos que han recibido del rey un puesto en el gobierno del país. También ellos han tenido que venir a la fiesta, pero no para arrodillarse ante la estatua de oro.

¿Son unos ingratos...? El rey les ha favorecido y ahora ¿se niegan a obedecerle...? ¿Deben honrar al rey y obedecer sus órdenes...? ¿Qué pensáis, amigos...?

No es cuestión de ser ingratos, no, en primer lugar debemos obedecer a Dios en todo. En sus leyes el Señor ha ordenado: «No te harás imagen» y «No te inclinarás ante ellas ni las honrarás». Así dice el mandamiento de Dios al cual debe prestarse obediencia. Esos hombres se niegan a arrodillarse ante esa estatua de oro, se arrodillan únicamente ante el Dios vivo, Dios del cielo y de la tierra. Permanecen de pie para demostrar a toda esa gente que no toman parte en esa idolatría impía. Permanecen de pie como señal de protesta.

¿Alguno de vosotros se atrevería a hacerlo? Muchas veces nos avergonzamos de decir que somos creyentes y eso es muy grave.

Ni que decir tiene que los tres hombres fueron descubiertos y algunos babilonios se apresuran a denunciarlos ante el rey. Sus ojos brillan con maliciosa alegría. No podrían soportar que esos tres extranjeros, esos cautivos judíos fueran honrados por el rey. Hacía tiempo que tenían envidia de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Ahora tienen la oportunidad de inclinar al rey contra ellos. Tienen una buena prueba para ello.

–Rey y Señor –dicen llenos de alegría. ¿Es cierto que has ordenado que todos se arrodillen y adoren la estatua cuando oigan sonos de la música? Pues bien, esos tres judíos, Sadrac, Mesac y Abed-nego no se han arrodillado, han permanecido en pie.

Con mirada triunfante fijan sus ojos en el rey y esperan ansiosos la respuesta de Nabucodonosor. Éste se encoleriza y ordena:

–Id a buscarlos y traédemelos aquí.

Con rapidez y alegría diabólica van en busca de ellos y muy

pronto Sadrac, Mesac y Abed-nego están frente al poderoso rey, que los mira con ira y ojos inquisitoriales.

—¿Es cierto Sadrac, Mesac y Abed-nego que no os habéis arrodillado cuando oísteis la señal? —pregunta con acritud.

El rey no quiere matarles e intenta darles una nueva oportunidad y les dice:

—La música sonará otra vez y si vosotros hacéis lo que he ordenado, no os pasará nada. Pero si os negáis a obedecer, seréis echados vivos en el horno ardiente. Nadie os libraré de mi mano.

Los tres jóvenes no se inmutan; sin temor, miran al rey y le responden:

—Rey y Señor, no trataremos de defendernos porque no nos escucharás. Si ésta es tu orden haz con nosotros lo que mejor te parezca. Nuestro Dios es poderoso para salvarnos de la muerte. Pero aunque el Señor no nos salve, no nos postraremos ni adoraremos la estatua de oro, ni daremos honor a tu dios.

Un silencio profundo sigue a las osadas palabras de los tres jóvenes. Todos esperan con gran tensión.

El rostro de Nabucodonosor enrojece por la ira. Alternativamente se pone rojo y pálido.

—Atizad el fuego —dice con voz ronca. Atizad el horno. Encendedlo siete veces más que está ahora.

Sus criados presurosos cumplen sus órdenes, también ellos tiemblan por la ira del rey. Echan más y más leña en el horno, las llamas cada vez suben más altas. Pronto el horno vibra de calor, no es un horno de piedra, es una gran masa de fuego. Los hombres que arrojan la leña ya no soportan el calor.

—Echad a esos rebeldes en el horno —suenan ferozmente la orden del rey.

Se eligen algunos hombres fuertes y robustos para ejecutar la sentencia. Éstos cogen a Sadrac, Mesac y Abed-nego y les atan con fuertes cuerdas para que no se puedan mover.

¿Qué habrán pensado esos valientes jóvenes...? No lo sabemos, la Biblia no dice nada de ello. Son tomados por esos hombres fuertes y llevados al horno, el calor les hace retroceder, es insoportable.

–Daos prisa –ordena el rey con impaciencia.

Leemos en la Palabra de Dios que el rey les animó a arrojarlos al horno.

Aunque no soportan el calor, esos hombres deben acercarse más a la boca del horno, y en un último intento arrojan a Sadrac, Mesac y Abed-nego al horno ardiente. Cuando ello ha ocurrido los servidores de Nabucodonosor caen muertos al suelo. El calor insoportable y las llamas que salen del horno les han matado.

Si tanto calor hace fuera del horno, ¿cuál no sería la temperatura dentro? Es imposible describirlo.

Daniel 3:23-30

Nabucodonosor, el más poderoso del mundo, está sentado, está temblando de ira. ¿Soportaría él la ofensa de esos tres judíos...? Jamás. Una sonrisa maliciosa cruza su rostro airado.

No le preocupa que cerca del horno estén los cadáveres de los hombres que han arrojado al horno a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Para él no tiene importancia la vida de un hombre. Su venganza ha sido decisiva, eso es lo importante. Lleno de satisfacción mira el horno que humea. ¿Qué...? La sorpresa se dibuja en su rostro. ¿Es posible...? Dentro del horno, paseando tranquilamente por entre el fuego ha visto cuatro figuras. Se levanta apresuradamente y se acerca para mirar mejor. Con mirada interrogativa se dirige a los consejeros que le rodean.

–¿No han sido arrojados al fuego tres hombres atados? –dice vacilando.

La respuesta es unánime:

–Sí, señor.

–Yo veo cuatro hombres paseando por en medio del fuego y el semblante del cuarto hombre es semejante a hijo de dioses –dice Nabucodonosor.

No es un error, el rey efectivamente ve cuatro hombres, pues

Dios ha enviado a un ángel para ayudar a Sadrac, Mesac y Abed-nego. El Señor ha acudido en defensa de sus siervos fieles. Sin ningún daño se pasean por el horno ardiente. El fuego no ha podido dañarles. Sin embargo, sí que ha quemado las cuerdas con las que fueron atados.

Habían dicho:

–Nuestro Dios es poderoso para salvarnos y librarnos de la muerte.

Así ha sido. El Señor lo demuestra a esos paganos. De repente la ira y el enojo desaparecen del rostro de Nabucodonosor. Impresionado y sin poder pronunciar palabra por la sorpresa mira atentamente el espectáculo milagroso.

Se acerca un poco más a la boca del horno y llama:

–Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios supremo, salid y venid.

Su voz suena con gran respeto.

Sin tardar los tres jóvenes judíos salen del horno ardiente. No han salido por sí mismos; no, han esperado a que el rey los llamara. No necesitaban escapar de las llamas. Muy poco después los tres jóvenes están ante Nabucodonosor.

¿Tres...? ¿No eran cuatro...? Sí, pero el ángel enviado por el Señor ha vuelto al cielo. Cuando ha cumplido su tarea vuelve a Dios que le envió.

Los gobernadores de Babilonia se apretujan alrededor de los tres varones. Han visto con gran sorpresa todo lo ocurrido y ahora quieren comprobarlo, quieren convencerse de que es verdad. Les miran de pies a cabeza. Se miran unos a otros, no entienden nada.

Ni un pelo de sus cabezas ha sido quemado, sus vestidos están intactos y sin quemaduras. Ni siquiera el olor del humo ha pasado sobre ellos.

Nabucodonosor está junto a ellos. Un gran respeto por el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego va invadiéndole. Es la segunda vez que el Dios de los judíos de manera maravillosa le muestra su omnipotencia. La primera fue cuando Daniel le desveló el sueño y ahora una vez más. El poderoso rey de Babilonia, ante el que millones de personas tiemblan, ha sufrido una formidable derrota y... lo reconoce públicamente.

Escuchad lo que dice:

–Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió a su ángel y libró a sus siervos que esperaron en Él. Es verdad que dije que nadie podría libraros de mi mano, pero ese Dios ha mostrado que es más fuerte que todos los reyes de la tierra.

Ahora el rey proclama un decreto para que nadie blasfeme contra ese Dios. Quien desobedezca el decreto será descuartizado y su casa convertida en estercolero.

–Porque –dice– en toda la tierra no hay otro Dios más poderoso; no hay ningún dios que pueda librar de tal manera.

La fiesta ha finalizado, cada uno vuelve a su casa, todos marchan impresionados por lo sucedido. Todos hablan de ello. En el valle de Dura queda la estatua de oro abandonada y... olvidada. Nadie habla de ella, ni piensa en ella. Debería haber sido una fiesta en honor de la estatua y de Nabucodonosor y sin embargo, ha sido una fiesta en honor al Dios vivo, el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego. ¿Quién lo habría imaginado...?

Pronto todo el imperio sabe lo que ha ocurrido. El decreto del rey de Babilonia es publicado por todo el imperio. Los tres varones judíos son repuestos en sus oficios por el rey. La Biblia nos dice que el rey «los engrandece». Nadie se atrevió a molestarlos.

De todo esto resultó bendición no sólo para los tres jóvenes, sino también para todos los judíos, a los que se les permitió que pudieran servir libre y tranquilamente a su Dios. Nadie se atrevió a hablar despectivamente del Dios poderoso y omnipotente, porque todos temían el decreto del rey.

Los infames proyectos de los babilónicos habían fracasado.

Jóvenes podéis ver cómo el Señor ha defendido la causa de sus servidores y les ha dejado en buen lugar.

¿Pensáis que Dios ha cambiado...? No, Dios jamás cambia. Nosotros también vivimos en un mundo lleno de errores y de engaños. Muchos son los que se burlan de Dios y de su obra ¿Participáis con ellos? ¿También os reís y burláis? No lo hagáis nunca.

Pedid al Señor que Él os sostenga con Su gracia para que no cedáis al pecado.

No os inclinéis nunca ante los ídolos. También ahora hay imágenes de piedra, madera, etc. y también hay otros ídolos como el deporte, las fiestas, los juegos, los bailes, las drogas, etc.

Que el Señor os dé temor para que le sirváis y améis a Él con todo vuestro corazón, porque el pueblo de Dios no será avergonzado. Dios es fiel. Dará fuerzas y fortaleza a su pueblo y un día le acogerá en la gloria eterna. Allí no habrá hornos de fuego, ni se burlarán, ni se pecará más, allí reinarán la alegría y la felicidad para siempre.

Capítulo 117

AUNQUE LA GARZA VUELE MUY ALTA, ===== EL HALCÓN LA MATA =====

Daniel 4:1-27

Han pasado algunos años, Nabucodonosor cada vez se hace más y más poderoso, cada vez conquista nuevos reinos de forma que su imperio se extiende más y más. Ha conquistado Judá, Jerusalén y todos los reinos situados alrededor de Judá, como Moab, Amón, Edom, hasta el potente Egipto ha sido sometido por Nabucodonosor.

El poderoso rey de Babilonia está muy orgulloso, nadie puede oponérsele, nadie puede detenerle. Allí donde va, consigue la victoria.

Al frente de su victorioso ejército regresa a Babilonia, traen consigo un gran botín y grandes cantidades de oro y plata. También traen muchos cautivos que contribuirán a hacer más poderoso su imperio. Las naciones vencidas son sometidas totalmente de forma que para ello toman cautivos a todos los nobles y los traen al país. Aquí deben adquirir las costumbres de los babilonios de tal forma que todos constituyan una sola gran nación. Así no habrá que temer rebeliones. Estos son los planes de Nabucodonosor. Por esta misma razón toma consigo siempre cautivos, como tomó a los judíos que fueron deportados a Babilonia. Él es rey y soberano de millones de personas.

Cuando entra en la capital del reino, el pueblo aclama con gran júbilo a su valeroso rey. No piensa en el dolor, ni en las lágrimas de los pobres cautivos, sólo piensa en su honor y su gloria.

En los períodos de paz el rey ordena construir nuevos palacios, hermosos templos, torres, murallas, etc. Para ser siempre recordado en todos esos magníficos edificios construidos se coloca una piedra con su nombre grabado, grabado a cincel para que nunca pueda borrarse.

El pueblo vive con gran lujo y riqueza. En el templo de Bel, dios principal de los babilonios, y en el palacio del rey todo brillaba por el oro, las perlas, diamantes y otras piedras preciosas empleadas.

Ciertamente Nabucodonosor es esa cabeza de oro. El orgullo del rey es casi ilimitado, su pueblo le venera como a un dios, sus enemigos tiemblan de miedo ante él.

Nabucodonosor olvida que ha sido Dios quien le ha dado todo ese poder y esas riquezas. El honor corresponde ciertamente a Dios, pero el rey no lo reconoce, ni siquiera se le ocurre. Todo el honor y la gloria no es a Dios a quien se le da, la reclama para sí.

Cierto día el salón del trono está lleno de sabios y magos, Nabucodonosor los ha convocado desde todos los lugares de Babilonia. Tal vez muchos de ellos han acudido con el corazón oprimido por la angustia preguntándose:

—¿Qué novedad nos amenazará ahora?

Nabucodonosor no era un rey sencillo, no. A él no le importaba nada la vida de un hombre, mataba a quien quería y honraba al que deseaba. Sólo él era señor y soberano, lo vimos cuando ordenó arrojar al horno a Sadrac, Mesac y Abed-nego, ¿recordáis? Todos los sabios y magos están desanimados, mantienen un extraño silencio. Todos esperan respetuosamente que el rey les diga la causa por la que les ha hecho venir.

—Os he reunido aquí —dice al fin Nabucodonosor— porque he soñado un sueño y no sé lo que significa.

Los sabios, magos adivinos y astrólogos se espantan, se miran unos a otros y en sus ojos se refleja la angustia.

¿Tendrán nuevamente que decir lo que ha soñado el rey?
¿Ha olvidado de nuevo el rey su sueño...? Estas preguntas han

cruzado por sus mentes. Por fortuna en esta ocasión Nabucodonosor no ha olvidado su sueño, lo recuerda y se lo relata exactamente a sus sabios.

–Decidme lo que significa este sueño –ordena el rey.

Entre los sabios reina gran confusión. Antes, la vez anterior, habían dicho ufanamente:

–Oh rey y señor di el sueño a tus siervos y te daremos su significado.

Entonces el rey había olvidado el sueño, no lo recordaba, pero ahora el rey sabe muy bien lo que ha soñado. ¿Podrán darle la explicación?

No, los sabios, amigos, tampoco en esta ocasión pueden darle el significado. Meditan y dan vueltas al asunto, pero no saben qué decir, ni siquiera pueden inventar algo. Están impotentes frente al rey.

Nabucodonosor hace venir a Daniel, ¿por qué no le había consultado antes...? ¿Tal vez pensó en él...? No lo sabemos, tal vez ha pensado que era mejor consultar a los sabios de su propio imperio, sin necesidad de acudir a Daniel. Esto nos hace pensar que las llamadas de Dios no le han humillado, sigue siendo el mismo rey pagano.

Cuando el rey envía a buscar a Daniel, éste acude sin tardar. Cuando está ante el rey, éste le nombra con su nuevo nombre. Escuchad:

–Beltsasar –dice– tú, príncipe de los sabios, sé que el espíritu de los dioses santos está en ti y, por ello, debes darme el significado de lo que he soñado.

Todos miran a Daniel esperando que pueda darle la explicación.

–En mi sueño vi –continúa el rey– un árbol, cuya altura era grande. Estaba en medio de la tierra. Este árbol crecía y se hacía fuerte y su copa llegaba hasta el cielo y se le veía desde todos los confines de la tierra. Su follaje era hermoso y su fruto abundante. A su sombra los animales de la tierra buscaban protección del calor y en sus ramas las aves del cielo hacían sus nidos. Nunca he visto un árbol tan hermoso. Luego vi un vigilante y santo que descendía del cielo y clamó con gran voz: «Derribad el árbol y cortad sus ramas, quitadle el follaje y

dispersad su fruto». El árbol quedó sin hojas y seco, sólo el tronco estaba en la tierra, había desaparecido toda su belleza. Los animales que descansaban a su sombra se fueron, las aves volaron, sólo el tronco con sus raíces quedaba en la tierra. El rocío del cielo caía sobre él.

Esto es lo que he soñado esta noche, he preguntado a mis sabios cuál es su significado y no han sabido dármele. Ahora te lo pregunto a ti y tú puedes hacerlo porque en ti mora el espíritu de los dioses sabios.

Se hace un profundo silencio en el salón. Todos esperan en tensión la respuesta de Daniel. Espera... ¿Qué ocurre.? ¿Tampoco Daniel sabe el significado...?

Con curiosidad todas las miradas se dirigen a él. Daniel permanece en silencio, una profunda emoción le embarga.

Todos, incluso el rey, lo ven y callan. Quieren dar tiempo a Daniel para que se restablezca. Lentamente pasa una hora... Casi por una hora entera hay un silencio tenso, angustioso, que nadie se atreve a turbar. Ni siquiera se atreven a respirar.

Finalmente el rey dice:

-Vamos Daniel, no temas. Dime sinceramente lo que significa este sueño.

Daniel, en voz baja, dice:

-Ah señor y rey mío, tus enemigos deberían haber soñado este sueño.

Daniel se decide a explicar todo sin ocultar nada. Dice exactamente lo que significa el sueño.

-Rey y señor. Tú eres ese árbol tan hermoso. El Dios del cielo te ha dado ese poder, gloria y riqueza. Dominas y gobiernas sobre el mundo entero. Sin embargo, va a ocurrir algo terrible, toda esa gloria te va a ser quitada, te echarán de entre los hombres y vivirás con los animales del campo, comerás hierba como un buey y el rocío del cielo te cubrirá. Sin embargo, este castigo sólo durará siete años. Es decir, te restablecerás, pero antes tendrás que confesar que no eres tú quien gobiernas, sino Dios. El Altísimo debe recibir todo el honor.

El corazón de Daniel se había llenado de compasión y por esta razón se había emocionado y había guardado silencio casi por una hora.

–Oh rey mío –exclama– deja tu vida pecaminosa e impía. Quizá te salve el Señor si rompes con el pecado.

Daniel calla, no es tan fácil su tarea y menos cuando es ante el rey que debe realizarla.

Podéis creer que estas palabras han impresionado profundamente a Nabucodonosor. Sabe que Daniel dice la verdad, pero... pasan uno... dos, tres meses y no sucede nada. Nabucodonosor se va olvidando del significado del sueño. El temor va desapareciendo y el rey vuelve a ser el mismo, un rey tan cruel, tan altivo y tan soberbio como antes.

Daniel 4:28-37

El palacio del rey destaca por encima de todos los edificios de Babilonia. Las casas, en el Este, tenían todas el tejado plano, una especie de terraza.

El palacio de Nabucodonosor también era así. Un día el rey pasea por su terraza y desde ella puede ver toda la ciudad. Se detiene y mira. Qué ciudad más hermosa. Qué templos más grandes y hermosos. Qué riqueza y qué lujo. Ve los jardines colgantes en los que las palmeras se agitan suavemente y las flores desprenden un fragante aroma. Todo es obra suya, él ha hecho toda esa hermosa ciudad, es magnífico...

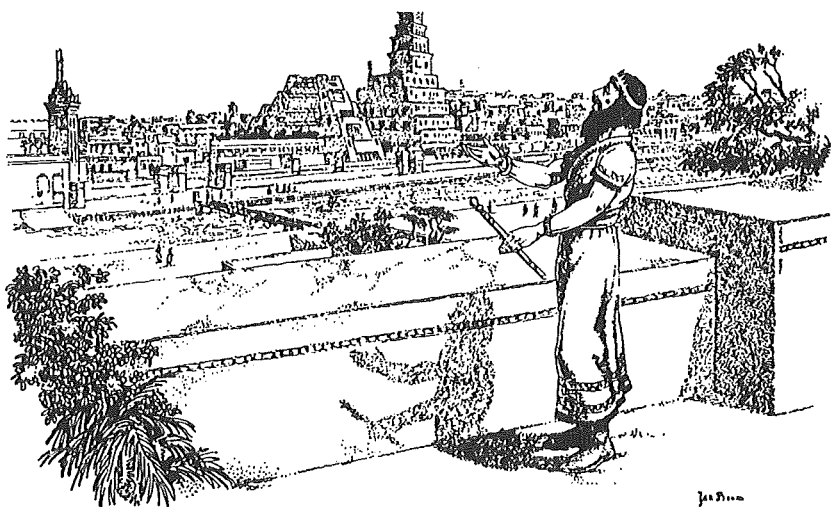
Su corazón se hincha de orgullo. Ya no piensa en lo que soñó hace exactamente doce meses. Tampoco piensa en el consejo de Daniel. Con gran orgullo exclama:

–¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué?

Una sonrisa triunfal ilumina su rostro. Sus ojos brillan, pero... de pronto palidece, desde lo alto del cielo suena una voz... Escuchad:

–A ti se te dice, rey Nabucodonosor. El reino ha sido quitado de ti. Serás arrojado de entre los hombres y con las bestias del campo será tu morada. Comerás hierba como los bueyes y siete tiempos pasarán sobre ti.

Nabucodonosor no ha querido escuchar las advertencias



Ésta es la hermosa y grande Babilonia...

del Señor, ha desoído el consejo de Daniel y ahora viene el castigo. El Dios del cielo le hace saber que existe un Dios, que es más poderoso que él; Nabucodonosor se vuelve loco. Se arrastra como un animal, coge la hierba y la come, día y noche se arrastra como un loco, por las mañanas aparece cubierto de rocío. El pelo le crece en desorden, también las uñas, que se hacen como garras. Siete años dura esta horrible locura. Transcurrido este tiempo le vuelve la cordura. ¿Lo primero que hace Nabucodonosor...? Levantar los ojos al cielo y alabar y glorificar al Dios Viviente, al Dios del cielo y de la tierra.

Nabucodonosor reconoce que Dios es soberano y gobierna a todos, para Dios todos los hombres son iguales, sean mendigos o reyes. Dios humilla a los soberbios y da gracia a los humildes. El Señor es el Todopoderoso, Rey de reyes y Señor de señores. Nabucodonosor se levanta y los príncipes de Babilonia comprenden que ya está curado y vienen a verle.

Le lavan, le cortan los cabellos y las uñas y le visten con las vestiduras reales y poco después está sentado en su trono. Sus numerosos servidores le rinden pleitesía. Sí, recibe más gloria, más poder y honor que antes, pero... ha sentido la fuerte mano del Señor. Públicamente relata a su pueblo lo sucedido, no le da vergüenza, al contrario, da todo el honor a Dios. No sabemos cuanto tiempo duró su reinado después de esta locura, pero murió a una edad muy avanzada.

Entonces tuvo que presentarse ante el tribunal supremo de Dios para dar cuenta de cuanto había hecho, terrible para él, porque su corazón había sido humillado por Dios, pero no renovado. Murió como un pagano.

Es una advertencia también para nosotros, que tantas veces nos enorgullecemos. ¿Quién de nosotros da siempre el honor a Dios en todas las bendiciones que disfrutamos cada día...?

Que el Señor nos libre del orgullo. El pecado del orgullo es castigado por el Señor. Él humilla a los soberbios. Lo hemos visto con Nabucodonosor, tenedlo presente siempre, porque: «Aunque la garza vuele muy alta, el halcón la mata».

Capítulo 118

CONTADO Y TERMINADO

Daniel 5:1-4

La capital del imperio babilónico está sitiada. Un poderoso enemigo ha acampado alrededor de las murallas de la ciudad, el sitio dura ya varios meses. Los babilonios no temen al enemigo. ¿Por qué...? La capital es fuerte, las murallas compactas y altas, las puertas sólidas y fuertes están perfectamente cerradas. Aunque el enemigo cerque la ciudad jamás podrá tomarla. Los moradores de la capital ya se han acostumbrado al asedio.

El vecino reino de Persia se ha hecho cada vez más poderoso. Durante el reinado de Nabucodonosor el imperio persa no tuvo oportunidad de fortalecerse, pero a la muerte de Nabucodonosor los persas aprovecharon para hacerse independientes y fortalecerse.

El ejército persa ya ha conquistado la mayor parte del imperio babilónico y los soldados enemigos rodean la capital del imperio de Babilonia. Sin embargo, no avanzan mucho en su cerco. Los habitantes cercados no sienten la inminencia del peligro, al contrario, en la ciudad se está celebrando una fiesta. Es una magnífica fiesta en honor de los ídolos de Babilonia.

Cuando anochece y llega la oscuridad miles de lámparas se encienden de forma que la fiesta continúe hasta bien entrada la noche.

Los vigilantes de las murallas desean igualmente participar

en la fiesta y abandonan sus puestos de centinelas. No tienen miedo al enemigo, no atacará, se quedará tranquilamente dormido.

Entre los edificios de la ciudad sobresale el palacio real, está iluminado por miles de lámparas, desde fuera se oyen los clamores de la fiesta. El mismo rey da ejemplo. ¿El rey...? ¿Qué rey...?

A la muerte de Nabucodonosor le sucedió uno de sus hijos, pero éste ya ha muerto y ahora reina su nieto, Belsasar, desde la muerte de Nabucodonosor el poder de Babilonia ha ido perdiendo su influencia de forma alarmante. Ha sido Persia la que ha ido fortaleciéndose y derrota a los ejércitos de Babilonia, ahora tiene cercada la capital. Sin embargo, Belsasar, el rey, no tiene miedo, celebra la fiesta junto con los príncipes y los oficiales que han sido invitados, sus risas y gritos se oyen a distancia.

Todos los ciudadanos gozan de la alegría general, hasta el ejército bebe y se divierte. Las sólidas murallas han sido abandonadas y fuera de la ciudad el enemigo tiene su campamento. Sin embargo, el enemigo no duerme...

En el gran salón real la alegría de la fiesta ha llegado a su cénit. Las personas más nobles del imperio babilónico están sentadas en largas mesas. Los más excelentes vinos brillan en hermosas copas. Muchos criados se mueven activamente, llenan las copas vacías. Aquello no es una fiesta es una orgía. Según pasan las horas la alegría es mayor. Belsasar y sus nobles cada vez están más alegres, beben tanto que terminan por embriagarse y entonces se atreven a todo, no retroceden ante nada.

Belsasar ya no sabe lo que hace. De repente ordena que traigan los vasos de oro y plata que su abuelo Nabucodonosor se trajo de Jerusalén. Son los vasos del templo que eran utilizados en el servicio del Señor. Eran los vasos sagrados que pertenecían al servicio del Dios de Israel, Dios del cielo y de la tierra.

Nabucodonosor había guardado todos esos vasos con gran esmero y ahora el rey quiere utilizarlos en una fiesta pagana.

Poco después los criados aparecen con los vasos de oro y

plata. Una risa burlona se escucha en el salón, Belsasar ordena que sean llenados de vino y que todos beban de ellos.

Es una abominación lo que Belsasar hace, amigos. Es una ofensa al Dios vivo. Y además Belsasar lo hizo consciente de ello, quería humillar al Dios de los judíos. Es una insensatez. Belsasar sabía que ese Dios era poderoso y que hizo grandes milagros. Sabía lo que había ocurrido durante el reinado de Nabucodonosor. Sin embargo, el rey, borracho, se complacía diabólicamente ofendiendo al Dios de Israel, sin sospechar que sería su ruina.

Daniel 5:5-16

De pronto se hizo un silencio embarazoso, un silencio inquietante. Cesaron los gritos y las risas, los cantos y la alegría.

Todos, incluso el rey, miran a la pared con ojos descajados por el temor y la angustia.... En la pared han salido de repente unos dedos humanos y han escrito unas letras. Es una situación extraña, misteriosa, que les causa temor. Una angustia profunda se apodera del rey, una palidez mortal cubre su rostro, su corazón palpita velozmente, se estremece y tiembla de angustia. ¿Qué significa eso...? No lo sabe. Le es imposible leer lo escrito. La Biblia nos dice: «sus pensamientos le turbaron». Belsasar está tan asustado que le tiemblan las piernas. La incertidumbre le martiriza. Quiere saber el significado de lo escrito. Para ello ordena que acudan todos los sabios, adivinos y astrólogos del imperio.

En el salón reina el silencio más absoluto, nadie se atreve a reírse, ni a hablar. Todos esperan angustiados la llegada de los sabios, los cuales poco después están ante el rey.

–Cualquiera que lea esta escritura –dice Belsasar señalando a la pared– y me muestre su interpretación será vestido de púrpura, y un collar de oro llevará en su cuello, y será el tercer señor del reino.

Los sabios miran atentamente la escritura, pero ninguno de

ellos puede leerla y menos aún explicarla. Se encogen de hombros y con tristeza menean la cabeza, no pueden entenderla.

Belsasar espera tranquilamente que el enigma le sea descifrado, pero cuando se da cuenta de que ninguno de los sabios puede ayudarle, se angustia tremendamente, tiembla de pies a cabeza y gotas de sudor frío brotan de su frente. Pero no sólo el rey, todos los invitados se estremecen y se produce una gran confusión.

Así sucede siempre, amigos, los mayores blasfemos se angustian y tiemblan cuando ocurre algo grave. No se atreven a seguir burlándose, se arrinconan pálidos y silenciosos. ¿Alguno de vosotros es blasfemo...? Si es así, tened presente que también llegará la hora en que no os podréis burlar más, ni blasfemar y en ese momento daréis gritos de desesperanza. Por favor, no os burléis nunca de las cosas santas, como es el servicio del Señor o la Palabra de Dios, pues Dios os castigará.

Hay gran tensión en el palacio real de Babilonia, Belsasar no sabe qué hacer, de pronto se abre una puerta y entra por ella tranquilamente una mujer. Es la reina, posiblemente la abuela de Belsasar, la viuda de Nabucodonosor. Tal vez podría tratarse también de su madre. Se ha enterado de lo que ha ocurrido en el salón y que Belsasar está angustiado y viene a aconsejarle.

—Rey, vive siempre —dice— no tengas miedo porque en tu reino hay un varón que puede ayudarte. Es Daniel. El espíritu de los dioses mora en él. Durante el reinado de Nabucodonosor era el príncipe de los sabios y el rey le honraba y estimaba. Haz llamar a Daniel y él te declarará la escritura de la pared.

Así habló aquella mujer anciana e inteligente.

En seguida se llama a Daniel, quien pronto acude al palacio, Ha envejecido.

—¿Eres Daniel? —pregunta Belsasar. ¿Eres uno de los exiliados de Judá? He oído decir que eres sabio e inteligente. Explicame, pues, las palabras que están escritas en la pared, si lo haces te daré una gran recompensa. He preguntado a los sabios y adivinos y no han podido responderme, espero que tú sí puedas hacerlo.

Seguidamente se hace un profundo silencio. Todos dirigen la mirada a Daniel. ¿Podrá explicar esas letras ilegibles...?

Daniel 5:17-30

—Tus dones sean para ti, y da tus recompensas a otros. Leeré la escritura al rey y le daré su interpretación.

Así comienza el fiel siervo del Señor. Siente asco de ver los vasos santos de la casa del Señor profanados de manera tan infame. Su corazón se llena de tristeza por tanta impiedad. ¿Cómo podría él aceptar el honor y la riqueza de ese impío príncipe...? No. Que guarde el rey su oro y su plata, que se lo dé a otros. Daniel no quiere recibir nada. Nada.

Sin embargo, antes de leer la escritura e interpretarla, reprenderá severamente al rey. Con santa ira mira sin temor al rey, que tiembla de angustia y le dice:

—Sabes, oh rey —dice— que el Altísimo dio a tu padre el poder y la riqueza. Hizo lo que bien le parecía. Todas las naciones le servían y obedecían. Pero se enorgulleció y Dios lo humilló. Nabucodonosor se volvió loco, comió hierba con los bueyes y su morada fue con los animales del campo. Ése, fue castigado por su orgullo y soberbia. Tú, Belsasar, lo sabías y era una advertencia para ti. Sin embargo, no has escuchado la llamada del Señor, te has hecho orgulloso y soberbio, más aún que Nabucodonosor, pues has traído aquí los vasos de la casa del Señor y en ellos has bebido vino con las mujeres y tus amigos. Lo hiciste para ofender al Dios de Israel. Has adorado a los ídolos, estatuas muertas, que no pueden ver ni oír. Pero no has glorificado al Dios del cielo y de la tierra. Le has deshonrado y ofendido de forma infame. Por ello apareció la mano en la pared y escribió esa misteriosa escritura.

Daniel es valiente, públicamente reprende al rey, reprocha a Belsasar su impiedad. Vemos que Daniel dice a Belsasar «Tu padre», refiriéndose a Nabucodonosor, pero no quiere decir «tu padre», sino «tu abuelo».

Era peligroso lo que hizo Daniel, pues ponía su vida en peligro ya que a los reyes no les gusta que nadie les reprenda y menos públicamente.

Daniel, sin embargo, no piensa en sí mismo, sólo piensa en la honra de Dios.

¿Qué hacéis vosotros, amigos, cuando oís que el nombre de Dios es blasfemado? ¿Calláis...? ¿Lo permitís...?

No, amigos, no podéis callar. Debéis amonestar a quien lo haga, no es fácil, pero es vuestro deber.

Daniel no teme la ira del rey, lo hemos visto. Con sinceridad y sin temor le dice las verdades al rey.

Luego continúa:

—¿Sabes lo que hay escrito en la pared...? Pues es: «Mene, mene, tekel, uparsín». Y esto significa: «Dios te ha pesado en balanza y fuiste hallado falto». Tu reino se ha roto porque el Señor lo ha dado a los persas. Los medos y los persas conseguirán la victoria.

Es un mensaje terrible para el rey y sus príncipes, pesado por Dios y hallado falto. Lo cual quiere decir que el Señor ha visto la impiedad y el Señor no lo puede soportar. Belsasar es rechazado por Dios y su reino es dado a los medos y los persas. Ya no será rey.



Mene, mene, tekel, uparsín (pesado y hallado falto)

No se impresionan Belsasar y sus príncipes por las palabras de Daniel, al contrario, la interpretación de Daniel les alivia, seguramente esperaban algo peor, pero en su interior no creen las palabras de Daniel.

¿Los medos y los persas...? Nunca entrarán en la ciudad, es demasiado fuerte. No tienen por qué temer ningún peligro. Sin embargo, están en un error.

El rey había prometido que quien leyese la escritura y diera la interpretación sería recompensado, y así lo hace. Por su mandato Daniel es vestido con un hermoso traje púrpura, se pone en su cuello un precioso collar de oro y todos gritan que Daniel será el tercer señor en el reino de Babilonia. El silencio ha desaparecido y resuenan las risas y los gritos, la alegría ha vuelto otra vez.

Fuera de las murallas está acampado el poderoso ejército de los persas, miles de tiendas están plantadas alrededor de la ciudad, los soldados suelen dormir en ellas. Sin embargo, esta noche no duermen, se trabaja mucho sin hacer el más mínimo ruido. ¿Qué hacen...?

La Biblia no nos dice lo que hacían, pero los historiadores profanos sí nos lo dicen.

Por la ciudad corría un río, el Éufrates, cuya agua se deslizaba por debajo de las murallas. El rey persa hizo cavar un canal alrededor de la ciudad. Ahora cuando el rey y sus príncipes celebran una gran fiesta, el rey persa hace abrir pequeños diques situados entre el canal y el río Éufrates para que el agua no pase a la ciudad, sino que vaya por el canal cavado alrededor de la ciudad. De esta forma el cauce del río queda sin agua y por este cauce seco los soldados persas entran en la ciudad.

Sin hacer el menor ruido se acercan a las grandes murallas. No hay centinelas ya que todos se marcharon a la fiesta, algunos quizás están embriagados o durmiendo. De esta manera los soldados no son descubiertos. Por la apertura que existe debajo de la muralla, por donde pasaba el agua del Éufrates, los soldados persas entran en la ciudad.

Mientras Belsasar viste a Daniel de púrpura y le coloca el collar de oro, el enemigo avanza hacia el palacio real.

Súbitamente los soldados persas entran en el salón real empuñando sus espadas. Belsasar se asusta, pero es inútil, nadie puede oponerse.

Belsasar y sus príncipes son arrojados al suelo. La Biblia nos dice: «La misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos». Ahora tenía que comparecer ante Dios. Terrible momento.

Esta triste historia también tiene su importancia para nosotros, por medio de ella se nos advierte que nuestros actos también serán «pesados» por Dios. ¿Seremos hallados faltos...? ¿Seremos rechazados por Dios...? Si seguimos siendo inconversos es seguro que sí. Por la gracia debemos recibir un corazón nuevo.

Pedid al Señor que os dé un corazón nuevo, pedid sin cesar porque el Señor puede atender vuestros ruegos. Sería terrible que un día nos fuera dicho: «Mene, mene, tekel, uparsín» (Pesado y hallado falto).

Capítulo 119

UNA NOCHE EN EL FOSO DE LOS LEONES

Daniel 6:1-10

La poderosa e inexpugnable capital de Babilonia ha sido tomada. Nadie había pensado en tal posibilidad. Posiblemente no habría ocurrido si los centinelas no hubieran abandonado sus puestos, pero es Dios quien gobierna y dirige la historia. Él dirige todas las cosas. La escritura: «Mene, mene, tekél, uparsín», se ha cumplido.

Cuando el imperio persa sometió a Babilonia nombró como virrey del vasto imperio babilónico a Darío, un hombre muy sabio. Éste se dio cuenta de que solo no podía gobernar tan gran imperio y lo dividió en provincias, concretamente, lo dividió en ciento veinte provincias y sobre cada provincia puso a un gobernador, que administraba en su nombre.

Para que estos gobernadores no engañaran al rey, Darío nombró además tres príncipes, que tenían el encargo de supervisar el gobierno de estos gobernadores. El principal de estos tres príncipes es Daniel. No sabemos qué ocurrió con Daniel la noche en que Belsasar celebraba aquella magna fiesta, cuando apareció la escritura misteriosa en la pared y Daniel la descifró, y luego los soldados persas entraron en palacio y mataron al rey y se perdió el imperio, pero lo cierto es que a Daniel no le mataron.

Dios guardaba a su siervo.

Poco después Darío oyó hablar de Daniel y le nombró el principal entre sus príncipes. Era un honor para Daniel, ahora posiblemente no era el tercero en importancia en el reino, sino el segundo. Daniel ya es anciano y le es encomendada una tarea difícil y de gran responsabilidad. No podría desempeñarla por sus propias fuerzas, pero diariamente pedía a Dios que le diera sabiduría y fuerzas. Trabajaba responsablemente de manera que Darío estaba muy satisfecho con él. Daniel era trabajador y muy sabio, además era honesto y fiel, Darío se había dado cuenta de ello y sabía que podía fiarse de Daniel en todo. Podía encomendar a Daniel todos sus asuntos, porque así estaban en buenas manos.

Un día, cuando Darío está sentado en su magnífico palacio, tal vez pensando en el gobierno de su imperio, tiene una visita inesperada. Los gobernadores y los príncipes solicitan hablar con él. Poco después están en su presencia, inclinándose profundamente ante el poderoso rey.

Darío se extraña, ¿qué querrán...? ¿Cuál será el objeto de su visita...? No es necesario que pregunte, en seguida le dicen:

–Rey Darío, para siempre vive –comienzan– venimos a exponerte la decisión de todos los gobernadores y príncipes, que unánimemente hemos decidido que promulgues un edicto real y lo confirmes, que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones.

Debo decirles que los reyes solían cavar un gran foso, en el que encerraban muchos leones. Cuando algún criminal era capturado, normalmente solían arrojarlo a estos fosos donde rápidamente eran devorados por los leones, teniendo una muerte cruel. Este castigo tenía que aplicarse ahora a los que desobedecieran el edicto del rey.

Con impaciencia esperan la respuesta del rey. ¿Permitirá el rey que tal ley sea promulgada...?

El rey Darío se extraña. No pensaba que le amaran tanto sus gobernadores y súbditos, tan amable ruego le sorprende un poco. Pero no se da cuenta de la falsa sonrisa que reflejan

los rostros de los gobernadores, no vislumbra la malicia que hay en sus ojos.

Queda pensativo y le agrada esta proposición. Él, el rey, será honrado durante treinta días como un dios.

–Bien –responde– firmaré ese edicto. Accedo a vuestro deseo.

Era costumbre en Persia que cuando el rey firmaba una ley, ésta no podía ser modificada. Una ley adoptada por medos y persas no podía ser revocada.

Poco tiempo después Darío ha firmado aquella ley y muy pronto es promulgada por todo el país.

Los gobernadores se inclinan profundamente ante el rey y salen del palacio, cuando están fuera se frotan las manos de gozo, ¿por qué...?

–Ha sido un éxito –se dicen con alegría– ahora podremos librarnos de él.

Alegres regresan cada uno a su provincia. ¿Qué quieren decir? ¿De quién se trata...?

Han engañado al rey, su intención no es honrar al rey, lo que desean es arruinar a Daniel. Odiaban a Daniel y no lo soportaban. ¿Por qué...?

Daniel era demasiado honrado para ellos, con él no podían engañar ni estafar al rey. No se podían hacer ricos como deseaban, Daniel no les permitía la corrupción, ni el abuso, ni la opresión a los pobres. Sabían muy bien que si Daniel se enteraba de que alguno hacía estas cosas, lo denunciaría ante el rey y podría costarles la vida.

Por esta razón odiaban a Daniel y buscaban algo para poder acusarle ante el rey, llevan mucho tiempo tratando de sorprenderle en alguna acción mala, pero no pueden encontrar nada contra Daniel. Cansados de esperar se han dicho:

–En el cumplimiento de su trabajo no encontraremos jamás nada de qué acusarle. Debemos tratar de buscarle en algo que se oponga a la ley de su Dios.

Sabían que Daniel oraba tres veces al día y nunca dejaba de hacerlo, siempre podía encontrar tiempo para su oración.

¿Oráis también vosotros, jóvenes...? ¿Oráis al Señor cada noche al ir a la cama y cada mañana al levantaros...? ¿O no

encontráis tiempo para ello...? Desgraciadamente muchos niños viven como paganos. Algunos oran por la noche, pero por la mañana... ¿Dobláis vuestras rodillas ante el Dios del cielo y de la tierra? ¿Acaso no os guardó el Señor durante la noche...? ¿No necesitáis la protección del Señor en el día que comienza...? ¿No necesitáis la ayuda del Señor en vuestro trabajo...? ¿En el colegio...? Pensad seriamente en ello. Si hasta ahora no habéis tenido necesidad del Señor en vuestra vida, os aconsejo que comencéis a hacerlo y no lo olvidéis nunca.

Daniel oraba al Señor, no se olvidó nunca de hacerlo, lo hacía tres veces al día. Los gobernadores y príncipes lo saben muy bien, por eso han pedido al rey que proclame ese edicto. Saben que Daniel no dejará de orar. Han tenido suerte, Darío ha accedido a ello. En su pensamiento ya ven a Daniel en el foso de los leones.

Darío no se había dado cuenta de la trama, si lo hubiera sospechado jamás habría firmado esa ley, porque amaba a Daniel. El rey ha sido engañado.

Daniel 6:11-19

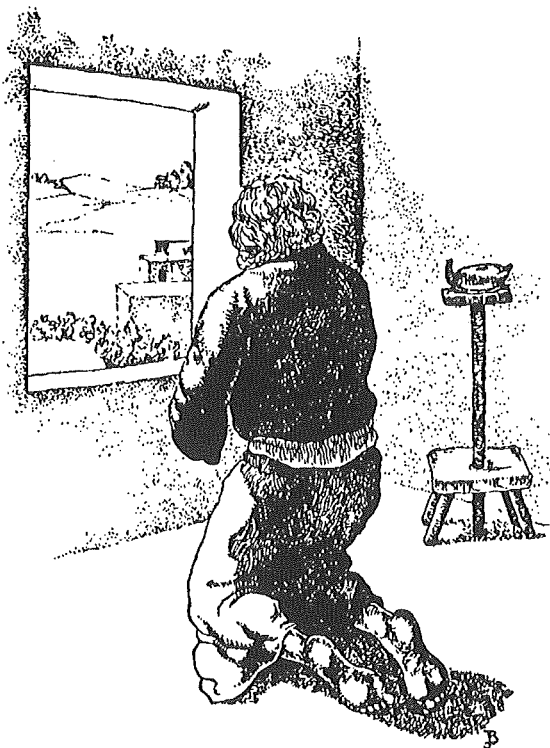
–Silencio, no hagáis ruido. Mirad, viene por allí, cuidado que no nos vea.

Así se avisan los gobernadores unos a otros, están escondidos, sin moverse. Sus corazones laten con una alegría diabólica.

Tranquilamente se acerca un anciano, su rostro está cruzado de arrugas, su pelo está blanco. Abre la puerta de su casa y entra. Es Daniel. No sabe que está siendo espiado por ojos llenos de envidia y de odio. También él ha oído la promulgación de la ley, pero después de leer la ley, sabe que debe obedecer antes la ley de Dios.

En su casa hay una habitación con grandes ventanales, que están abiertos. Esas ventanas están mirando en dirección a... Jerusalén. Esta habitación es su oratorio.

Se arrodilla ante esos ventanales abiertos y ora a su dios. Sin



Ventanas abiertas hacia Jerusalén

la ayuda del Señor Daniel no puede realizar su difícil y complejo trabajo. Ruega al Señor que le dé fuerzas y sabiduría y ora también por su pueblo que vive en el exilio. Los gobernadores y los príncipes oyen que ora implorando la ayuda de Dios.

Daniel es fiel. ¿Lo sois vosotros? En casa solemos orar, no es difícil, nadie se burla de nosotros, pero... cuando vamos en el tren, en el autobús ¿oramos también? Muchos no se atreven, tienen miedo a que se rían de ellos, a otros les da vergüenza y no oran. Es muy triste. ¿Os da vergüenza pedir la bendición antes de comer...? No os dé nunca vergüenza orar.

Mirad a Daniel, no se avergüenza, no teme ni siquiera la muerte. Daniel teme a Dios de verdad.

Cuando los príncipes y gobernadores ven que Daniel no obedece la ley real se apresuran a denunciarle ante el rey Darío. Sonríen de felicidad, sus ojos brillan de alegría. Triunfantes dicen:

—Rey y señor nuestro, ¿no has firmado una ley para que en el espacio de treinta días nadie pidiera a dioses u hombres, sino sólo a ti?

—Efectivamente —responde el rey sorprendido por la alegría que se nota en sus voces— ¿por qué preguntáis eso? ¿Hay alguien que se haya atrevido a desobedecer?

—Sí —gritan triunfalmente— Daniel se ha arrodillado ante su Dios. Ha desobedecido tu mandamiento. Tres veces al día hace su oración.

Cuando Darío lo escucha palidece, ahora comprende el proyecto de estos astutos gobernadores. No era a él a quien querían honrar, era el lazo para cazar a Daniel. ¿Cómo no se ha dado cuenta de la estratagema? ¿Cómo no ha pensado antes en Daniel? Él sabe que Daniel no obedecería esa orden del rey. Ve los rostros alegres de los gobernadores y eso le irrita.

Hace lo imposible por tratar de salvar a Daniel, su fiel servidor, de una muerte tan horrible.

La Biblia nos dice que estuvo hasta la noche tratando de librarle, hasta puesto el sol. No quiere decidirse a dejar a Daniel en el foso de los leones, sabe que Daniel es inocente. Sin embargo, los enemigos de Daniel no ceden en su intento, saben que una segunda oportunidad no llegará.

Todos dicen al rey:

—Ten presente, oh rey y señor, que una ley promulgada no puede ser revocada, ni cambiada. Ha sido firmada y así debe quedar.

Darío se dio cuenta de que todos sus esfuerzos por salvar a Daniel eran inútiles. Se da cuenta de cómo odian a Daniel y comprende muy bien por qué. Muy a pesar suyo ordena traer a Daniel. Apresuradamente se cumple su orden y traen a Daniel en medio de todos los alegres gobernadores.

Impotente Darío mira el espectáculo, no puede hacer nada por impedirlo. En voz baja dice a Daniel:

–El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, Él te libre.

Daniel es cogido y arrojado a los hambrientos leones. Una gran piedra es colocada sobre la apertura del foso y sellada por el rey. Esto quiere decir que nadie puede abrir el foso. Si alguno se atreve a romper el sello será castigado severamente.

Con la cabeza baja el rey vuelve a palacio. Los gobernadores también se marchan, pero llenos de alegría, su proyecto ha salido muy bien.

El silencio se ha hecho en las cercanías del foso. La oscuridad cae, se hace de noche...

Daniel 6:20-29

A la mañana siguiente un hombre se dirige rápidamente hacia el foso de los leones; es de madrugada, los campos están llenos de rocío pero aquel hombre no se fija en la belleza de la naturaleza, su aspecto es de tristeza y cansancio... es Darío, el rey.

Ha pasado la noche sin dormir pensando en Daniel, tampoco ha comido, no podía hacerlo. Tampoco ha escuchado música como solía hacerlo todas las noches. Esta noche toda expresión de alegría ha desaparecido para el rey. ¿Cómo podría estar alegre si su corazón estaba lleno de dolor...?

Toda la noche la ha pasado en vela, sus pensamientos están con Daniel, jamás encontrará otra persona como él. Se da cuenta de que todos sus gobernadores y príncipes son unos falsos hipócritas. No podía fiarse de nadie.

Su conciencia le remuerde, él ha tenido la culpa al firmar esa ley. Lentamente pasan las horas, la noche se hace interminable. A veces piensa: «¿tendrá el Dios de Daniel poder para salvarle?» Ha oído hablar mucho de ese Dios. Tal vez conocía la historia de los tres jóvenes en el horno de fuego. Pero... no tiene mucha confianza, no quiere sufrir una decepción. Sin embargo, no podía desechar ese pensamiento.

Quizás Daniel le ha hablado muchas veces de todos los milagros que ha obrado su Dios, el Dios de Israel.

Darío espera con impaciencia que llegue la mañana, pero al mismo tiempo le da miedo que amanezca. Desea ir al foso de los leones en cuanto amanezca. Quiere estar seguro de lo que ha sucedido.

Cuando comienza a amanecer el rey no puede aguantar más en su cama. Se levanta, rápidamente se viste y con el corazón palpitante se apresura a ir al lugar donde Daniel ha sido arrojado.

Cuando está cerca del foso escucha, pero no oye nada, hay un gran silencio alrededor. Por fin, con voz balbuciente, grita:

-Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo a quien tú continuamente sirves ¿te ha podido librar de los leones?

El rey queda impaciente escuchando, sostiene el aliento y escucha la voz alegre de Daniel que dice:

-Oh rey, para siempre vive. Mi Dios ha enviado Su ángel, que ha cerrado las bocas de los leones, para que no me hicieran ningún daño. Porque ante Él fui hallado inocente; y aún delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo.

El rey corre apresuradamente a palacio y da órdenes y luego inmediatamente regresa seguido de sus servidores.

Quitán la piedra y sacan a Daniel del foso y está pronto junto al rey.

Daniel, temeroso de Dios, ha pasado la noche entre esas fieras, más tranquilo que su rey. En compañía del mensajero celestial han pasado las horas de la noche. Los leones han estado tranquilamente tendidos a su alrededor. Para Daniel no ha sido una mala noche, un gozo y una alegría celestial ha llenado su alma, no tenía prisa porque amaneciera.

Como podemos ver para el Señor no hay nada imposible.

Este fiel siervo ahora está sano y salvo junto a su rey. Con gran emoción Darío abraza a Daniel con fuerza. Es como si un gran peso se le hubiera quitado de encima. Daniel está vivo...

La Biblia nos dice que el rey se alegró en gran manera. Sus ojos brillan de alegría.

El rey se dirige a sus siervos y les dice:

-Traed a los gobernadores con sus mujeres e hijos.

Pronto todos están ante el rey curiosos por saber qué desea. Pero cuando llegan al foso de los leones, se sorprenden, allí está su enemigo Daniel completamente ileso junto al rey. Se ponen pálidos.

—Arrojadlos al foso —ordena Darío.

Es inútil resistirse, son arrojados al foso y en esta ocasión Dios no enviará a Su ángel. Los leones hambrientos abren sus bocas esperando a sus presas.... desde lejos se escucha el rugido de los leones...

No es necesario contar nada más, ya podéis suponer lo que sucede en el foso. Baste sólo decir que antes de llegar al suelo, los leones ya les habían cogido.

Todos sin excepción desaparecen, luego se cierra el foso, sin sellar su piedra en esta ocasión. ¿Qué han pensado, de qué han hablado? No lo sabemos, pero el suceso ha impresionado profundamente a Darío pues promulga una nueva ley firmada por el rey.

Esta nueva ley es muy diferente dice:

—De parte mía es puesta esta ordenanza: Que todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque Él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido. Él salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; Él ha librado a Daniel del poder de los leones.

El rey ordena a todos sus súbditos, grandes y pequeños, ricos y pobres que honren y teman al Dios de Daniel, porque ha salvado a Daniel de esta terrible muerte.

Seguro que ahora deseáis saber cómo terminó Daniel. Poco podemos decir al respecto. La Biblia nos dice que tenía prosperidad durante el reinado de Darío y, no sólo en el de Darío sino también en el de Ciro, otro de los reyes persas. Daniel también era profeta y el Señor le hizo ver muchas cosas. Visiones y sueños maravillosos. Por la fe habló también de la venida del gran Rey de Israel, del Señor Jesús. Por la fe, en cierto modo, le ha visto. Daniel ha visto que su pueblo podía volver de nuevo a su país, y a Jerusalén. Él ha muerto en Babilonia a una avanzada edad.

En su larga vida han sucedido muchas cosas, se ha visto cercado de los mayores peligros, pero el Señor le ha librado. Al fin, Dios le ha llevado a Su Casa, es decir, a la gloria celestial. Ha muerto en paz y tranquilidad con una sonrisa en la boca.

¿Queréis vosotros morir también así? Es necesario, pues, que aprendáis lo que Daniel aprendió y que vuestros pecados sean perdonados en y por la sangre del Señor Jesús.

Pedídselo al Señor día y noche y que él os dé un fin de paz.

Capítulo 120

DE VUELTA A LA PATRIA

Esdras 1, 2 y 3

Entre los millares de judíos deportados por Nabucodonosor y que por muchos años estaban exiliados en el imperio babilónico, reinaba una gran agitación y alegría.

—¿Te has enterado? —se decían unos a otros. Ya podemos regresar a nuestra patria. Estamos libres.

Muchos no se atrevían a creérselo, ¿no sería un error...?

No, no es un error, es cierto, tienen el permiso para volver a su patria. Llevaban viviendo en Babilonia por más de setenta años. La mayoría de los judíos deportados ya habían muerto en este país extranjero y lejano. Sólo las personas más ancianas aún se acuerdan de cómo es Jerusalén, pero la mayoría de ellos jamás han visto la tierra de Canaán, habían nacido ya en Babilonia, aunque habían oído hablar mucho de Jerusalén.

Ahora están libres, pueden volver a su querida patria, no es, pues, extraño que haya tanta alegría entre ellos.

¿Qué ha sucedido para que les hayan concedido la libertad?

Ya no existía el poderoso imperio de Babilonia, había caído. Habían venido los medos y los persas y habían vencido al ejército babilónico, habían sitiado la capital del imperio y la tomaron, sucedió la noche en que Belsasar celebraba una magna fiesta. El rey persa, Ciro, había matado a Belsasar y nombró un virrey para que gobernara el antiguo imperio de Babilonia.

Así pues los judíos ya no estaban bajo el dominio de Babilonia, sino del rey de Persia, que ahora era el dueño y señor. En la Biblia el rey Ciro recibe otro nombre, también es llamado Kores, son dos nombres para designar al mismo rey.

Ciro publicó un edicto permitiendo a los judíos que lo desearan volver a su patria. ¿Por qué...? La Biblia nos dice que despertó Dios el espíritu de Ciro, rey de Persia, es decir, el Señor hizo que Ciro diera libertad a los judíos.

El profeta Jeremías ya había predicho que el exilio de los judíos duraría setenta años, esos setenta años han pasado y ahora reciben el permiso para volver, la Palabra de Dios se volvía a cumplir.

Hacia siglos también, el profeta Isaías había profetizado que bajo el reinado de un rey llamado Ciro, volverían a su patria. Y ahora vemos que la Palabra de Dios se cumple.

¿Qué debían hacer en Jerusalén...? La ley proclamada por Ciro, también lo dice. Tienen que reconstruir el templo del Señor que había sido destruido por Nabucodonosor.

Miles de judíos se preparan para el viaje. Jesúa y Zorobabel serán los jefes de esta primera expedición. Jesúa era sacerdote y Zorobabel era descendiente del piadoso Josías, descendía, pues, de la casa real de David. Ciro prometió que les ayudaría.

Muchos se preparan para el regreso. ¿Muchos? ¿Por qué no regresan todos...? Unos se encuentran en Babilonia muy bien acomodados, el viaje es largo y peligroso y no quieren exponerse, prefieren quedarse en Babilonia, es un lamentable error. A otros no se les permitía ir, como era el caso de Daniel y algunos más de los principales príncipes.

Pero son millares los que se van, de todas partes del imperio se reúnen en un solo lugar y allí se prepara el viaje.

El rey Ciro devuelve a los judíos que parten, todos los vasos de oro y plata que un día Nabucodonosor llevó a Babilonia, el tesorero de Ciro los entrega a Zorobabel. En total eran cinco mil cuatrocientos vasos y copas.

Cuando todo está preparado la expedición se pone en marcha, más de cuarenta y dos mil judíos con sus mujeres e hijos emprenden el largo viaje a través del ardiente y seco

desierto. Podemos estar seguros de que antes de salir han doblado sus rodillas para pedir a Dios que les guarde.

Tras un viaje de cuatro o cinco meses llegan a Jerusalén. La hermosa capital no es más que un montón de escombros, los muros están caídos, las puertas y los palacios quemados. Aquí y allá hay vigas a medio quemar. ¿Qué habrán pensado los judíos más ancianos...? Han recordado el momento en que Nabuzaradán, general de Nabucodonosor, les sacó fuera de Jerusalén. En su pensamiento aún escuchan el rugido de las llamas, oyen el chisporroteo de la madera ardiendo...

El templo también es un montón de escombros... Las lágrimas saltan de sus ojos. Todo son ruinas, parece imposible de restaurar.

Los jóvenes judíos nacidos en Babilonia, lo miran todo, pero en sus almas arde el deseo de reconstruirlo todo, de restaurar esos escombros.

Antes de iniciar esa ingente obra hay que buscar viviendas. Los exiliados regresados se dispersan por todo el país, van a las ciudades y pueblos en los que vivían sus ascendientes. El espectáculo es lamentable, por todas partes sólo se ven ruinas.

Con todas sus fuerzas comienzan a trabajar, se restauran las casas, se reconstruye cuanto está en escombros. Este trabajo les lleva unos seis meses, luego se reúnen en Jerusalén. Es el séptimo mes, un mes muy importante para los judíos, en él solían celebrar la Fiesta de las expiaciones, y unos días más tarde la Fiesta de los Tabernáculos.

Lo primero que hacen es levantar el altar de cobre. Se quitan las piedras antiguas y en el mismo lugar se edifica un nuevo altar sobre el que se ofrecen los primeros sacrificios. En esta ocasión el sacrificio no es encendido con fuego del cielo, como sucedió en tiempos de Salomón, son ellos mismos quienes han de encenderlo. Nuevamente se comienza a ofrecer sacrificios, la palabra del Señor se cumple.

Los cantores y levitas toman las arpas y demás instrumentos musicales y cantan salmos en honor del Señor.

Finalizadas las fiestas se inicia la reconstrucción del templo. Es uno de los fines por lo que han vuelto a Jerusalén, tal como el rey persa les ha ordenado. Se allana el suelo cubierto de

montones de escombros y se ponen los cimientos del nuevo templo. De nuevo suenan canciones. El Señor les ha ayudado, es verdad que no lo merecían, pero Dios es bueno para con ellos, Dios es fiel.

Cuando los jóvenes judíos ven los cimientos del templo dan gritos de alegría. Es un templo muy grande y hermoso, saltan de alegría, anhelan el momento en que el templo esté finalizado.

Pero... allí está un anciano judío, su pelo está blanco, las profundas arrugas surcan su rostro, no salta de alegría, sus ojos están llenos de lágrimas, está llorando; junto a él hay otros ancianos judíos que también lloran. Muchos se lamentan en alta voz. ¿Qué les sucede? Aquellos viejos judíos recuerdan el templo de Salomón, grande y hermoso. Este nuevo templo nunca será tan grande y hermoso como el primero, además algunas cosas se han perdido y no pueden ser reemplazadas. En el antiguo templo estaba el Arca del pacto, en el nuevo ya no estará el Arca, se perdió durante la destrucción de Jerusalén y lo mismo ha ocurrido con otras muchas cosas.

Esta es la causa por la que los judíos más ancianos están llorando. No pueden sentirse alegres, ni participar del excesivo júbilo de los jóvenes. El júbilo de los jóvenes se mezcla con el llanto de los ancianos. Es un extraño espectáculo.

Se traen grandes piedras que son colocadas con gran esmero, se cortan cedros en el Líbano, al igual que hizo Salomón. Se trabaja con gran celo, la obra avanza y no tardará mucho en que el templo estará levantado. Sin embargo, no ha llegado aún el momento...

Esdras 4

Cierto día unos extranjeros a caballo entran en la ciudad, preguntan por Zorobabel y los demás príncipes y cuando los encuentran les dicen:

-Hemos venido para ayudaros, porque buscamos al Señor

vuestro Dios. Queremos servir al Señor y juntos construiremos la casa del Señor.

Es una idea muy agradable, ¿no? Así podrán terminar antes, pero... Josúa y Zorobabel muestran un gesto preocupado y les responden tajantemente:

—No, no edificaremos junto con vosotros la casa a nuestro Dios, lo haremos nosotros solos. No necesitamos vuestra ayuda, *Ciro*, rey de Persia, nos lo ha mandado y así lo haremos.

¿Por qué Josúa y los príncipes no quieren aceptar esta ayuda...? ¿Quiénes son esos extranjeros...? Son samaritanos. En el capítulo 99 se narra que los judíos del reino de las diez tribus fueron deportados por el rey de Asiria. Entonces pueblos extranjeros y paganos se establecieron en la tierra de Canaán, junto con los judíos más pobres que habían quedado en la tierra. Los jóvenes de los israelitas se casaron con los jóvenes de esos pueblos paganos. Se mezclaron y los hijos nacidos de esos matrimonios mixtos recibieron el nombre de samaritanos.

Los israelitas hablaron a los paganos de su religión, pero los paganos habían traído sus ídolos de tal manera que también mezclaron las religiones.

Los samaritanos servían al Señor, al Dios de Israel pero habían adoptado muchas cosas del paganismo; era, pues, un culto mixto, servían al Señor a medias. Por este motivo Josúa y Zorobabel rechazaron su ayuda.

Los samaritanos se enojaron por este rechazo y regresaron cargados de odio contra los judíos decididos a vengarse.

Tras la muerte del rey *Ciro* durante el reinado de los reyes siguientes los samaritanos enviaron una carta al rey persa diciéndole: «Al rey *Artajerjes*, tus siervos. Sepa el rey que los judíos están reconstruyendo la ciudad de Jerusalén y debes prohibírselo, pues cuando hayan reconstruido Jerusalén, se rebelarán contra ti, como ha sucedido en otras ocasiones. Por este motivo queremos advertirte.»

Esto es una mentira, amigos, los judíos no habían terminado aún de reconstruir el templo y por tanto no habían comenzado la reconstrucción de Jerusalén.

Cuando el rey de Persia leyó la carta se asustó e hizo averiguar la historia de los judíos comprobando en los libros que,

efectivamente, éstos se habían rebelado varias veces contra Nabucodonosor.

El rey contesta a los samaritanos, diciéndoles que prohibirá a los judíos la continuación de la reconstrucción y tendrán que suspender de inmediato el trabajo. Con esta carta los samaritanos acuden a los judíos de Jerusalén y les impiden continuar el trabajo. Los judíos se llenan de tristeza, no pueden seguir trabajando, es una orden del rey.

El templo ha quedado a medio construir, pasan muchos años y los judíos se desaniman. Los samaritanos se ríen, han triunfado. Se han vengado.

Esdras 5 y 6

En estos tiempos difíciles y oscuros el Señor envía dos profetas a ese pueblo desanimado y triste. Son Hageo y Zacarías. Por orden divina deben animar a los judíos. Estos profetas dicen al pueblo que cuando muera el rey que dio la orden de suspensión de obras el nuevo rey que gobierne les permitirá continuar.

Los judíos no se atreven a desobedecer, temen ser castigados y deportados nuevamente.

Zacarías y Hageo les dicen:

—Así dice el Señor: Comenzad y terminad la construcción del templo. No temáis porque el Señor os ayudará. No os desaniméis. No penséis que este templo no es tan grande ni tan hermoso como el de Salomón, porque este templo será más hermoso ya que en él estará el Señor Jesús, el Salvador prometido desde hace mucho tiempo.

Los judíos le escuchan y tras años de forzado reposo, comienzan la obra. Los samaritanos se enteran y se dirigen rápidamente al gobernador persa que rige los países en nombre del rey. Este gobernador se llama Tatnai, quien sin tardanza emprende viaje a Jerusalén y pregunta a Zorobabel:

—¿Quién os ha autorizado a reconstruir el templo?

Zorobabel contesta:

—El rey Ciro nos envió para reconstruir la casa del Señor.

–Lo averiguaré –dice Tatnai, alejándose sin hacer ninguna prohibición a los judíos.

Escribe una carta a Darío, el nuevo rey persa, pidiéndole se le informe si es cierto lo que ha dicho Zorobabel. Darío hace que todo se investigue y después de mucho buscar aparece el rollo en que está escrita la ley de Ciro. Los judíos no han engañado al gobernador, los judíos han iniciado la reconstrucción por orden del rey. Inmediatamente el rey envía una carta a Tatnai que dice: «Es cierto lo que Zorobabel te ha dicho. Ahora debes ayudar a los judíos en su trabajo. Si necesitan piedras o maderas debes proporcionárselas; les darás todo lo que necesiten para la construcción de la casa del Señor. Incluso deben disponer de bueyes y ovejas para sacrificar a su Dios para que ese Dios me bendiga.»

Tan pronto el gobernador Tatnai recibe la carta acude a Jerusalén y les transmite la respuesta del rey preguntándoles qué es lo que necesitan.

Los judíos se llenan de alegría, el Señor les ha ayudado. Con gran ilusión emprenden la reconstrucción. El gobernador les provee de los materiales necesarios.

Los samaritanos se llenan de rabia, pero no pueden hacer nada.

Por fin la casa del Señor está terminada. Hageo y Zacarías han aconsejado al pueblo. Aunque el nuevo templo no es tan esplendoroso como el de Salomón, sin embargo, es un edificio hermoso. Los judíos están orgullosos.

Se consagra con gran alegría la casa del Señor. El humo del sacrificio sube al cielo y en muchos corazones de los judíos sube una oración de agradecimiento a su Dios, el Dios de sus padres que les ha ayudado de manera tan maravillosa.

Después celebran la Pascua, nuevamente son sacrificados los corderos pascuales. Estos judíos, en cierta manera, pueden muy bien imaginarse la alegría de los judíos salidos de Egipto. Ellos también habían sido salvados de la cautividad... El Señor les había manifestado sus grandes maravillas...

Capítulo 121

ESTER

Ester 1

En la ciudad de Susa, hermosa y gran capital del reino persa, se celebra una fiesta. Miles de personas de las más importantes de Persia se han reunido en la ciudad. El magnífico palacio real se llena de invitados. Es una fiesta que dura muchos días, la Biblia nos dice que duró ciento ochenta días, es decir, seis meses.

¿Cómo es posible que una fiesta pudiera durar tanto tiempo? Trataremos de explicarlo. Darío, el rey que permitió a los judíos ir a construir el templo, ha muerto, y le sucede su hijo Asuero. Su nombre es Jerjes, pero le llamaremos Asuero siguiendo lo que nos dice la Biblia.

El imperio persa se había engrandecido y hecho cada vez más poderoso. Ahora estaba dividido en ciento veintisiete provincias. Asuero había, pues, convocado a todos los gobernadores, generales y comandantes de su ejército ya que tenía el propósito de iniciar una guerra. Quería conquistar otros países, en esta ocasión se trataba concretamente de Grecia.

Una vez reunidos en Susa, deliberan la forma de realizar los proyectos y la duración de estos es tal, que por ello la fiesta dura tantos días. Cada día se celebran grandes banquetes y durante ellos se exponen nuevas ideas, nuevos proyectos.

Finalmente todo está preparado, un formidable ejército está

listo para la lucha, una gran flota está anclada en los puertos esperando la orden de partida.

Pero antes de que el rey salga con su ejército, antes de levar anclas y navegar hacia Grecia, el rey da una fiesta para todos los habitantes de la capital. Es una fiesta de despedida, luego zarparán para Grecia y el ejército marchará por tierra en la misma dirección. Asuero está convencido de que la victoria será suya, los griegos serán derrotados, él volverá triunfante y quiere celebrarlo por anticipado y lo festeja con magnificencia.

El palacio real es decorado con preciosos tapices blancos, verdes, azules, que son colgados con aros de plata y cuerdas de lino y de púrpura. Realmente el palacio es hermoso, los techos están sostenidos por columnas de mármol, las camas son de oro y de plata con inserciones de perlas y diamantes. Grandes mesas de maderas preciosas, platos y vasos hechos del oro más puro. Asuero es enormemente rico.

Los invitados comen, beben, ante ellos son colocados los manjares más exquisitos, los vinos son los mejores. Cada uno puede comer y beber cuanto desee, es la orden del rey. Es una fiesta impía, la mayor parte de los invitados se embriagan, no temen a Dios...

No sólo en el palacio del rey hay alegría y fiesta, también en el palacio de la reina hay fiesta. En este palacio están las principales mujeres de Persia, celebrando una fiesta de despedida que dura siete días. Llega el último día de la fiesta que debe ser el más agradable. Todos beben hasta embriagarse, no saben lo que hacen, incluso el rey hará cosas estúpidas. El rey estaba casado con una mujer muy hermosa, llamada Vasti. El último día de la fiesta, el rey exige a Vasti que acuda a su palacio, debe acudir vestida con sus mejores ropas adornada con las mejores joyas y ceñidas sus sienes con la corona real. Quiere el rey exhibir a su hermosa mujer.

–Id –ordena a siete de sus principales cortesanos– y traed a la reina.

Poco después vuelven los cortesanos, pero la reina no los acompaña.

–¿Dónde está Vasti, la reina? –pregunta severamente Asuero.

Los cortesanos le responden con timidez:

–Se ha negado a venir con nosotros.

Vasti tenía razón, ella había preparado una fiesta en su palacio y tenía que asistir a sus invitadas, sería una gran descortesía dejarlas solas. Además no se atreve a acudir a palacio donde están tantos hombres embriagados.

Cuando Asuero escucha la respuesta se encoleriza y lleno de ira exclama:

–¿Cómo se atreve a desobedecerme? Me las pagará. Sufrirá el castigo de su desobediencia.

La alegría de la fiesta ha desaparecido, hay silencio, todos se miran unos a otros, todos miran al rey angustiados.

Normalmente el rey tenía siempre junto a sí siete sabios para que le aconsejaran.

–¿Qué me aconsejáis? –les pregunta. ¿Qué debe hacerse con la reina? ¿Qué castigo merece?

Su mirada inquisitiva se dirige a cada uno de los sabios. Se hace una pausa, por fin uno de ellos dice:



La reina Vasti se niega al llamado del rey

—Rey y señor. No debes reconocerla más como esposa. Échala fuera, repúdiala, no puede seguir siendo reina, porque si se hace público lo sucedido, todas las mujeres serán desobedientes y ninguna de ellas querrá obedecer más a su marido. Vasti debe ser castigada severamente, será un aviso y escarmiento para todas las mujeres.

El rey escucha atentamente, asiente con la cabeza y dice:

—Está bien. Es un sabio consejo. Desde ahora mismo Vasti ya no es mi esposa. No quiero verla más, echadla fuera.

No era un consejo sabio; luego el rey sentiría remordimientos, había bebido demasiado vino y no sabía lo que hacía.

Las personas que beben demasiado siempre cometen imprudencias. ¿Habéis visto alguna vez a algún hombre borracho? A veces causan pena, gritan, cantan, se tambalean. Dios no ha creado al hombre para ese fin. El hombre debe vivir con honor y honrando a Dios, un borracho deshonra a Dios y se deshonra a sí mismo. Es un gran pecado la borrachera, pedid a Dios que os guarde de él.

La orden de Asuero se cumple. Vasti es rechazada vergonzantemente y echada fuera. No merecía eso, porque ella ha sido honrada y ha sabido guardar su fama.

Este incidente hace que la fiesta termine abruptamente, en lugar de ser el día más agradable se torna en un día desagradable. Todos los invitados abandonan silenciosamente el palacio real. Pronto por todo el reino se habla de la nueva ley firmada por el rey según la cual todas las mujeres deben obedecer a sus maridos.

Días después Asuero sale con su ejército. El suelo retumba por la marcha de tantos miles de soldados, el aire tiembla por los cantos de victoria. En el mar las naves surcan sus aguas. Marchan a conquistar Grecia.

Ester 2:1-18

Asuero está sentado en el trono del palacio real de Susa, está sombrío y taciturno con la cabeza entre las manos. Sí, ya ha

vuelto de su campaña a Grecia, las cosas no han salido como el rey había proyectado, su ejército poderoso ha sufrido una gran derrota, miles de sus marineros han muerto en aguas del Mediterráneo. Sus alegres cantos se han apagado. Asuero ha perdido la guerra. En su imperio hay luto y tristeza por las decenas de miles de hombres que salieron con júbilo y que jamás regresarán.

El rey está pensando sobre la derrota sufrida, sin cesar está pensando en ella. También piensa en Vasti, ve su alegre sonrisa; si ella estuviera le consolaría, le animaría. Ahora necesita su ayuda. Ha actuado irresponsablemente, pero entonces estaba borracho. El rey se arrepiente de lo hecho, pero ya no hay remedio. Sus cortesanos se dan cuenta de que el rey está pensando en Vasti. Temen que el rey les ordene buscarla y traerla ya que eso es ilícito, no puede hacerse ya que una ley de los persas no puede ser modificada.

Tratan de ayudar al rey:

–Señor –le aconsejan– debes buscar otra mujer. Debes tener otra reina en lugar de Vasti.

Piensan que si el rey tiene otra mujer llegará a olvidar a Vasti, ya que no tendrá tiempo de pensar en ella.

Asuero asiente, es una buena idea. Es verdad que piensa en Vasti, pero no debe hacerlo más ya ha pasado y no se puede hacer nada para remediarlo.

Por todo el reino se buscan jóvenes amables, guapas, entre ellas el rey debe elegir una por mujer.

Meses más tarde esas jóvenes viven en el palacio, disfrutan de los mejores manjares y son atendidas para mejorar su aspecto.

Luego son mostradas a Asuero una por una, pero antes de hacerlo son vestidas con elegantes ropas, adornadas con las mejores joyas. Todas se esfuerzan por agradar al rey y ser escogidas. Pero ninguna de ellas merece la atención del rey. ¿Ni una sola...?

Una joven es traída al rey, su aspecto es modesto, no está llena de joyas, su vestido es modesto y decente.

–Sí –piensa– esta joven debe ser mi mujer. Ella será la reina.

Esta joven se llama Ester. Es huérfana, no tiene padres, vive con su tío que se llama Mardoqueo, que la trata como si fuera su propia hija, en su casa nada le falta.

Es tan hermosa que ha sido llevada directamente de la casa de Mardoqueo al palacio real y ahora es elegida reina. No es orgullosa, no se enoja, es humilde y precisamente por su humildad es la más hermosa de todas y todos la quieren.

Jóvenes, esta historia es también una lección para vosotras. No penséis que las joyas y adornos son lo que más embellece, al contrario, la modestia es el adorno más hermoso.

Sin embargo, Ester no era una joven persa, sino judía... Era de las exiliadas. Pero no advirtió al rey de ello. No es que se avergonzara de su pueblo, pero más tarde tendría mejor oportunidad para hacérselo saber.

El rey Asuero ordena preparar un gran banquete, se celebrará la fiesta de bodas.



Ester ante el rey Asuero

Ester 2:19-23

Todos los días un hombre, modestamente vestido, pasea frente al palacio real. A veces se sienta ante la puerta. Es Mardoqueo el tío de la reina, no ha olvidado a Ester. Siente el vacío en su casa, la echa de menos.

Como comprenderéis lo que trata es de interesarse por cómo está la reina. Tampoco Ester ha olvidado a su tío, pese a la distancia existente entre ambos. Ester era la reina del gran imperio persa y Mardoqueo un pobre judío. Sin embargo, los dos continuaban amándose.

Un día Mardoqueo se entera de que dos cortesanos intentan matar al rey, se trata de Bigtán y Teres. La Biblia nos dice que estaban enojados contra el rey. No sabemos cómo Mardoqueo se enteró de ello, pero sabiendo que la vida del rey estaba en peligro se lo comunica a Ester, la cual se lo hace saber al rey y le dice que Mardoqueo ha descubierto la conspiración. Asuero hace que se investigue y descubre que es cierto y ordena que los dos conspiradores sean ahorcados.

El rey ordena que este acontecimiento sea anotado en las crónicas, es decir, en los libros de la historia para que no se olvide.

No obstante, Mardoqueo no recibe ninguna recompensa por su noble acción.

Ester 3

Un hombre sale del palacio real, ha estado en audiencia con el rey. Con lentitud se dirige a la salida. Mira a su alrededor con orgullo, todos le saludan, pero él no saluda a nadie. Es Amán, amigo de Asuero, que todos los días visita el palacio real. El rey le ha otorgado grandeza y poder, le ha puesto sobre todos los príncipes del imperio. Todos deben inclinarse ante él.

Amán es amalecita, uno de los descendientes de Agag, rey de Amalec, al cual Saúl perdonó la vida y tuvo que matarle el anciano juez Samuel.

Amán desciende, pues, del linaje real de Amalec y ahora es de repente uno de los principales del imperio persa. El rey ha ordenado que todos han de arrodillarse ante él, por tanto, han de darle honra divina.

Sale por la puerta del palacio, y cuantos están allí sentados se levantan y se arrodillan respetuosamente. Amán se siente orgulloso. Pero no todos se levantan, un hombre permanece sentado, es Mardoqueo, el judío, que se niega a obedecer la orden de Asuero, no se arrodilla delante de ningún hombre, sólo ante Dios.

Esto no sucede una sola vez, sino muchas veces. Amán no parece darse cuenta de ello, pero los otros que están sentados con él sí se dan cuenta y preguntan a Mardoqueo:

–¿Por qué no obedeces la orden del rey?

Mardoqueo les responde con tranquilidad:

–No puedo arrodillarme delante de ningún hombre. El Señor me lo ha prohibido, porque soy judío.

Todos se ríen de él.

–La orden del rey –le dicen– es para todos. Debes, pues, obedecer.

Pronto dicen a Amán que Mardoqueo no quiere arrodillarse ante él, porque es judío.

El orgullo de Amán no le ha permitido observarlo, pero la próxima vez lo observa y se da cuenta de que es verdad, Mardoqueo sigue sentado, mientras los demás se arrodillan respetuosamente.

Amán se enfurece y un odio desenfrenado se desata contra ese testarudo judío. Piensa en vengarse. No se conforma con castigar a Mardoqueo, su idea es más infame y diabólica. Hará matar a todos los judíos y así ese pueblo desaparecerá de la tierra.

El antiguo odio de los amalecitas contra los judíos aún prevalece. Se vengará de los enemigos de su pueblo. Lo discutirá con el rey.

Con amable semblante Amán dice a Asuero:

–Rey y señor, en tu país hay un pueblo presuntuoso, orgulloso y testarudo. Sus leyes son diferentes a las de nuestro pueblo y no quieren obedecer los mandamientos que tú das. Son

alborotadores y rebeldes. Permíteme que destruya a ese pueblo haré matar a todos, pequeños, adultos y viejos. De esta forma no te molestarán más. Además te daré diez mil talentos de plata como reconocimiento.

Trata de corromper al rey, diez mil talentos significaban millones de pesetas.

Amán ha mentido, los judíos no eran rebeldes, ni mucho menos.

El diablo, por medio de la mentira de Amán trata de exterminar al pueblo judío. ¿Por qué...?

El diablo sabe que de ese pueblo un día nacerá el Señor Jesús y el diablo tratará de impedir tal cosa; si consigue exterminar al pueblo judío el Señor Jesús no podrá nacer. Las promesas de Dios tienen que ser destruidas. El diablo lo ha intentado muchas veces.

El rey escucha la petición de su mejor amigo. No se atreve a rehusar su petición.

—De acuerdo —dice. Si se trata de gente tan testaruda y orgullosa es mejor que desaparezcan de la tierra ya que pueden ser una amenaza para el imperio. Haz lo que mejor te parezca, no necesitas darme dinero.

Como una prueba más de su amistad, el rey se quita su anillo, el anillo con el sello real, y se lo da a Amán, lo cual significa que le da el poder para destruir el pueblo entero. Puede hacer lo que quiera. Puede sellar todas las leyes que desee. Amán tiene todo el poder. Se inclina ante el rey y sale del palacio.

Una sonrisa triunfal cruza su rostro. Cuando sale por la puerta ve como Mardoqueo sigue sin arrodillarse y piensa: «Tú y tu pueblo me las pagaréis.»

Comienza a maquinarse sus proyectos y desea saber cuándo deberá realizarlos, para ello, echa suertes. Esta práctica se realizaba también entre los judíos, pero éstos pedían al Señor que les dirigiera todo. Amán invoca a los ídolos y éstos deben manifestarle cuál es el momento oportuno. La suerte está echada, el proyecto habrá de realizarse pasados once meses, entonces será la gran matanza.

Amán cree que los ídolos le han señalado el día, pero la realidad es que ha sido el Dios del cielo y de la tierra quien lo

dirige todo. No será para beneficio de Amán, sino del pueblo judío, todo será para perdición y ruina de Amán, pero él no lo sabe.

Una vez fijado el día de la matanza se preparan las leyes para todos los pueblos que viven en el gran imperio persa.

Esas leyes son selladas por Amán con el anillo real, lo cual significa que no pueden ser cambiadas.

Posteriormente las leyes se envían a todos los gobernadores y príncipes del imperio.

Antiguamente no era tan sencillo como hoy, entonces no había trenes, aviones, ni automóviles. Esas leyes selladas eran remitidas por correos que se encargaban de llevarlas a su destino. Los correos eran hombres que marchaban con rapidez a los lugares más lejanos, estaban acostumbrados y ello hacía que no se cansaran fácilmente.

En estas leyes estaba escrito: «El trece del mes duodécimo todos los judíos, desde el más joven hasta el más viejo, tanto niños como mujeres, tienen que ser matados».

Su publicación causa gran temor entre los judíos, están perdidos, todo está perdido. Van a morir sin excepción. También en la capital, Susa, se publica la ley. Aquí vivían muchos judíos que no acompañaron a Jesúa y Zorobabel. Pero también los judíos de la tierra de Canaán serían matados porque allí reinaba un gobernador persa en nombre del rey Asuero.

La Biblia dice: «La ciudad de Susa estaba conmovida». Los judíos estaban afligidos y lloraban.

Aquella noche miles de judíos doblaron sus rodillas suplicando al Señor, Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que les salvara del gran apuro. No sabían qué hacer; para ellos todo estaba perdido, pero para Dios todo es posible y por tanto, oraron a Dios por su salvación. ¿Les ayudaría...?

Esa misma noche Amán y el rey estaban juntos en el salón real. Estaban conversando tranquilamente, vaciaban copa tras copa hasta que ambos terminaron embriagados.

Capítulo 122

ESTER (Continuación)

Ester 4

Mirad, un hombre camina con sus vestidos rasgados, cubierto con un saco y ceniza. La Biblia nos dice: «Vistióse de saco y ceniza». Camina lentamente por la ciudad, se lamenta y grita con gran clamor. Es Mardoqueo, tío de Ester, que ha conocido lo que dice la nueva ley.

En su caminar llega a la puerta del palacio real y se queda allí, no puede entrar en palacio, porque una persona vestida de luto no puede entrar, los reyes persas no quieren ver luto ni tristezas, prefieren las fiestas y la alegría. Por esta razón Mardoqueo queda en la puerta del palacio. Poco después un criado sale del palacio llevando consigo algunas ropas y se dirige directamente a Mardoqueo, que está lamentándose.

Este criado viene de parte de la reina, a quien las damas de palacio han dicho que han visto a Mardoqueo vestido de luto. Ester se espanta al oírlo y envía esos ropajes a Mardoqueo para que le pregunte la razón por la que está de esta forma, quiere conocer la causa. Esto nos hace comprender que Ester desconoce la nueva ley que ha sido proclamada.

Mardoqueo se lo cuenta al siervo y le entrega un rollo en el cual está escrita la ley proclamada por Amán y sellada con el anillo real.

–Vuelve a la reina –dice Mardoqueo– y dile todo. Dile que acuda al rey y solicite clemencia para ella misma y para su pueblo.

El criado vuelve al palacio con el mensaje y sale poco después y dice a Mardoqueo:

—Señor, la reina quiere hacerte saber que hace más de treinta días que no ha sido llamada por el rey. Si se atreve a presentarse ante el rey sin habérselo solicitado, será matada por Asuero, a no ser que le alargue el cetro de oro.

Ester debe haber sufrido un gran disgusto al conocer la nueva ley, pero no se atreve a acudir ante el rey para solicitar clemencia para ella y para su pueblo. Entonces se descubrirá que es judía y precisamente en este momento es lo que menos le conviene, ya que podría ser matada. Ester tiene miedo. Sólo



Mardoqueo envía la ley a Ester

si el rey le extiende el cetro de oro podría salvarse. ¿Qué significa esto...?

Los reyes orientales solían tener un bastoncillo de oro con muchos adornos y grabados, era la señal del poder real. Este bastoncillo de oro se llamaba «cetro».

Ester no sabiendo qué hacer, envía nuevamente a su criado a Mardoqueo, el cual escucha atentamente y dice a su criado:

–Di a Ester que no piense que por ser reina va a salvar su vida. Pero Dios salvará a los judíos. Si Ester no se atreve a interceder, la salvación vendrá de otra forma, pero la reina morirá. Dile que acuda al rey, posiblemente ha sido elegida reina por esta causa, el Señor lo ha dirigido todo así.

El siervo transmite el mensaje a la reina. Se hace un denso silencio, para Ester no es tan fácil presentarse ante el rey sin haber sido llamada, este atrevimiento puede costarle la vida. Ante esta situación eleva sus ojos al cielo. Sabe que Dios es el Señor de la historia, quien dispone de la vida y de la muerte.

Seguidamente toma una firme decisión, irá. Se sacrificará por su pueblo y si es necesario morirá para salvar a su pueblo.

–Vuelve a Mardoqueo –dice en voz alta– y dile que reúna a todos los judíos de la ciudad de Susa. Que no coman, ni beban durante tres días, que se dediquen solamente a hacer oración al Dios del cielo, yo haré lo mismo y después iré al rey. Si he de morir, moriré.

No es una temeridad, Ester se pone en manos del Señor y está dispuesta a dar su vida por amor a su pueblo.

Cuando Mardoqueo recibe la noticia se apresura a obedecer la orden de la reina. Durante los tres días siguientes la oración de los judíos sube al Dios vivo, al Dios de Abraham, Isaac y Jacob. ¿Será escuchada...?

Ester 5

Una mujer atraviesa el patio del palacio real camino del salón del trono, donde Asuero está sentado. Viste hermosas ropas,

vestimentas reales. Se aproxima con calma, pero su corazón palpita velozmente y su rostro está pálido. Cuando se ha acercado de forma que el rey pueda verla, se detiene. Sus manos tiemblan. Como podéis suponer se trata de la reina Ester.

Han pasado unos días desde que Mardoqueo dio la orden a todos los judíos para que orasen por ella. Ahora, al tercer día, va al encuentro de su marido. Eran costumbres extrañas las de aquellos tiempos, como podéis imaginaros. Ahora la esposa no tiene ningún miedo de ver a su marido. Antes era diferente, sobre todo, entre los reyes.

Allí, pálida, temblando, ... está Ester... ¿Qué dirá el rey...? ¿Ordenará matarla por haber violado la ley...? Desde su alma una oración se eleva a Dios pidiéndole ayuda... De pronto el rey la ve y alarga su cetro de oro. La vida de Ester está a salvo. Ha sido obra de Dios, Él ha dirigido a Asuero. La reina se acerca y con su dedo toca la punta del cetro de oro. Está a punto de gritar de alegría... Con amabilidad Asuero le pregunta:

—¿Por qué has venido, reina Ester? ¿Qué deseas de mí? Dímelo y atenderé tu súplica. Te daré lo que quieras, aunque sea la mitad de mi reino.

Asuero sospecha que se trata de algo muy especial, porque de otra forma Ester no se hubiera atrevido a acudir a él.

—Rey y señor —dice— concédeme el privilegio de acudir a cenar a mi habitación con Amán y durante la cena te explicaré la causa por la que me he dirigido a ti sin petición previa.

No quiere decir nada para evitar que todos los allí presentes se enteren. Una cena es el mejor momento para decir algo.

El rey prestamente promete:

—De acuerdo, iré.

Ester se retira, todo ha salido mejor de lo que esperaba, Dios no la ha abandonado.

Mientras tanto se envía un mensaje a Amán para que se prepare de prisa porque la reina le ha invitado a cenar. Cuando lo oye se pone nervioso. Él, sólo él acudirá con el rey para cenar junto a la reina. Ningún otro príncipe ha sido invitado. Con nerviosismo acude a cambiarse de ropas, se viste con sus mejores galas para esta ocasión y después se dirige prestamente a palacio. No quiere llegar tarde.

No tardan en estar sentados a la mesa de la reina Ester. Amán ha comido con mucho apetito y no se ha dado cuenta de que la reina estaba un poco nerviosa y no hablaba mucho.

Cuando terminan la cena el rey pregunta:

–Ester, ¿por qué acudiste a mí? ¿Qué querías pedirme?

Ester guarda silencio. Ahora llega lo más difícil, ¿hablará...?

Por fin tímidamente dice:

–Rey y señor, espero que no te enfades conmigo pero ¿quieres cenar mañana de nuevo con Amán en mi casa? Mañana te lo diré.

¿Por qué lo ha dejado para mañana...? Ni siquiera ella lo sabe. En su interior siente que aún no debe hablar.

El rey está alegre y de buen humor y accede al ruego de Ester, prometiendo volver a la noche siguiente con Amán.

Amán vuelve a su casa, está de buen ánimo, todos a su paso se levantan y respetuosamente se arrodillan. Sólo un hombre queda sentado, es Mardoqueo que se ha quitado su traje de luto y ahora está sentado a la puerta del palacio del rey.

Amán lo ve, se encoleriza, y piensa en su próxima venganza.

Al llegar a casa convoca a su mujer y a sus amigos para contarles los honores que ha merecido, con detalle les cuenta todo lo sucedido, alardea de sus riquezas y de ser el mejor amigo del rey y de la reina.

–Mañana otra vez comeré con el rey y la reina –finaliza su relato.

Es el primero, después del rey.

De repente un rasgo de amargura aparece en su rostro, piensa en Mardoqueo que no se arrodilla ante él.

–Sin embargo, hay algo que enturbia mi gozo –exclama de repente– ese Mardoqueo no quiere darme honores, no quiere arrodillarse ante mí. Ese judío testarudo es el que enturbia mi felicidad.

Está encolerizado.

–No te preocupes –le dice su mujer– si se trata sólo de un judío, no te molestes, haz una alta horca y pide permiso al rey para ahorcale mañana.

Los ojos de Amán brillan por el odio, es una buena idea. Rápidamente imparte sus órdenes. Antes de la puesta de sol,

cerca de la casa de Amán, se alza una horca que sobresale por encima de los edificios. Amán la hace construir tan alta para que pueda ser vista por todos los habitantes de Susa y se den cuenta de que nadie puede reírse de él. Además, será una advertencia para los demás. Todos deberán arrodillarse y el que no lo haga...

En su mente ya ve a Mardoqueo balanceándose de la horca. Con ansiedad espera que amanezca, entonces podrá satisfacer sus ansias de venganza.

Ester 6

Ha llegado la noche, la gran ciudad de Susa, tan animada y alegre durante el día, ha quedado sumida en el silencio y la tranquilidad. Sus millares de habitantes duermen tranquilamente. Sin embargo, en el palacio real hay luz, ¿qué estará sucediendo...?

Asuero no puede dormir, ¿qué le ocurre...? Ni siquiera él lo sabe... Da vueltas y más vueltas en su cama, imposible dormir. Otras veces le había ocurrido, pero había ordenado que le tocaran algún instrumento musical y se había quedado dormido, ahora no, no quiere quedarse dormido con la música. Por orden suya se traen los libros de las crónicas, donde está escrita la historia de los reyes y del pueblo persa. Todos los sucesos más importantes están allí reflejados. Pide que le lean el libro. El rey escucha tranquilamente. De pronto el lector lee que Mardoqueo descubrió la conspiración y advirtió al rey por medio de la reina.

De pronto Asuero interrumpe al lector:

-Deja la lectura un rato -ordena. ¿Qué recompensa se dio a Mardoqueo por esta acción?

Algunos criados le respondieron:

-No se dio ninguna recompensa por esta acción.

Asuero se queda pensativo... De pronto unos pasos se oyen en el patio del palacio real.

—Mirad a ver quién viene a estas horas de la madrugada —ordena el rey.

—Amán está en el patio —le responden.

—Decidle que entre inmediatamente —ordena el rey.

El amaletita orgulloso, amigo de Asuero, entra. Fuera está amaneciendo, llega el alba. Amán se ha levantado muy temprano, no podía estar por más tiempo en su cama, sus vengativos pensamientos le tenían intranquilo.

Con premura se ha dirigido al palacio real para solicitar al rey permiso para ahorcar a Mardoqueo, el judío.

Está seguro de que el rey le concederá el permiso que solicita, confía en que el rey esté ya despierto, pese a ser tan temprano. Apenas ha entrado en el palacio real y es avisado para que entre donde está el rey. Ha sido una magnífica ocasión.

Está ante el poderoso rey persa, pero no le da tiempo a decir ni una palabra, pues el rey se dispone a hablarle y no es conveniente hablar.

—Amán, ¿qué se hará con el hombre a quien el rey quiere honrar?

Amán piensa: «Él se está refiriendo a mí, pues yo soy su amigo más íntimo y, por tanto...»

La pregunta le ha cogido de improviso, pero rápidamente debe decidir algo grande, porque jamás se volverá a presentar una ocasión como ésta. Una idea cruza su mente, pedirá ser considerado como el mismo rey.

—Señor y rey mío —dice— al varón a quien desea honrar, que se le vista con el vestido con que se viste el rey, que monte el caballo sobre el que el rey cabalga y cíñase su cabeza con la corona real. Sea el caballo conducido por algunos de los más nobles del reino y paséenlo por todas las calles de la ciudad para que todo el mundo lo vea. Que un príncipe le preceda diciendo: «Éste es el varón a quien el rey desea honrar.»

En su pensamiento se ve cabalgando en el caballo del rey, vestido con ropas reales y ceñido con su corona. Todos le admirarán. Guarda silencio, pero su corazón palpita apresuradamente.

Con tranquilidad el rey le mira, pero Amán no descubre el

brillo de sus ojos. Asuero ha comprendido que Amán habla de sí mismo. Se da cuenta del orgullo desmedido de su favorito.

–Ve –dice Asuero con una sonrisa en los labios. Ve y haz eso mismo con Mardoqueo, el judío. Date prisa, toma tus vestidos reales y la corona, coge mi caballo y pásale por toda la ciudad.

Amán queda paralizado, enrojece y palidece.

–Haz exactamente lo que has dicho. No omitas nada –le advierte el rey.

Amán se resiste, es imposible, pero no le queda otro remedio. El rey se lo ha ordenado y sabe muy bien que Asuero no revocará sus palabras.

Con pasos lentos se dirige a la puerta, sus piernas tiemblan...

Mardoqueo, vestido con vestiduras reales, ceñido con la corona, montado sobre el caballo del rey y delante de él, Amán...

Todo el mundo mira sorprendido. Amán, el poderoso amalecta, clama a gran voz:

–Éste es el varón a quien el rey desea honrar.

Amán está avergonzado, es una humillación para él...

Con rostro sorprendido los habitantes de Susa ven pasar el cortejo, muchos tienen una expresión burlona. El orgulloso y presuntuoso Amán bien merece esa humillación.

Por fin, Amán vuelve, ha cumplido su misión. Mardoqueo está tranquilo, como si no hubiera sucedido nada, tras cambiarse de vestidos vuelve a sentarse a la puerta del palacio. Amán corre a su casa. No se atreve a levantar la cabeza. La Biblia dice: «Cubierta su cabeza».

Cuando regresa a su casa, se deja caer sobre un banco y llorando oculta su rostro entre sus manos.

–¿Qué te sucede? –le pregunta su mujer angustiosamente.

Amán se lo cuenta todo, sus amigos también están presentes. Han estado esperando su regreso con impaciencia para saber que ocurriría, si el rey concedería a Amán permiso para ahorcar a Mardoqueo. Se hace un denso silencio.

Poco después los siervos del rey acuden a llamar a Amán para que se prepare para la cena con la reina Ester. Amán se



Amán y Mardoqueo

sobresalta, hubiera preferido quedarse solo en su casa, no le apetece ir, pero está obligado. No se atreve a negarse.

Poco después abandona su casa y se dirige al encuentro del rey que tanto le ha humillado.

Ester 7

—Ester, ¿qué deseabas pedirme? Dímelo. Cualquiera que sea tu petición, te será concedida.

Asuero queda mirando a su mujer en espera de respuesta. Ha finalizado la cena. Amán aún está con ellos. La cena no ha sido para él tan agradable como la noche anterior.

Con seguridad Ester ha sabido lo que ocurrió pero no se ha referido a ello. Ahora ha llegado el gran momento, hay que decidir no sólo por su vida, sino también por la de su pueblo. Amán está humillado. Tenía que ocurrir así. Todo estaba dirigido por el Señor. El rey no podía dormir y pidió que se le leyeran las crónicas, se tuvo que leer el pasaje de Mardoqueo. Dios lo había dirigido todo para llevar a cabo Sus planes. Era obra de Dios.

Tras un profundo silencio, Ester dice en voz baja:

—Si he hallado gracia en tus ojos y si al rey le place, séame dada mi vida por mi petición y mi pueblo por mi demanda. Porque vendidos estamos yo y mi pueblo para ser muertos y exterminados. Si para siervos y siervas fuéramos vendidos, me callaría; pero nuestra muerte sería para el rey un daño irreparable.

Se hace un penoso silencio.

El rey asombrado mira a Ester y pregunta:

—¿Quién es el que desea hacer eso?

La voz de Ester suena temblando de indignación:

—El enemigo y adversario es este malvado Amán.

Su rostro está rojo, sus ojos brillan, su brazo extendido señala a Amán, que temblando palidece. Ahora el rey lo entiende todo, su mujer también es judía.

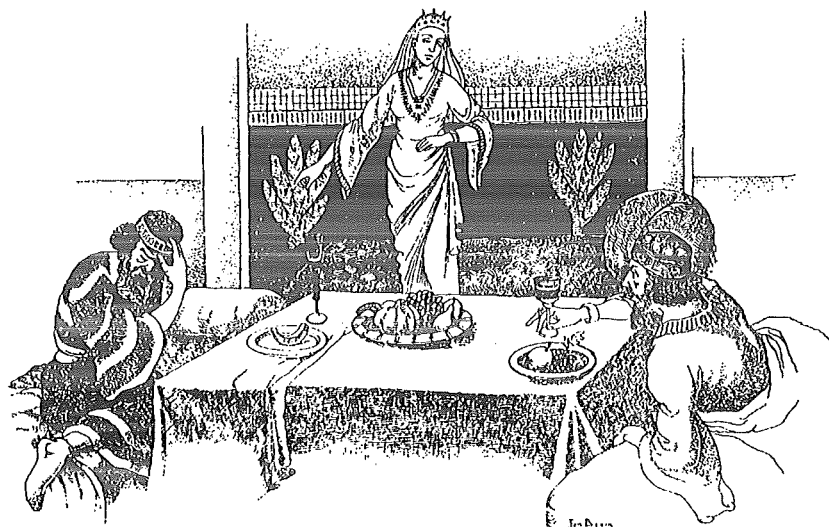
Asuero se excita, va de un lado para otro, tiembla de ira.

Amán también se da cuenta de que la reina también pertenece a ese pueblo judío condenado a muerte. No lo sabía, ni siquiera lo había sospechado. Ve como el rey se levanta y se marcha, pero una cosa tiene segura, el rey no le perdonará nunca, la única posibilidad es que la reina interceda por él ante el rey Asuero.

En su desesperada angustia Amán cae de rodillas ante la reina suplicándole perdón. Todo su cuerpo está temblando. Asuero vuelve y va a Amán postrado ante la reina. Irritado exclama:

—¿Te atreverás a dañar a la reina en mi propia casa...?

Leamos lo que dice la Biblia: «Al pronunciar el rey esta palabra, le cubrieron el rostro a Amán». Es decir, algunos criados se acercaron y pusieron un paño sobre el rostro de Amán. Esto solía hacerse en Persia cuando uno era condenado a muerte, lo cual quiere decir, que Amán fue condenado a muerte.



Ester denuncia el complot de Amán

Uno de los siervos dice:

–Rey y señor, ¿te has enterado de que Amán ha ordenado construir una horca para Mardoqueo que salvó tu vida? Esa horca ha sido levantada cerca de su casa y en ella quería ahorcar a Mardoqueo.

–¿Cómo? –dice el rey– ¿Esa horca ha sido preparada para Mardoqueo? Colgad a Amán en ella.

Apresuradamente los criados cumplen la orden. Todos odian al presuntuoso amalecita.

Por última vez Amán se dirige hacia su casa, pero en esta ocasión no entra... Poco después su cadáver se balancea en la alta horca, no ha sido Mardoqueo, sino Amán. Dios ha ajustado con este orgulloso las cuentas. El Señor era quien ayudaba al pueblo judío. El proyecto malvado de este enemigo del pueblo judío estaba condenado al fracaso. No es Amán quien gobierna, sino Dios.

Los acontecimientos han tomado un giro maravilloso. Todo ha cambiado en un solo día. Todo lo ha hecho el Señor, para Él no hay nada imposible.

Ester 8, 9, y 10

Tal vez os estáis preguntando... ¿Cómo terminó todo...?

Ester ha hecho saber al rey que Mardoqueo es su pariente, que tras la muerte de sus padres la recogió en su casa y la cuidó muy bien.

Asuero manda a buscar a Mardoqueo y el rey le da el anillo que antes había entregado a Amán. Ordena que se le vista con prendas de color azul celeste y blanco, que se le coloque la corona del rey y el manto.

Sin embargo, el pueblo judío seguía estando en peligro ya que existía una ley terrible. La reina le suplica a Asuero que revoque dicha ley, pero el rey no puede hacerlo, pues una ley de los medos y los persas no puede ser cambiada.

¿Qué hacer ahora...? Es una situación muy difícil... Sin

embargo, se encuentra una solución. Él concede que se apruebe otra ley en la que se permita a los judíos el derecho a defenderse. Esta ley es dada a conocer por todo el vasto imperio a través de correos. A todos los rincones del imperio llega esta nueva ley.

Pronto se divulga la noticia de que la reina es judía. Casi nadie se atreve a hacer daño a los judíos. Muchos sienten simpatía hacia ellos. Es posible que hasta el ejército se pone de parte de los judíos, no los atacarán, por el contrario los defenderán. Más de setenta y cinco mil enemigos de los judíos son matados. Entre los judíos reina una gran alegría, esa noche muchos judíos han dado gracias al Señor por su salvación. Dios los ha salvado. El esfuerzo por exterminarlos ha fracasado. El diablo no ha conseguido su propósito de impedir la venida del Señor Jesús, Dios ha obtenido la victoria.

Esta historia no debe ser olvidada, Mardoqueo establece un día de fiesta para conmemorarla. Cada año se conmemorará este día. Es la fiesta que los judíos llaman del «Purim» y que la celebran hasta el día de hoy. En esta fiesta conmemoran el fracasado intento de Amán contra el pueblo de Israel. Durante muchos años Mardoqueo está en la corte persa, era el segundo en poder después del rey, ha luchado y ayudado a su pueblo.

Una cosa debemos decir, antes de terminar. En el libro de Ester no está escrito ni una sola vez el nombre de «Dios» o del «Señor», sin embargo, en cada página de este libro podemos ver la intervención y la providencia del Señor.

Capítulo 123

ESDRAS, EL ESCRIBA

Esdras 7 y 8

En el capítulo 120 vimos como Ciro, rey de Persia, dio a los judíos libertad para regresar a su país. En Jerusalén tenían que reconstruir la casa del Señor.

Bajo la dirección de Jesúa y Zorobabel, miles de judíos regresaron al país de Canaán. Es verdad que no regresaron todos los judíos, ya que muchos prefirieron quedarse a vivir en Babilonia y Persia, pues allí se encontraban muy bien acomodados y no deseaban regresar al país de sus padres. Cincuenta años más tarde un nuevo grupo de judíos se prepara para volver al país de Canaán, este grupo será conducido por Esdras, el sacerdote.

En este intervalo ha ocurrido el vil proyecto de Amán, el amalecita, para exterminar al pueblo judío. Asuero, casado con Ester, ya no vive. Algunos dicen que fue asesinado. Un nuevo rey gobierna ahora en Persia, la Biblia le denomina con el nombre de Artajerjes, ha sido un rey muy inteligente y durante su reinado los judíos han vivido en paz y tranquilidad y han prosperado.

Artajerjes permite a Esdras que vuelva a Jerusalén y con él todos los judíos que lo deseen. Esdras tenía que inspeccionar si los judíos residentes en Canaán vivían de acuerdo con las ordenanzas del Señor, y si los sacrificios eran ofrecidos correctamente en honor del Dios de Israel.

El rey les entregó también vasos y copas de oro para utilizar en el servicio del Señor.

En las proximidades de la ciudad de Susa, cerca del río, Esdras reúne al pueblo que le acompañará. En esta ocasión le acompañan muchos sacerdotes. A petición de Esdras algunos levitas les acompañan. Comienzan a realizar los preparativos para el largo viaje. Durante varios días permanecen aún a las orillas del río en Persia. El viaje es muy largo y peligroso. Deben atravesar un ardiente desierto y además lleno de peligros ya que en él viven cuadrillas de malhechores, que podrían atacarles y no sólo robarles el oro y la plata que porten, sino también matarles. Esdras está asustado.

Tal vez Esdras podía solicitar al rey que les acompañe un ejército para protegerlos, seguro que el rey no le negaría esta petición. Pero Esdras no se atreve a hacerlo.

Ha hablado muchas veces con el rey Artajerjes sobre el Todopoderoso Dios de Israel y le ha dicho que ése es el único Dios del cielo y de la tierra. Le ha relatado los milagros que ha obrado durante los reinados de Nabucodonosor y Belsasar. Si ahora le pide ayuda al rey sería como decirle que Dios no es poderoso para guardarles en el camino y conducirlos a Jerusalén. Sería como decir que no tiene confianza en Dios.

Esdras no quiere pedir ayuda a este rey pagano, para evitar que Artajerjes dude de la veracidad de sus palabras. ¿Sabéis que hace...?

Antes de emprender el viaje dedica un día a la oración. Todos juntos pedirán la protección del Señor. Si Dios les protege estarán mejor protegidos que por cualquier ejército.

Hay una lección para nosotros, jóvenes. Cuando estamos en dificultades ¿acudimos al Señor en busca de protección y ayuda, o acudimos a nuestros amigos? Muchas veces sólo acudimos al Señor como último recurso... Cuando nadie nos ayuda entonces doblamos nuestras rodillas delante del Ser Supremo y pedimos que nos ayude. ¿Y sabéis lo que debe avergonzarnos más? Que el Señor es el primero en atender nuestros ruegos. Que el Señor nos ayude a que sepamos en todo buscar primero Su ayuda.

Esdras necesita de la ayuda del Señor y su oración es atendida. Pasado ese día de oración emprenden el largo viaje y tres meses más tarde llegan salvos a Jerusalén. El Señor les ha guardado, ningún enemigo les ha dañado.

Podemos estar seguros de que al llegar a Jerusalén han doblado sus rodillas para agradecer al Señor su ayuda.

Esdras 9 y 10

En las cercanías del templo, sentado en el suelo, se encuentra un hombre con cara de tristeza. En la Biblia podemos leer que está sentado angustiado. Es decir, está llorando sin pronunciar palabra, sin levantar la cabeza. Es Esdras.

Al llegar a Jerusalén se ha enterado de una noticia terrible. Algunos jefes y príncipes del pueblo han venido a visitarle y le han dicho que muchos judíos se han mezclado con los pueblos paganos que vivían aún en Canaán.

Muchos judíos se habían casado con jóvenes paganas y algunos de los príncipes habían sido los primeros en hacerlo, habían sido los primeros en dar mal ejemplo y el pueblo vulgar les había imitado. Hasta algunos sacerdotes habían tomado como mujeres a jóvenes paganas.

Esdras ha sufrido un gran disgusto pues es un gran pecado contra el Señor que lo había prohibido expresamente.

Esdras teme que el Señor vuelva a castigarles muy severamente. Teme que Dios les extermine por su desobediencia y rasga sus vestidos, arranca los cabellos de su cabeza y barba y se queda sentado, como atónito, durante largas horas y horas. Cuando ve el humo del sacrificio vespertino se levanta, dobla sus rodillas y ora; con profunda vergüenza extiende sus manos y suplica:

—Oh Dios, estoy avergonzado porque hemos pecado en gran manera. Por nuestras iniquidades fuimos expulsados de nuestro país, hemos estado cautivos en Babilonia durante



Esdras orando en el templo

setenta años. Ahora nos liberas para que volvamos a nuestro país y nuevamente infringimos tus mandamientos. Oh Dios, justo sería que nos castigaras de nuevo, que nos expusieras al odio y venganza de nuestros enemigos.

Esdras sigue orando, podéis leerlo en la Biblia, Esdras 9.

El rostro de Esdras está surcado por ríos de lágrimas, muchos judíos, hombres, mujeres y niños le han rodeado.

Cuando oyen la oración de Esdras ellos mismos comienzan a llorar.

Uno de los judíos presentes dice:

—Es verdad lo que Esdras dice. Hemos pecado gravemente contra el Señor. Hagamos ahora un pacto con el Señor y prome-

tamos echar a todas esas mujeres paganas con sus hijos. Ven Esdras, levántate, reúne al pueblo en Jerusalén.

Así sucede. Por toda Judá son enviados correos para convocar a todo el pueblo en Jerusalén.

Nadie se atreve a quedarse en casa ya que el que tal haga será severamente castigado. Serían tomadas sus posesiones y no sería contado más entre el pueblo judío. Sería rechazado.

Tres días más tarde miles de personas se reúnen ante el templo. El tiempo no es propicio, llueve a cántaros, todos están calados hasta los huesos.

Esdras se levanta y les comunica el motivo de la convocatoria realizada.

–Es –dice– porque estáis casados con mujeres paganas y esto está prohibido tajantemente. En las leyes que Dios nos ha dado está prohibido. Obedeced, pues, los mandamientos del Señor y apartaos de las mujeres extrañas y de sus hijos.

–Sí –contesta el pueblo– eso es bueno y lo haremos. Pero como llueve tanto no podemos quedarnos aquí hasta que se realice. Nombra un comité para que revise el cumplimiento de nuestra promesa y déjanos marchar a los demás.

Esdras lo aprueba y el pueblo regresa a sus casas.

Durante las siguientes semanas Esdras y los príncipes averiguan detenidamente el cumplimiento de la promesa haciendo lo que el pueblo pidió.

Las mujeres paganas con las que algunos están casados son rechazadas con sus hijos. Es algo muy duro, pero tienen que hacerlo, Dios lo exige y lo que el Señor exige debe hacerse cueste lo que cueste.

Esdras había llegado a Jerusalén a tiempo, pues de lo contrario el pueblo judío se habría mezclado por completo con los pueblos paganos. Sin embargo, el Señor lo ha dirigido así antes de que la situación se empeorase, evitando una mezcolanza tan abominable.

Capítulo 124

UN COPERO AFLIGIDO SE LLENA DE ALEGRÍA

Nehemías 1 y 2:1-11

Artajerjes, rey de Persia, el mismo que permitió a Esdras volver a Jerusalén, gobernó durante muchos años el imperio de Persia. Como sabéis su capital era Susa, donde estaba el palacio real en que vivía el rey.

Es casi imposible hacer una descripción de la pompa y la riqueza con que vivían los príncipes persas. Estos reyes estaban rodeados de muchos cortesanos y uno de los principales era el «copero». Éste solía estar diariamente acompañando al rey. Era un gran privilegio, pero al mismo tiempo una gran responsabilidad. ¿Por qué...?

Los reyes cuentan con muchos amigos, pero también con muchos enemigos, incluso entre los mismos cortesanos, que conspiran en ocasiones para asesinar al rey.

Podéis recordar los cortesanos Bigtán y Teres, que conspiraron contra el rey Asuero y fueron descubiertos por Mardoqueo, pariente de la reina Ester. ¿Os acordáis de que Asuero lo hizo escribir en el libro de las Crónicas?

Los reyes estaban en un peligro permanente. Era fácil añadir un poco de veneno al vino que debía beber el rey. Ésta era la razón por la que los reyes disponían siempre de un copero. Ya en Egipto, en tiempos de José, había coperos.

El copero no era sólo el encargado de servir el vino, sino de beberse la primera copa, si el vino estaba envenenado el rey no moría, sino el copero. Si el vino no estaba envenenado, en esa misma copa se servía el vino y de la misma copa bebería el rey. Se hacía para la seguridad personal del rey. Como comprenderéis el trabajo del copero era arriesgado.

La historia que vamos a leer trata sobre un copero del rey Artajerjes. Este copero se llamaba Nehemías y pertenecía al pueblo judío. Era un hombre temeroso de Dios y no participaba en las fiestas impías que se celebraban algunas veces en la corte real. Sin embargo, siempre estaba alegre y de buen humor. Con rostro sonriente siempre acompañaba al rey desempeñando con mucha responsabilidad su trabajo, nunca faltó en nada. Artajerjes podía fiarse plenamente de él. No es pues extraño que el rey cada día le apreciara más y tratara a Nehemías como a un amigo.

Un día Nehemías recibe una visita, es su hermano, Hanani, acompañado de algunos hombres. Han realizado un viaje peligroso, pues han venido desde Jerusalén.

Nehemías recibe una alegría, es posible que haga muchos años que no veía a su hermano, ya hacía trece años que Esdras partió hacia Jerusalén.

Todos están sentados muy animados. Nehemías pregunta a su hermano cómo está y si goza de buena salud. Le pregunta por los judíos de Jerusalén. Aunque Nehemías vive en el palacio real, sin embargo, no ha olvidado a su pueblo. Todos los días piensa en su pueblo.

Hanani le dice que la situación en Jerusalén es muy triste, en la tierra de Canaán las cosas marchan muy mal.

—¿Por qué? —pregunta Nehemías preocupado.

—Los judíos que viven en Jerusalén —le responde Hanani— se hallan en la más grande miseria. Somos objeto de las burlas y el desprecio de todos. Es verdad que el templo ha sido reconstruido, pero lo demás no ha cambiado mucho. Los muros siguen caídos, las puertas están sin reparar. Todo está casi igual que cuando Nabuzarán, general de Nabucodonosor, lo asoló. Algunas casas han sido reconstruidas, pero no tienen protección contra los muchos enemigos. Por las noches las

fieras pasean por las calles de Jerusalén, la situación es desesperante, muy triste.

Abatido, Hanani calla y agacha la cabeza.

Nehemías se entristece cuando oye estas cosas. Desconocía que la situación fuera tan grave. Lloro por ello.

Durante la noche no puede conciliar el sueño, dobla sus rodillas ante el Señor y le manifiesta toda su tristeza e impotencia.

Amigos, ¿hacéis vosotros los mismo...? ¿Conoce el Señor todas vuestras necesidades y tristezas...? ¿O no necesitáis del Señor...?

Nehemías expone todo al Señor. Reflexiona y medita sobre la situación de Jerusalén y qué puede hacerse para cambiarla.

Un proyecto cruza por su mente, es un buen proyecto, pero... ¿Tendrá éxito? Tiene miedo y nuevamente dobla sus rodillas y pide al Señor que le dé el resultado.

No es extraño que durante los días siguientes Nehemías esté triste y preocupado por la situación de su pueblo. No puede estar de buen humor, ni alegre. No puede reír, sólo puede llorar por la situación de su pueblo.

Sin embargo, cuando está en el palacio del rey y, sobre todo, cuando está en presencia del rey, ha de mostrarse con cara alegre. Nadie puede estar ante el rey con rostro triste, le costaría la vida. Nehemías intenta estar alegre, pero no lo consigue, su corazón está triste y un rasgo sombrío se dibuja en su rostro.

Artajerjes se da cuenta y lo mira inquisitivamente. De repente le pregunta:

—¿Nehemías, por qué estás triste? ¿Qué te ocurre? Creo que no estás enfermo, pero algo aflige tu corazón.

Nehemías se asusta y teme. Con voz temblorosa dice:

—Oh rey, para siempre vive. Sí, has visto bien, estoy triste porque he sabido que la ciudad de mis padres aún está en ruinas, que los muros y las puertas de Jerusalén no han sido aún restaurados. Éste es el motivo de mi tristeza.

Artajerjes no se enoja. Amablemente le pregunta:

—¿Qué me pides? ¿Puedo serte útil? ¿Puedo hacer algo por ti? Dímelo.

Nehemías guarda silencio por un momento. Está temblando. Desde su alma una oración se eleva a Dios.

Jóvenes, no penséis que el Señor sólo atiende las oraciones largas. No, a veces sólo se tratará de una palabra, como de un suspiro y el Señor lo atenderá igual que si se tratara de una larga oración. El Señor no necesita muchas palabras. A veces pensamos que la oración larga es útil. No se trata de oraciones largas, sino de oraciones verdaderas y sinceras, que aunque sean muy cortas serán atendidas por el Señor.

El suspiro de Nehemías es oído por el Señor.

—Rey y señor —dice— ¿Me permites que vaya a Jerusalén? ¿Me permites que vaya a reparar los muros y las puertas de Jerusalén...?

Artajerjes pone una cara muy seria, mira a su esposa, que está sentada junto a él. No quiere deshacerse de Nehemías, jamás encontrará un copero mejor que él. Pero tampoco desea darle un negativa tajante. Reflexiona. Se hace un silencio angustioso.

—Está bien —dice— te dejo ir, pero no para siempre. Cuando termines el trabajo en Jerusalén, tendrás que regresar.

Nehemías lo promete y Artajerjes le deja partir. Nehemías está muy alegre, Dios ha atendido su ruego.

Todo se prepara para el gran viaje. El rey ordena que un grupo de jinetes con algunos oficiales le acompañen, deberán proteger a Nehemías porque el rey no desea que tengan ningún incidente durante el viaje.

Cuando todo está preparado se ponen en camino. Nehemías lleva cartas del rey. Los gobernadores y los príncipes deberán ayudarle. Le proporcionarán la madera que necesite así como los demás materiales.

Hasta aquí el Señor le ayuda de manera maravillosa.



Cierto número de extranjeros a caballo entran en la ciudad de Jerusalén, pasan por las puertas quemadas y recorren las calles de la ciudad. Los habitantes de Jerusalén les ven, pero ya están acostumbrados a ver extranjeros recorrer sus calles,

de forma que no reparan en ellos. Si hubieran sabido quién era uno de esos extranjeros y lo que venía a hacer a la ciudad, hubieran dado saltos de alegría y habrían salido jubilosos a su encuentro. Pero no saben de quien se trata.

Sin embargo, aquel extranjero sabe muy bien a qué ha venido a la ciudad. Sonríe al ver los muros derribados y las puertas quemadas. Todo eso va a cambiar. Con la ayuda de Dios pronto tendrá otro aspecto. Ese extranjero es Nehemías.

Hace cuatro meses que salió de Susa, ciudad de Persia y ahora entra en Jerusalén. Ha sido un largo viaje. Durante los tres primeros días Nehemías no hace nada, debe descansar después de tan largo viaje, lo tiene bien merecido.

Nehemías 2:12-18

Es noche cerrada, Jerusalén está en calma, los habitantes de la ciudad han cerrado, como siempre, cuidadosamente las puertas de sus casas porque la noche es insegura. Las puertas de la ciudad están abiertas aún. De vez en cuando se oye el aullido de un chacal o el ladrido de un perro que recorren las calles de la ciudad, husmeando al lado de las puertas en busca de algo que comer. Todo el mundo duerme...

Algunos hombres se acercan lenta y sigilosamente... ¿Ladrones...? ¿Bandoleros...? No, es Nehemías acompañado por algunos hombres. Ya han descansado lo suficiente y comienza su trabajo, quieren inspeccionar detenidamente los muros de la ciudad. Va a ver si la situación es menos mala de lo que esperaba. Pero... ¿Por qué lo hace de noche...? ¿No sería mejor hacerlo a la luz del día...? Es cierto, pero si lo hace en pleno día todo el mundo lo verá y comenzarán a hacerle preguntas.

Primeramente examinará todo, verá cuál es el estado actual de la situación, después se dará a conocer y hablará de sus proyectos y dará lectura a las cartas del rey Artajerjes. Sin duda que será una sorpresa para todos. Esto hace sonreír a Nehemías que continúa su camino con sigilo. Sale de la ciudad y recorre

todo el muro que la circunda. De vez en cuando se detiene un poco, todo es mucho más grave de lo que él esperaba. En algunos lugares hay tantos montones de escombros que el asno sobre el que cabalga no puede continuar más.

Tras un difícil recorrido sobre las ruinas regresa a su punto de partida. Ya conoce la situación, hay que hacer muchos arreglos. Será un arduo trabajo el llevar a cabo esta reconstrucción.

A la mañana siguiente Nehemías reúne a los sacerdotes y a los príncipes y les hace saber quién es y el motivo de su estancia en Jerusalén. También les enseña las cartas escritas por el rey Artajerjes.

—Vosotros —dijo— veis el mal en que estamos, que Jerusalén está desierta y sus puertas consumidas por el fuego; venid y edifiquemos el muro de Jerusalén, y no estemos más en oprobio.



Nehemías inspecciona las ruinas de Jerusalén

Todos le escuchan sorprendidos y un rasgo alegre se dibuja en sus rostros. Sus ojos brillan de alegría. Luego responden con espontaneidad:

—Sí, lo haremos. Vamos a reparar los muros y las puertas.

Como un reguero de pólvora corre la noticia por toda la ciudad.

Es un trabajo enorme, gigantesco, pero no hay problema, de todas partes acuden para ayudar. La noticia llega a los enemigos de los judíos y éstos se inquietan. Jerusalén no debe ser reconstruida, debe permanecer como está, no debe llegar a ser una ciudad fuerte, tratarán de impedirlo, como hicieron cuando los judíos reconstruyeron el templo. Entonces los judíos tuvieron éxito, pero quizás ahora no lo tengan.

—¿Qué vais a hacer? —preguntan con ironía. Sí, comprendemos muy bien cuál es vuestra intención. Cuando edificuéis el muro os rebelaréis contra el rey de Persia y no le serviréis más.

Esperan que con sus palabras los judíos se asustarán y desistirán de su intención, pero Nehemías les responde:

—El Dios de los cielos, Él nos prosperará. Edificaremos y vosotros no tendréis parte, ni derecho en Jerusalén.

Los judíos no tardan en reconstruir, todos toman parte en el trabajo. Los sumos sacerdotes y los sacerdotes, los ricos y los pobres, los jóvenes y los ancianos, todos se ponen manos a la obra con diligencia.

Dividen el trabajo por grupos y por zonas y cada grupo reconstruye su propia parte de tal forma que no se estorben unos a otros. De esta forma todo avanza más rápidamente.

Comienzan desescombrando, traen nuevas piedras, ponen los fundamentos. En algunas partes las bases del muro pueden servir y sobre ellas comienzan a construir con facilidad.

Se retiran las vigas y las puertas quemadas, se hacen puertas nuevas, gruesas, sólidas, grandes y pesadas. La madera necesaria para hacerlas se corta de los jardines reales. Todos trabajan con alegría e interés. Nehemías lo dirige todo. Poco a poco la altura de los muros va aumentando. El trabajo dura desde el amanecer hasta el anochecer.

Nehemías 2:19-20; 4:1-6

Sanbalat y Tobías, dos samaritanos, se enteran de que el trabajo avanza muy bien y se llenan de cólera, tratan de desanimar a los judíos y se burlan de los que trabajan.

En tono burlón y escarnecedor Sanbalat grita:

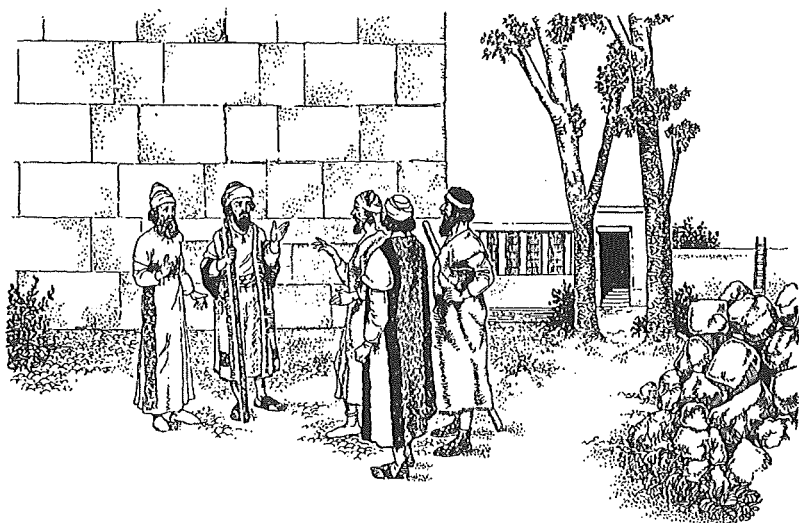
—¿Qué hacen estos débiles judíos? ¿Creen que podrán terminar su trabajo?

Tobías, un siervo amonita, responde en tono irónico:

—Lo que ellos edifican del muro de piedra, si subiere una zorra lo derribará.

Se burla de ellos.

Las burlas son siempre un arma peligrosa, no queremos ser objeto de ellas. Preferimos ser alabados. La burla daña, no se trata de un dolor físico, sino del corazón, que es peor.



Los samaritanos en Jerusalén

Cuántos jóvenes han abandonado los caminos de la virtud por las burlas de sus amigos. Cuántos han desoído las serias advertencias de sus padres. El infierno está lleno de burladores.

Amigos, también vosotros tendréis que soportar la burla y el escarnio si por la gracia seguís los caminos del Señor. Pero tened siempre presente una cosa, los que ahora se burlan, clamarán y gritarán más aún otro día, dejadlos. Pedid al Señor fuerzas para soportarlos.

Sanbalat y Tobías esperan que los judíos se desanimarán y pararán su trabajo. Si lo consiguen habrán triunfado. Pero eso no sucede, Nehemías suplica a Dios fuerzas y ayuda. Anima a los que edifican, les amonesta que no hagan caso de los que se burlan de ellos y... lo judíos dejan a sus enemigos que se sigan burlando....

El trabajo continúa lo más rápidamente posible, los muros cada día están más y más altos.

Nehemías 4:7-23

Sanbalat, Tobías y otros enemigos de los judíos se dan cuenta de que sus burlas no dan ningún resultado, los judíos parecen estar sordos. Esto los enfurece. Piensan qué pueden hacer para que el trabajo no continúe. Jerusalén no debe ser reconstruida, tiene que ser una ciudad sin muros, abierta....

¿Sabéis lo que hacen...? Reúnen un ejército y tratan de atacar por sorpresa a Jerusalén. Invadirán repentinamente la ciudad y antes de que puedan darse cuenta todos los constructores habrán sido matados en los muros. Así no podrán seguir con el trabajo. Es un proyecto magnífico. Si sale bien habrán conseguido sus deseos.

Pero tampoco sale bien, ya que Nehemías es advertido del proyecto, pues los judíos que viven cerca de la frontera con Samaria se enteran y corren a Jerusalén para denunciar lo que piensan hacer los samaritanos y otros pueblos hostiles. Nehemías es advertido varias veces y se asusta cuando lo oye.

Nehemías toma sus medidas, nombra vigilantes que deberán turnarse durante el día y la noche. Los constructores, carpinteros y peones son armados; con una mano trabajan y en la otra tienen su arma. Si viene el enemigo se defenderán. Es cierto que así no avanzan mucho el trabajo, pero hay que estar preparados. Trabajar así es difícil y les cansa pronto. Algunos quieren interrumpir el trabajo, se desaniman.

Nehemías les dice:

—Sed prudentes. ¿Parar? ¡Nunca! No os dejéis asustar.

Cuando Sanbalat y Tobías se enteran de que Nehemías ha armado al pueblo y que día y noche los muros de la ciudad y sus puertas están vigilados no se atreven a atacar la ciudad y se quedan en su casa. Su gran proyecto ha fallado por completo.

Nehemías 6:1-9

Días después Sanbalat y Tobías traman otro proyecto. Envían un mensajero a Nehemías con el ruego de que acuda a verles porque desean hablar con él. No es verdad, quieren matarle. Se han dado cuenta de que Nehemías es el hombre que lo dirige y lo anima todo. Si le matan a él, la obra habrá terminado.

Por esta razón piden a Nehemías que acuda a visitarlos. Cuando haya salido de la ciudad y esté en medio del campo le matarán. ¿Qué hará Nehemías...?

Cuando escucha el mensaje, mueve negativamente la cabeza y dice:

—No iré, tengo muchas cosas que hacer. No tengo tiempo.

Ha comprendido muy bien la intención de Sanbalat y Tobías, ha entendido su mala intención y no piensa ponerse en peligro.

Desilusionado el mensajero se marcha y poco después pide a Nehemías que acuda y por segunda vez, éste se niega. El mensajero acude por quinta vez, trae una carta en la mano. Nehemías toma la carta y lee. Primero un rasgo de sorpresa se expresa en su rostro, después aparece una sonrisa casi imper-

ceptible. Ahora comprende cual es la intención. ¿Qué dice la carta...?

«Se dice entre vosotros que cuando acabéis los muros de la ciudad, te rebelarás contra el rey persa y te nombrarás tú mismo rey. Todo el mundo habla de ello y como llegue a oídos del rey te costará la vida. Ven a visitarnos para que podamos hablar tranquilamente de ello.»

Esperan que Nehemías, asustado, irá a verlos fuera de la ciudad. Si es así ellos se encargarán de que no vuelva más. Pero Nehemías se burla de ellos y por quinta vez despide al criado y añade el mensaje:

–Son todo mentiras que os habéis inventado. No iré.

Desanimados Sanbalat y Tobías se enfurecen, todos sus intentos han fracasado.

Nehemías 6:10-19

Nehemías recorre las calles de la ciudad, entra en una casa cercana al templo, en ella vive un sacerdote que ha mandado llamar a Nehemías. Éste acude a visitarle porque estima y honra a los sacerdotes del Señor.

–El Señor me ha revelado –dice el sacerdote– que esta noche vendrán enemigos que desean matarte. Por fortuna puedo prevenirte. Ven conmigo y te esconderé en el interior de la casa del Señor, donde no te puedan encontrar los enemigos.

Parece que es un rasgo de agradecer, ¿verdad? Quiere salvar la vida de Nehemías. Éste menea la cabeza y responde:

–No, no lo haré.

No, Nehemías no es un imprudente, ese sacerdote no está diciendo la verdad, el Señor no le ha revelado nada. Esas palabras no son del Espíritu del Señor, son de los enemigos Sanbalat y Tobías, éstos han corrompido al sacerdote con oro. No quiere salvar a Nehemías, al contrario quiere perderle; además Nehemías no puede entrar en el Santuario del templo, está prohibido severamente por el Señor. El santuario está reservado exclusivamente a los sacerdotes.

Ese sacerdote es un mentiroso, debe avergonzarse de llamarse sacerdote y ser un siervo del Dios Supremo. Por suerte, Nehemías lo descubre en seguida. Dios le guarda del pecado y también de los peligros que le amenazan.

La nueva tentativa de Sanbalat y Tobías para arruinar a Nehemías ha fracasado. Ahora Nehemías conoce que también dentro de los muros de Jerusalén tiene enemigos. Debe tener más cuidado que nunca.

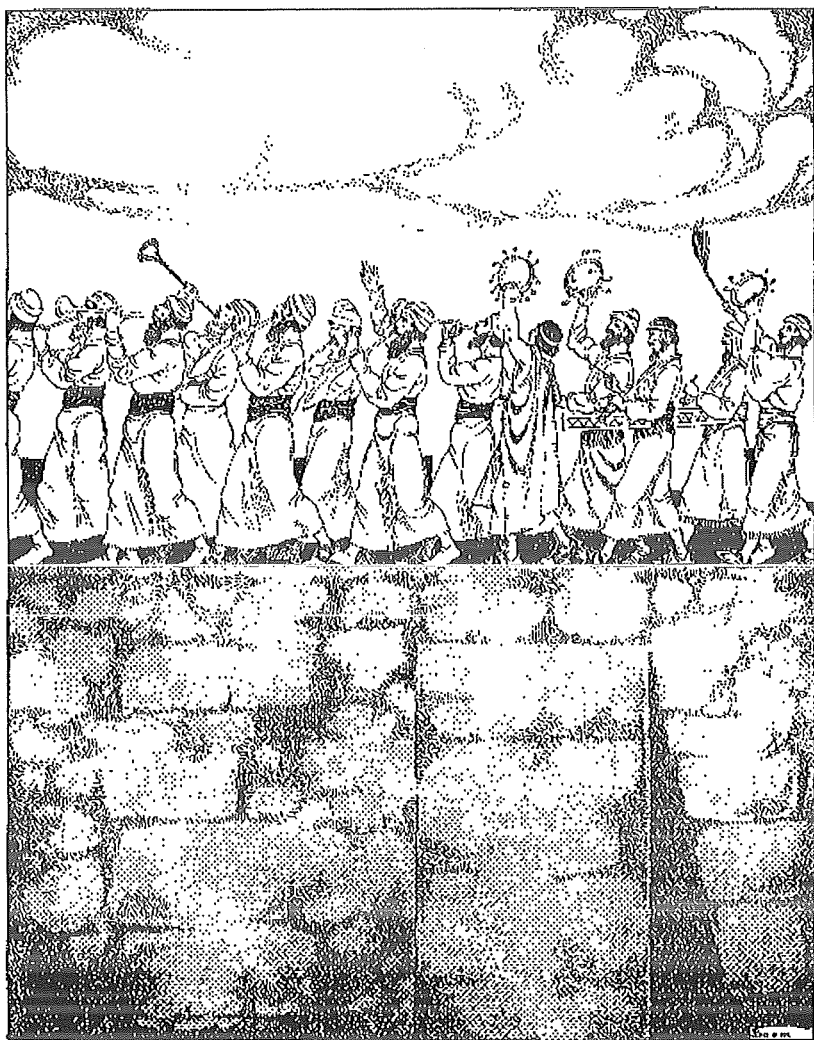
Nehemías 12:27-47

En Jerusalén se celebra una gran fiesta, podéis suponer el motivo, los muros de la ciudad han sido reconstruidos, las puertas reparadas. La obra ingente está acabada, la obra ha durado cincuenta y dos días, nadie lo hubiera pensado. Sanbalat y Tobías se enteran y se asustan, ahora todo está perdido para ellos. Jerusalén es una ciudad fortificada, con grandes y fuertes muros, sólidas puertas. Los samaritanos están desolados porque se dan cuenta de que Dios ha ayudado a los judíos.

Hay una gran fiesta en Jerusalén.

Un largo cortejo se acerca al muro restaurado, se suben sobre él. Nehemías les ha dividido en dos grupos, uno se dirige a la izquierda con Esdras, el otro en dirección opuesta con Nehemías. Los sacerdotes tocan las trompetas. El pueblo clama de alegría. Así caminan hasta llegar a encontrarse los dos grupos y entonces todos juntos marchan hacia la casa del Señor para agradecer al Señor la bendición recibida.

Los esfuerzos de los enemigos para impedir la obra han fracasado. El Señor les ha dado fuerzas, ahora toda la honra es para el Señor. La obra para la que Nehemías vino a Jerusalén está completada. Sin embargo, Nehemías no se vuelve de inmediato a Persia. Algunos dicen que se quedó en Jerusalén durante doce años y durante este tiempo junto con Esdras ha buscado lo mejor para su pueblo. Esdras ha leído las leyes del Señor a todo el pueblo para que no las olvide. El pueblo judío



*El júbilo por la reconstrucción
de los muros de Jerusalén*

tenía que seguir viviendo según las instituciones del Señor. Cada día tenían que ser amonestados a ello.

Por fin Nehemías se vuelve al rey Artajerjes, tal como le había prometido. Nuevamente es el copero en la corte del rey.

Nehemías 13

En los años posteriores Nehemías ha estado por segunda vez en Jerusalén. Cuando estaba en Persia realizando el trabajo diario para el rey, se enteró de que en Jerusalén de nuevo las cosas iban mal. Esto le causó gran aflicción. Nuevamente no pudo conciliar el sueño. Nuevamente pide al rey que le permita volver de nuevo a Canaán y Artajerjes se lo concede.

Cuando Nehemías llega a Jerusalén se asusta grandemente. En su ausencia han sucedido muchas cosas, pero todas malas.

Uno de los sacerdotes se entendió bien con Tobías, en la Biblia se dice que: «Emparentó» con Tobías. Tal vez se había casado con alguna de las hijas de ese sacerdote y ahora vivía en alguna de las habitaciones que había alrededor del templo.

Cuando Nehemías se entera se pone furioso. Ordena desalojar la habitación y poner los muebles de Tobías en la calle. Tobías no podía vivir en una de esas habitaciones que eran solamente para los sacerdotes y no para un samaritano. En realidad Tobías no era samaritano, sino amonita, pero seguramente había adoptado la religión samaritana.

Otras cosas impías suceden en la ciudad. El sábado, día de descanso, señalado por el Señor, toda clase de comerciantes deambula por la ciudad vendiendo sus mercancías como si se se tratara de un día laborable. Ese día debería ser santificado y en él no podía comprarse ni venderse nada, ese día tenía que ser dedicado solamente al servicio del Señor.

—¿Cómo consentís tal cosa? —preguntó Nehemías a los príncipes de la ciudad. ¿No sabéis que el sábado es un día santo, día de descanso?

A la semana siguiente, Nehemías hizo cerrar las puertas de

la ciudad en la noche anterior al sábado y permanecieron cerradas durante todo el día del sábado, de forma que los comerciantes no pudieron entrar a la ciudad y se tuvieron que quedar fuera de los muros.

A la semana siguiente volvieron, Nehemías decidió poner fin a ello y les dijo:

–Si os atrevéis a volver el próximo sábado, os haré meter a todos en la cárcel. Todos los días laborables podréis venir, pero el sábado no. ¿Entendido?

Desde entonces ninguno se atrevió a volver, ningún sábado volvieron a escucharse las voces de los comerciantes por las calles de Jerusalén. Nehemías había acabado con ello para siempre.

Varios judíos estaban casados con mujeres paganas, como había sucedido en tiempos de Esdras. Nehemías ordenó que esas mujeres y sus hijos fueran expulsados. Otras muchas cosas hizo Nehemías, pero es imposible describirlo todo.

Algunos dicen que más tarde Nehemías volvió a Persia y murió allí. Con certeza no lo sabemos, pues la Biblia no nos dice nada de ello. Una cosa sin embargo, es cierta, Dios ha querido servirse de Nehemías para guardar a los judíos de una apostasía total.

Si el Señor no hubiera enviado a Esdras y Nehemías todo habría terminado mal para el pueblo judío.

Como instrumentos en las manos de Dios han reconducido a su pueblo a las ordenanzas del Señor.

Capítulo 125

LOS ÚLTIMOS CUATROCIENTOS AÑOS ===== ANTES DE CRISTO =====

Daniel 7

Hemos hablado mucho sobre los profetas del Señor, Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, sobre Ezequiel y Daniel, etc.

En tiempos de Jesúa y Zorobabel, que volvieron de Babilonia a Canaán, vivían los profetas Hageo y Zacarías. Seguro que estáis pensando si en tiempos de Nehemías no había profetas. Sí, por ese tiempo predicaba el profeta Malaquías. Él señaló al pueblo grandes pecados en los que estaban viviendo, les ha amonestado contra su ingratitud, pese a que el Señor los ha liberado del exilio en Babilonia, de cómo han podido reconstruir el templo, restaurar los muros de Jerusalén, cultivar nuevamente sus tierras. Lo que había predicho el profeta Ezequiel se ha cumplido.

El pueblo judío debería estar reconocido y expresar su gratitud a Dios que les ha guardado de una forma maravillosa. Sin embargo, ¿cuál ha sido su respuesta a todos los beneficios y bendiciones del Señor...?

De nuevo se apartaron del Señor. No, no cayeron en la idolatría como sucedió antes del cautiverio, después del exilio la idolatría desapareció para siempre, pero cayeron en otros pecados, como vimos en el capítulo anterior. Se casaron con

paganos y de esta forma se mezclaron con pueblos paganos vecinos suyos. Profanaban el día del Señor y muchos judíos consideraban ese día como un día laborable más. Desgraciadamente también en nuestro país se profana el domingo, personas que trabajan, tiendas que venden, diversiones profanas, etc., etc.

Malaquías amonesta al pueblo judío por todos estos pecados, pero, al mismo tiempo, tiene una buena nueva para el pueblo, les anuncia que pronto nacería el Señor Jesús. ¿Sabéis lo que dijo al respecto...?

«Y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis». Podéis leerlo en el libro de Malaquías. Cuando el profeta dice «el Señor» se está refiriendo al Señor Jesús, el Salvador venidero.

Malaquías es el último de los profetas y por última vez les ha señalado al Redentor que no tardará en venir. Después de la muerte de Malaquías no ha habido ningún otro profeta. En el Antiguo Testamento era, pues lo último; desde ahora el pueblo judío ha de esperar el cumplimiento de las promesas de Dios.

¿Sabéis cuánto tiempo ha transcurrido hasta el nacimiento del Señor Jesús? Cuatro siglos, es decir, cuatrocientos años. En este capítulo vamos a repasar brevemente estos cuatrocientos años.

Después de la muerte de Nehemías el pueblo judío siguió viviendo bajo el dominio de los persas por un período más o menos de cien años. Los reyes persas trataban bien al pueblo judío, muchas veces les ayudaban y protegían. De pronto el imperio persa cayó y se levantó otro imperio más poderoso, el de Macedonia. En Macedonia reinaba Alejandro, era un rey muy joven, pero bueno y muy sabio, por eso se le conoce con el nombre de «Alejandro Magno».

Los ejércitos persas fueron vencidos por Alejandro Magno. Susa fue tomada y Alejandro Magno reinaba sobre todo el imperio persa y, por consiguiente, bajo su dominio también estaba Palestina, la tierra donde vivían los judíos. ¿Recordáis el sueño de Nabucodonosor? ¿Aquella colosal estatua, cuya cabeza de oro era el mismo Nabucodonosor, el pecho y los

brazos de plata eran los reyes persas y el vientre y los muslos eran de cobre? Con esto se refiere al imperio de Alejandro Magno. El sueño de Nabucodonosor se ha cumplido.

Alejandro Magno amaba mucho a los judíos y no les puso ninguna dificultad. Pero a los treinta años, aquel poderoso rey, murió. No tenía hijos que le sucedieran y el gran imperio quedó sin rey.

¿Sabéis lo que ocurrió? Sus cuatro generales más importantes dividieron el reino en cuatro partes y sobre cada una de ellas reinó uno de los generales. Uno de los generales se estableció en Egipto y bajo su dominio quedó Palestina, por consiguiente el pueblo judío quedó sometido al rey de Egipto. Esta situación duró por cien años y los judíos siempre fueron tratados bien por los reyes egipcios. Dios guardaba de forma maravillosa a su pueblo. Es verdad que no lo merecían, porque siempre estaban pecando contra el Señor, pero el Señor siempre los guardaba.

Esos cuatro generales y, sobre todo, sus hijos estaban siempre en guerra entre ellos y el rey de Egipto fue vencido por el rey de Siria y como consecuencia de ello los judíos quedaron bajo el poder de Siria. A partir de aquí se abrió un período terrible para el pueblo judío.

Los judíos están dominados por el rey de Siria. En Siria reina un rey malvado, llamado Antíoco Epifanes. Este rey odia a los judíos y al Dios de los judíos. Trata de que el pueblo judío olvide a su Dios y se haga pagano. Ha colocado un ídolo en el templo y ha ordenado que sean sacrificados jabalíes y cerdos en lugar de corderos y vacas. Lo hace para enfurecer a los judíos y ofender impiamente a su Dios, además obliga a los judíos a comer la carne de los cerdos, cosa que les está prohibida severamente en las leyes de Dios por tratarse de animales impuros. Algunos judíos se niegan a comer y son matados.

Las celebraciones festivas de los judíos se prohíben, la Pascua, Pentecostés, la Fiesta de los Tabernáculos ya no podrán celebrarse más. Los judíos no podrán ofrecer sacrificios a su Dios.

En el futuro los judíos quedaban bajo el dominio del Imperio Romano.

Tenían que obedecer las leyes de los emperadores romanos, pagar los impuestos a los romanos e, incluso, un ejército romano estaba acampado en Judá y en Jerusalén.

El emperador romano nombró un gobernador sobre la tierra judía, es decir, nombró a alguien que gobernaba en su nombre sobre el pueblo judío. Era un hombre de Edom, llamado Herodes. El emperador romano, le nombró rey sobre los judíos, pero también él tenía que someterse al emperador romano.

Resumiendo: primero los judíos sirvieron al rey de Persia, después vino Alejandro Magno que acabó con el imperio persa y estableció el imperio macedónico. A su muerte este imperio fue dividido en cuatro partes y los judíos quedaron bajo el dominio de los reyes de Egipto que los gobernaron durante cien años. Luego sufrieron la represión de los reyes sirios, principalmente las persecuciones del cruel Antíoco Epifanes. Pero Dios les libera del opresor.

Pocos años después fueron sometidos por los romanos y gobernó sobre ellos el rey Herodes en nombre del emperador romano.

Ésta es en pocas palabras la historia del pueblo judío, desde Nehemías hasta el momento en que nació el Señor Jesús durante el reinado de Herodes.

FIN DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Niños y mayores se deleitan con las historias, y especialmente la juventud tiene predilección por los libros de historias y aventuras. No hay duda de que la Santa Biblia es el libro más famoso de la Humanidad, pero algunas partes de su texto pueden resultar poco interesantes para el lector que busca una lectura amena.

La idea de seleccionar los relatos y aventuras más prominentes de la Sagrada Escritura tuvo tal aceptación que ha sido necesario en los últimos veinte años repetir las ediciones, pues los jóvenes lo han leído con interés y muchos maestros de Escuela Bíblica Dominical lo han usado de texto básico para sus lecciones.

Recomendamos toda la colección que abarca el Antiguo y Nuevo Testamentos.



ISBN 84-7645-765-0

